

EN ESTE NÚMERO SE INCLUYE:

I. ACTIVIDADES DE COMITÉS

- 1.01. Calendario programado para julio-agosto de 2018
- 1.02. Últimas actividades del Club, desde Internet
- 1.03. Tres felicitaciones desde la Secretaría del Club
- 1.04. La promoción del Comité de Montañismo
- 1.05. Nuevas publicaciones para la Biblioteca
- 1.06. Convocatoria de Asamblea General Extraordinaria

II. NOTICIAS DEL CLUB

- 2.01. Notas socioculturales
- 2.02. Melchor Frechín en la XXI Gala del Deporte Aragonés
- 2.03. Cincuentenario del Club Alpino Universitario
- 2.04. El Everest de Javier Camacho
- 2.05. Los veinte años de Ábaco Digital
- 2.06. Presentaciones de los Montes de Zaragoza
- 2.07. Ciclo de conferencias sobre el Parque de Ordesa
- 2.08. Diccionario Biográfico Electrónico
- 2.09. Obituario: Javier Cantarero Nieto
- 2.10. Un homenaje a nuestro compañero, Javier Cantarero
- 2.11. Anexo del BD63

III. SECCIONES CULTURALES

- 3.01. Nuestros autores y sus libros: *Riglos vertical*
- 3.02. Un texto para el cierre: *Santiago Parra y el primitivo Candanchú*

I. ACTIVIDADES DE COMITÉS

1.01. Calendario programado para julio-agosto de 2018

JULIO

- 1 de julio: Circular al Balneario de Panticosa. Ibón de Arnales-Bachimaña-Brazato (Senderismo).
- 14-15 de julio: Valle de Benasque (Alta Montaña).
- 22 al 29 de julio: Montañas del Mundo. Trekking en los Alpes austriacos (Montañismo).

AGOSTO

- 1 de agosto: Vuelta al Aneto (Senderismo).

15 al 20 de agosto: Travesía de los Tres Refugios y ascensión al Posets (Senderismo).

1.02. Últimas actividades del Club, desde Internet

EL CANAL A TRAVÉS DE MI MÓVIL

A través de un móvil y al ritmo de andar, se han ido captando a lo largo del recorrido del Canal Imperial de Aragón, en el trayecto que discurre desde el Puente de la Avenida de América hasta La Cartuja de Nuestra Señora de la Concepción (Cartuja Baja), las imágenes de esta discreta muestra, carentes de conocimientos técnicos pero aprovechando la lectura del propio móvil, para dejar un apunte de las múltiples instantáneas que se encuentran a nuestro paso hasta en los más cotidianos lugares, y en concreto, durante una estación otoñal, la del pasado año 2017, que nos privó de sus tan esperados y atractivos matices.

SENDERISMO

LOS CASTILLOS DE LA SIERRA DE ARMANTES.

20 de mayo de 2018.

Hora y lugar de salida: 8:00 h, desde Paseo M^a Agustín, 33, Zaragoza.

Dificultad: media.

Distancia: 24 km.

Desnivel: 520 m.

Material: botas, bastones, gafas de sol, gorro, agua y comida (está prohibido acudir en zapatillas tipo tenis).

Duración: 6 horas y 50 minutos

Precio socios y federados: 16 euros.

Precio socios y no federados: 17 euros.

Precio no socios y federados: 21 euros.

Precio no socios y no federados: 22 euros.

El precio para los infantiles y juveniles (hasta los 20 años inclusive), está bonificado al 50%.

SENDERISMO

NAVARRA-BALCÓN DE PILATOS Y NACEDERO DEL UREDERRA.

27 de mayo de 2018.

Hora y lugar de salida: 7:00 h, desde Paseo M^a Agustín, 33, Zaragoza.

Dificultad: fácil.

Distancia: 9'5 km.

Desnivel positivo: + 465 m.

Tiempo total: 4 horas aprox.

Material: botas, bastones, gafas de sol, gorro, agua y comida (está prohibido acudir en zapatillas tipo tenis).

Precio socios y federados: 16 euros.

Precio socios y no federados: 17 euros.

Precio no socios y federados: 21 euros.

Precio no socios y no federados: 22 euros.

El precio para los infantiles y juveniles (hasta los 20 años inclusive), está bonificado al 50%.

ALTA MONTAÑA

COTIELLA POR LAVASAR.

26 de mayo de 2018.

Hora y lugar de salida: 5:30 h, desde Paseo M^a Agustín, 33, Zaragoza.

Dificultad: moderada.

Distancia: 17 km.

Desnivel: 1.425 m.

Material: botas de alta montaña, bastones, gafas de sol, gorro, agua y comida (está prohibido acudir en zapatillas tipo tenis).

Duración: 8 horas.

Es obligatorio estar federado (B).

El desplazamiento se realizará en vehículos particulares.

Reunión el jueves 24 de mayo de 2018, a las 19:00 h, en la sede de Montañeros de Aragón.

Plazas limitadas.

Precio socios y federados: 16 euros.

Precio no socios y federados: 21 euros.

SENDERISMO

VÍA VERDE VAL DE ZAFÁN.

Tramo final de Xerta a Riumar (Delta del Ebro).

10 de junio de 2018.

Después de haber realizado el tramo de Alcañiz a Xerta, el tramo más bonito, toca seguir la Vía Verde hasta su final que se encuentra Riumar, en el Delta del Ebro. Serán 60 km que haremos en unas 5 horas, disfrutando y con un desnivel de unos 60 m. Este segundo tramo es prácticamente plano y sin dificultad pero con el inconveniente de que se hace en parte urbano pero todo se verá recompensado por la finalización de la Vía y el baño en la playa.

El autobús nos dejará en Xerta y nos recogerá en chiringuito de playa en la Urbanización Riumar donde se podrá comer.

Para preparar la organización, los interesados pueden reservar lo antes posible plaza, solo hay 18 (limitación dada por el maletero del autobús. Pueden venir acompañantes).

CHARLA

“LA CLIMATOLOGÍA EN LA MONTAÑA”.

A cargo de Javier del Valle Melendo.

Jueves, 24 de mayo de 2018, a las 19:30 h en la sede de Montañeros de Aragón.

TREKKING EN LOS ALPES AUSTRIACOS

Del 19 al 27 de julio de 2018.

Trekking Gran Cruce Alpino Austria.

Del día 16 al 30 de marzo de 2018 se formalizará la inscripción mediante el pago de la señal de 300 euros.

En el precio de la actividad está incluido un seguro de viaje de cancelación (ver coberturas). En el caso de no estar sujeto a las coberturas que cubre el seguro, la organización no devolverá los gastos originados hasta el momento.

Plazas disponibles.

TREKKING POR EL MACIZO DEL ANETO

Del 2 al 5 de agosto de 2018.

Precio socios: 170 euros (el desplazamiento no está incluido).

Precio no socios: 205 euros (el desplazamiento no está incluido).

Para inscribirse se pagará la reserva, 60 euros, que en caso de anulación en la actividad antes de 15 días del comienzo de esta, se perderán en concepto de gestión y reserva de refugios 30 euros.

El resto se pagará antes del comienzo de la actividad.

Es obligatorio estar federado.

Plazas limitadas.

SENDERISMO

MORRANO-FUENTE TAMARA-BIERGE

3 de junio de 2018.

Hora y lugar de salida: 8:00 h, desde Paseo M^a Agustín, 33, Zaragoza.

Dificultad: fácil.

Distancia: 16 km aprox.

Desnivel positivo: + 250 m – 300 m.

Material: botas, bastones, gafas de sol, gorro, agua y comida (está prohibido acudir en zapatillas tipo tenis).

Precio socios y federados: 16 euros.

Precio socios y no federados: 17 euros.

Precio no socios y federados: 21 euros.

Precio no socios y no federados: 22 euros.

El precio para los infantiles y juveniles (hasta los 20 años inclusive), está bonificado al 50%.

MONTAÑISMO

PANTICOSA-VUELTA AL VERDE

10 de junio de 2018.

Hora y lugar de salida: 7:00 h, desde Paseo M^a Agustín, 33, Zaragoza.

Dificultad: escasa, recorrido largo y desnivel moderado por pistas y sendas acondicionadas en general.

Distancia: 18 km aprox.

Desnivel positivo: + 1.160 m.

Tiempo total: 6 horas aprox.

Material: botas de montaña, bastones, gafas de sol, gorro, agua y comida (está prohibido acudir en zapatillas tipo tenis).

Precio socios y federados: 16 euros.

Precio socios y no federados: 17 euros.

Precio no socios y federados: 21 euros.

Precio no socios y no federados: 22 euros.

Promoción 2018: el precio para los infantiles y juveniles (hasta los 20 años inclusive), está bonificado al 50%.

MONTAÑISMO

TOZAL DE LAS COMAS DESDE TORLA.

Fecha: 17 de junio de 2018.

Hora y lugar de salida: 6:30 h, desde Paseo M^a Agustín, 33, Zaragoza.

Dificultad: escasa, recorrido largo y desnivel moderado por pistas y sendas acondicionadas en general.

Distancia: 14 km.

Desnivel positivo: + 1.300 m.

Tiempo total: 8 horas y 30 minutos aprox.

Material: botas de montaña, bastones, gafas de sol, gorro, agua y comida (está prohibido acudir en zapatillas tipo tenis).

Nota: debido a la gran cantidad de nieve persistente en el itinerario previsto con anterioridad, que dificultan o hacen imposible pasos sin el material de montaña adecuado, "Sallent de Gállego-Panticosa", se realizará la actividad publicada "Tozal de las Comas" de un gran atractivo paisajístico.

Precio socios y federados: 16 euros.

Precio socios y no federados: 17 euros.

Precio no socios y federados: 21 euros.

Precio no socios y no federados: 22 euros.

MONTAÑISMO

SALLENTE DE GÁLLEGO-IBONES DE ARRIEL

1 de julio de 2018.

Salida: 6:45 h, desde el Paseo María Agustín, 33, Zaragoza.

Distancia: 23 km.

Duración: 8 horas y 30 minutos.

Desnivel positivo: 1.100 m.

Dificultad: media.

Se requiere forma física aceptable, buen calzado y bastones.

Nuria Moya

1.03. Tres felicitaciones desde la Secretaría del Club

En estos meses que hemos dejado atrás, el Club ha colgado felicitaciones en sus diferentes medios a diversos socios suyos. Las avanzamos aquí,

dejando la ampliación de dichas noticias para los apartados 2.2., 2.3. y 2.4. de este BD63. Por orden de aparición, estas fueron las notas:

Enhorabuena a nuestro socio Melchor Frechín Mustienes, que el día 24 de abril de 2018, recibió el premio de Honor "deporte para toda la vida" del Deporte Máster 2017 en la XXI Gala del Deporte Aragonés.

El *Club Alpino Universitario*, en el transcurso del acto de celebración de su 50 Aniversario, el pasado 9 de mayo de 2018 en el Paraninfo de la Universidad de Zaragoza, homenajeo a varios socios de *Montañeros de Aragón* concediéndoles la Insignia de Plata del CAU:

Ramón Tejedor Sanz, Presidente de *Montañeros de Aragón*.

Gonzalo Albasini Legaz, Miembro de la Junta Consultiva de *Montañeros de Aragón*.

Miguel Ángel Hidalgo Arribas, Socio Honorario de *Montañeros de Aragón*.

Luis Granell Pérez, Socio Honorario de *Montañeros de Aragón*.

Jesús Pérez Cuartero, Socio de *Montañeros de Aragón*.

Alberto Martínez Embid, Miembro de la Junta Directiva de *Montañeros de Aragón*.

¡Enhorabuena a todos!

En este último caso, igualmente añadiremos una de las notas de prensa previas:

"El miércoles, 9 de mayo, tendrá lugar el acto central del 50 aniversario del *Club Alpino Universitario*. El lugar elegido es el Aula Magna del Paraninfo de la *Universidad de Zaragoza*, a las 19:00 h. Intervendrá Alex Txicon, alpinista y montañero, con una de las mejores trayectorias internacionales del momento, proyectando una película y compartiendo sus experiencias con el público. Es un acto que requiere invitación previa debido al aforo limitado de la sala. A pesar de coincidir con nuestra Semana de la Montaña, se espera que asista una representación de nuestro Club con antiguos socios del CAU, encabezada por nuestro presidente, Ramón Tejedor".

Enhorabuena a Javier Camacho, Socio de *Montañeros de Aragón*, que ha hecho cima en el Everest (8.848 metros) el 16 de mayo de 2018.

Nuria Moya

1.04. La promoción del Comité de Montañismo

Siguiendo la política de puertas abiertas y claridad, el Club lleva unos meses incrementando la información sobre las actividades en la montaña a través de unas fichas que todos pueden consultar libremente en nuestra Web, bien surtidas de croquis y diagramas. A modo de ejemplo, servimos aquí alguna de las presentaciones con las que se anima a participar en ellas:

VUELTA AL VERDE, O FACERAS (2.287 M):

La ruta coincide con la carrera 2K que se hace en verano en el Trail Valle de Tena, la *corta*. Se sale del aparcamiento de la telecabina, al pie de las pistas, entrando por la pista Estrimal, luego por la senda que se adentra hacia el barranco de la Travenosa en dirección sur. Se sale del bosque a la zona de pastos de Selva Verde para girar hacia el ibón de Sabocos (1.896 m) donde ya disfrutaremos de grandes vistas. Tomaremos la senda que hacia el este sube hasta el collado del Verde o de Sabocos (2.088 m) y hacia el norte hasta la cima del Verde o Faceras (2.287 m), tres horas. Uno de los grandes miradores del valle de Tena.

Volvemos al collado y por prados, bajamos hacia el este por el valle de la Ripera, en busca de la pista que nos permitirá bajar suavemente y con comodidad pasando por el Rincón del Verde y sus numerosas cabañas. Poco antes del valle de Yenefrito, dejar la pista para cruzar por el puente de Aulot y tomar la senda que baja hacia el puente de Lazoche y el barranco de Bolática, para volver a Panticosa en unas seis horas en total.

MORRANO-FUENTE DE LA TAMARA:

El autobús nos dejará en la salida del Camino de Olivares junto a la carretera. No hay mucho por lo que habrá que extremar precauciones al bajar del autobús y recoger mochilas. Entraremos al pueblo donde encontraremos bonitos rincones y buenas fotografías. Saldremos por un camino lateral, al final de la calle Mayor, donde una tablilla indica *Pacos de Morrano*. Otra vez habrá que tener cuidado para cruzar la carretera y coger la pista va descendiendo y donde se ven tablillas para ir a Castillo de Naya, Pedruel, ermita San Miguel y Huevo de Morrano. Tenemos una rampa que nos sube al collado, yo lo llamo Collado del Huevo de Morrano, y desde Donde se puede disfrutar de una amplia y espectacular vista del paisaje y del paredón del Huevo que se nos presenta a nuestra izquierda. Iremos hacia él y llegaremos la bifurcación que va a la izquierda a la fuente de la Tamara y a la derecha al aparcamiento y mirador adaptado de Morrano. Nuestro objetivo es la fuente de la Tamara por lo que cogemos la senda a la izquierda y en zigzagueos y suave bajada llegaremos. Parada, traguito de agua de la fuente, un rato de reposo y salida de nuevo hacia Morrano. Primero por la senda por donde hemos bajado hasta la bifurcación y luego por la de la izquierda hasta el aparcamiento. Sólo quedará un trecho hasta llegar al autobús. Para terminar comida opcional en el restaurante del Salto de Bierge. Vuelta a Zaragoza a las 17:30 h aproximadamente.

TOZAL DE LAS COMAS DESDE TORLA:

Entre el puerto de Cotefablo y la sierra Tendeñera se despliega una serie de valles transversales, de bosques y praderas, surcados por unos cordales que rematan en cimas de perfil suave y visitadas con frecuencia por los excursionistas. El Toronzué, Bachesango, Sarasé y otras, ofrecen un panorama amplio sobre la muralla de Tendeñera, pero es en el extremo oriental de estas estribaciones donde el paisaje se magnifica con las vistas hacia joyas del Pirineo como son la Garganta de Bujaruelo y el Cañón de Ordesa. Por allí se

elevan las cumbres del Mondiniero y el Tozal de las Comas, unos montículos de hierba sin nada especial que destaque en su silueta, de subida fácil aunque esforzada, desde las que se contempla un decorado de montañas de lo más elegante y poderoso. La ruta escogida para el ascenso al Tozal no se queda atrás en cuanto a belleza, ya que transita por una faja airosa sobre la Garganta de los Navarros, disfruta de mucha sombra gracias a los bosques de pino y haya, y regala postales de ambiente alpino, y gratuitas, desde el entorno del collado del Zebollar.

Comité de Montañismo

1.05. Nuevas publicaciones para la Biblioteca

Recientemente Concha Silva realizó una donación de libros y revistas para nuestra Biblioteca.

Otro socio que prefiere seguir en el anonimato ha regalado a una serie de números recientes de la revista *El Mundo de los Pirineos*.

Aprovecharemos la oportunidad para recordar que nuestros estantes agradecen los obsequios que con periodicidad hacen nuestros consocios, decididos a que la Biblioteca de Montañeros siga siendo una de las mejores de la Comunidad Autónoma en materia de montañismo y deportes de naturaleza. Con el permiso de la del Hospital de Benasque, claro está...

1.06. Convocatoria de Asamblea General Extraordinaria

Se convoca a todos los socios a la Asamblea General extraordinaria que tendrá lugar en la sede social (Gran Vía 11, bajos) el martes día 26 de junio de 2018 a las 19:30 h en primera convocatoria y a las 20:00 h en segunda, con arreglo a la siguiente Orden del Día:

1.- Nombramiento de la Comisión Electoral y Convocatoria de Elecciones (artículos 12, 13 y 14 de los Estatutos).

El Presidente

6 de junio de 2018

II. NOTICIAS DEL CLUB

2.01. Notas socioculturales

La Feria del Libro de Madrid se desarrolló del 25 de mayo al 10 de junio pasados. En ella ha participado, al menos, un socio de esta Casa: Eduardo Martínez de Pisón, quien firmó libros de su última obra, *La montaña y el arte* (Fórcola, 2017). Justamente lo hizo en la Caseta 184 de *Fórcola Ediciones*, sita en el paseo de Coches de El Retiro, el sábado 2 de junio (de 12:00 a 14:00 h),

y el domingo 10 de junio (de 12:00 a 14:00 h). Un libro que, hay que recordar, anda en su segunda edición...

Asimismo deseamos destacar una actividad cultural realizada por dos amigos de *Montañeros*: los cineastas Amalia Sesma-Nuez y Eduardo de la Cruz, firmantes del documental "Orosia, estrella de la montaña". Fue presentado en Yebra de Basa el sábado 16 de junio a las 18:00 h, apoyados por Carolina Naya, autora del estudio sobre "Joyas y alhajas del Alto Aragón". Como organizadores del acto, la *Asociación Cultural Ballibasa y Sobrepuerto O Zoque*.

2.02. Melchor Frechín en la XXI Gala del Deporte Aragonés

De nuevo abrimos este apartado ampliando el capítulo previo de las felicitaciones que *Montañeros* ha tenido el gusto de redactar a miembros de esta asociación deportiva. Así, desde aquí le damos la enhorabuena a nuestro consocio, Melchor Frechín Mustienes, a quien el día 24 de abril de 2018 recibió el premio de Honor "Deporte para toda la vida" del *Deporte Máster 2017*.

Este es el Listado completo de premiados de la XXI Gala del Deporte Aragonés:

Premio Mejor Deportista Aragonesa: Begoña García Grau (hockey hierba).

Premio Mejor Deportista Aragonés: Carlos Mayo Nieto (atletismo).

Premio Mejor Deportista Promesa Aragonesa: Salma Paralluelo Ayingono (atletismo y fútbol).

Premio Mejor Deportista Promesa Aragonés: Daniel Ambrós Royo (atletismo).

Premio Mejor Equipo Aragonés Femenino: Primera categoría Club Escuela Gimnasia Rítmica de Zaragoza (Leyre Biota, Estrella Gascón, Esther Cobo, Lucía Peyrona, Silvia Aísa y Paula Lafont, junto a sus entrenadoras Noelia Arias y Gema López).

Premio Mejor Equipo Aragonés Masculino: Club Voleibol Teruel.

Premio "Deporte para toda la vida" al Deporte Máster: Melchor Frechín Mustienes, deportista de Montañeros de Aragón.

Premio Mejor Deportista Universitario: David Plou Torres, campeón del mundo junior de atletismo adaptado.

Nuestra más cordial enhorabuena, Melchor...

2.03. Cincuentenario del Club Alpino Universitario

El miércoles 9 de mayo a las 19:30 h tuvo lugar el acto central de celebración de los cincuenta años del *Club Alpino Universitario* en el Paraninfo de la Universidad de Zaragoza.

Poco antes de que comenzara este acto, tal y como se indicaba en el apartado 1.3., tuvo lugar en el Salón de Autoridades del Paraninfo la entrega de la insignia de plata del CAU a una serie de socios de este club, unos en activo y otros no, que han colaborado de diferentes formas con este

cincuentenario. Fueron los anfitriones el actual presidente de la entidad, Juan Carlos López, junto con alguno de sus predecesores, como Fran Perla o Luis Oro (este último, asimismo socio de *Montañeros de Aragón*). Justamente había entre los galardonados varios socios de *Montañeros*: Ramón Tejedor, Gonzalo Albasini (antiguo presidente del CAU), Miguel Ángel Hidalgo (antiguo presidente del CAU), Luis Granell, Jesús Pérez Cuartero, Alberto Martínez...

El acto se completó con una mesa en la que intervino el presidente del CAU junto a otros destacados miembros como Luis Oro o Fernando Lahoz, así como el presidente de la FAM Luis Masgrau. Y la proyección del film sobre el último intento de Alex Txicon al Everest en invierno.

Dos días antes, el 7 de mayo a las 13:00 se inauguró en la *Facultad de Educación* una exposición de fotografías de actividades del *Club Alpino Universitario*. Estuvo instalada hasta el 17 de marzo, para luego viajar por otros edificios universitarios.

Para saber más de estos eventos:

<http://www.clubalpinouniversitario.com/general/node/808>

2.04. El Everest de Javier Camacho

Sin la menor duda la noticia estrella de estos dos meses que hemos dejado atrás ha sido que nuestro Javier Camacho haya logrado subir al Everest. Un logro memorable del que todos sus consocios se sienten muy orgullosos, pues Javier se prodiga con sus audiovisuales, siempre cargados de fotografías excepcionales, en los diversos ciclos de esta Casa. Por no hablar de su tan justa como apabullante recolecta de Premios...

Como hablar de una persona tan apreciada en *Montañeros* resulta siempre complicado, hemos decidido facilitar los enlaces con las opiniones desde la prensa especializada (alguna de ellas con ciertas imprecisiones sobre este ascenso al *Techo del Mundo*):

Desnivel.com: "El zaragozano residente en Navarra emprendió su expedición hace un mes ya se encuentra en Kathmandú. Javier Camacho: Todos en el Everest estábamos angustiados por si se producía otro alud".

<http://www.desnivel.com/expediciones/javier-camacho-todos-en-el-everest-estabamos-angustiados-por-si-se-producia-otro-alud>

Marca: "Creyó quedarse ciego durante el des censo desde la cumbre. Javier Camacho corona el Everest: Le dije a mi mujer que preparara todo para un rescate".

<http://www.marca.com/deportes-aventura/2018/05/30/5b0e62ad46163f9a188b460d.html>

El Periódico de Aragón: "Hazaña alpinista. Javier Camacho se convierte en el primer aragonés en pisar la cima del Everest sin oxígeno".

Heraldo de Aragón: "Javier Camacho: Estoy muy feliz por haber cumplido el sueño de coronar el Everest sin oxígeno. El montañero zaragozano contacta con Heraldo a 6.484 metros de altura e informa de que espera alcanzar mañana el campo base, en un descenso lento, poco a poco".

<https://www.heraldo.es/noticias/deportes/2018/05/17/javier-camacho-estoy-muy-feliz-por-haber-cumplido-coronar-everest-sin-oxigeno-1244394-307.html>

Barrabés.com: "Entrevista a Javier Camacho, campo base del Everest. Cima con O2".

<http://www.barrabes.com/actualidad/noticias/2-10328/entrevista-javier-camacho-campo-base.html>

Barrabés.com: "Fotos que nos envió desde el Everest".

<http://www.barrabes.com/actualidad/noticias/2-10322/javier-camacho-cima-everest-esperamos.html>".

Diario del Alto Aragón: "Javier Camacho, primer aragonés en alcanzar la cima del Everest sin oxígeno".

<http://www.diariodelaltoaragon.es/Deportes/NoticiasDetalle.aspx?Id=1122392>

Como complemento de estas reseñas, hemos querido entrar en la página de Javier [<http://everest.esolympus.es/>] para que podamos conocer un poco mejor a este destacado *Montañero* y añadir algún dato más sobre su trayectoria:

"Además de Visionario de Olympus, Javier Camacho es atleta de Rab y Lowe Alpine.

"Visionario Olympus, fotógrafo especializado en paisajes naturales, alpinista y viajero incansable.

"Cuenta con expediciones a diversas cadenas montañosas: los Himalayas, Karakorum, Andes, Urales, Ártico, África y viajes por más de cuarenta países, consiguiendo ascender cuatro de las Siete Cimas.

"Ha realizado seis expediciones a montañas de 8.000 m, ascendiendo el Lhotse (8.516 m) y el Cho Oyu (8.201 m), cuarta y sexta cumbres más altas del planeta, sin uso de oxígeno artificial.

"Ha obtenido más de cien premios y menciones en concursos de fotografía, tan prestigiosos como el Veolia WildLife, el Fotocam, el Memorial María Luisa o el Montphoto.

"Ha colaborado con varias publicaciones especializadas en montaña, como *Desnivel* o *Barrabés*, elaborando diversos artículos de fotografía en varias webs y foros fotográficos, proyectando numerosos audiovisuales de montaña por todo el territorio nacional.

"Ha realizado varias exposiciones fotográficas colectivas e individuales, participando en eventos fotográficos como el *Periscopio*, *Foto-Montseny*, *PallantiaPhoto* o *Teruel PuntoPhoto*, entre otros y ha colaborado junto con fotógrafos como Gallen Rowell o Ansell Adams en la edición del libro *Mountains, portraits of high places*".

Finalmente, para quienes aún no lo conozcan, este es el enlace del Blog de Javier Camacho:

<http://javiercamachogimeno.blogspot.com/2018/04/expedicion-olympus-al-techo-del-mundo.html>

Lo dicho, Javier: hace años que pensamos en esta, tu Casa, que cualquier aplauso que se te dedique es poco...

2.05. Los veinte años de Ábaco Digital

Son estos tiempos complicados para las PYMES. Por ello resulta grato anunciar que la empresa *Ábaco Digital*, gestora entre otros cometidos de la parte cybernética de este BD o de nuestra Web, celebra sus veinte primeros años de trayectoria. La nota que hemos recibido el pasado 1 de junio así lo difundía:

"Este año, nuestra empresa, *Ábaco Digital*, cumple veinte años. Y seguimos con la misma ilusión del primer día, trabajando duro para ser una empresa puntera a nivel internacional. Para celebrar nuestro aniversario hemos renovado nuestra imagen, con un nuevo logotipo, y una nueva web: <http://www.abaco-digital.es>

"Espero que te guste y que nos ayudes a difundirla lo máximo posible".

Desde aquí, vayan nuestras felicitaciones más cordiales a amigos y consocios como Ignacio Ferrando, Sergio Español y a toda la plantilla de esta empresa tan vinculada con *Montañeros*...

2.06. Presentaciones de los Montes de Zaragoza

En el pasado BD62 informábamos de la presentación en nuestro Club del libro *Guía de los montes de Huesca. 100 ascensiones* (Sua, 2018) de Alberto Martínez y Eduardo Viñuales. Tras el éxito de esta *première* absoluta, sus autores han participado en otros actos para dar a conocer su obra por la provincia:

5 de abril: en la Tertulia Albada de Zaragoza, invitados por su presidente.

7 de abril: en el albergue de Morata de Jalón (Zaragoza), invitados por sus gestores.

10 de abril: en la Biblioteca Municipal de Alfamén (Zaragoza), invitados por el alcalde y el presidente del club China-Chana.

18 abril: en la sede del Club Alpino Universitario del Campus de San Francisco de la Universidad de Zaragoza, invitados por el presidente y los responsables del Comité del 50 Aniversario del CAU.

27 abril: en la sede del Centro de Estudios Borjanos, invitados por su presidente, el teniente de alcalde de Borja y presidente del Observatorio del Paisaje del Campo de Borja, y el presidente de la Ruta de la Garnacha, junto al editor de Sua.

17 mayo: en la Sala Multiusos de la Biblioteca Municipal de Tarazona, invitados por la concejala de Cultura.

7 de junio: en la Sala Huerva del Centro Cultural Río Ebro, invitados por el club de montaña Trepariskos.

2.07. Ciclo de conferencias sobre el Parque de Ordesa

Un par de socios de esta Casa han sido propuestos para desarrollar algún tema relacionado con el nacimiento del Parque Nacional de Ordesa y Monte

Perdido. Debido a este vínculo, hemos copiado aquí el comunicado de los organizadores con el programa al completo:

"Ciclo de Conferencias en Zaragoza sobre el Centenario del Parque Nacional de Ordesa y Monte Perdido. 100 años de historia (junio de 2018): Museo de Ciencias Naturales de la Universidad de Zaragoza.

"Ordesa cumple 100 años como Parque Nacional. Aquí y en la Montaña de Covadonga nacieron en el año 1918 los primeros Parques Nacionales de España, la figura más prestigiosa para la conservación de la naturaleza en nuestro país.

"En este ciclo de conferencias del centenario repasamos, de la mano de cuatro grandes expertos, el devenir histórico para la protección del paisaje pirenaico, la fauna y flora de este espacio natural maravilloso situado en la parte norte de Aragón, y cuya singular hermosura ha sido preservado para las generaciones venideras.

"En estas charlas haremos un viaje por la naturaleza, la historia y la cultura, acompañados del testimonio de los pirineístas, naturalistas, viajeros, fotógrafos, investigadores y soñadores que hace un siglo creyeron y lograron una nueva mirada hacia el territorio, el entorno natural y sus recursos.

"Inauguración por parte de Joaquín Olona, Consejero de Desarrollo Rural y Sostenibilidad del Gobierno de Aragón y de Yolanda Polo, Vicerrectora de Cultura y Proyección Social de la Universidad de Zaragoza.

"11 de junio, lunes, 19:00 h. Sala Joaquín Costa: "100 años para un Parque Nacional". Los paisajes son la manifestación de la Tierra. Y los amamos porque son nuestra primera patria, de ahí que queramos guardarlos y defenderlos. Para eso están, precisamente, estos Parque Nacionales, donde se le ha concedido un "perdón desinteresado" al territorio natural. Ordesa es, en efecto, un logro de la civilización. Y los Parques Nacionales son tierra de todos, un lugar donde se indultan y se cuidan la naturaleza y el paisaje. En ese empeño estamos en Ordesa y Monte Perdido desde hace cien años. Por Eduardo Martínez de Pisón Stampa, Catedrático emérito de Geografía de la Universidad Autónoma de Madrid y Premio Nacional de medio Ambiente.

"13 de junio, miércoles, 19:00 h. Sala Costa: "Los pioneros pirineístas que pusieron en valor estas montañas". Desde las tempranas visitas de José de VÍu y Louis Ramond de Carbonnières a comienzos del siglo XIX, Ordesa ha sabido atraer a los visitantes. El futuro Parque Nacional logró interesar a grandes exploradores de la Edad de Oro del Pirineísmo como Franz Schrader, Lucas Mallada o Lucien Briet. Todos ellos quedaron fascinados por este universo calcáreo único. Por Alberto Martínez Embid, Montañeros de Aragón, investigador e historiador de temas pirineístas.

"19 de junio, martes, 19:00 h. Sala Joaquín Costa: "El origen de los Parques Nacionales". Cien años de parques nacionales en España, con Ordesa y Covadonga como los iniciadores del movimiento, permiten echar la vista atrás para reflexionar sobre los orígenes de esta figura de protección de la naturaleza, que se ha extendido por todo el mundo. La idea surge a finales del siglo XIX en Estados Unidos pero se traslada y se reinterpreta en diferentes países y contextos. España fue uno de los primeros países de Europa en crear

parques nacionales, gracias a la visión pionera de figuras como Lucien Briet o Pedro Pidal. Un contexto de intensa transformación urbana e industrial estimuló, paradójicamente, a aquellos pioneros para volver la vista hacia lo más agreste y bravío de nuestra naturaleza. Por Santos Casado de Otaola, biólogo, profesor de Ecología de la Universidad Autónoma de Madrid y especialista en historia de las ciencias naturales y de la conservación.

"20 de junio, miércoles, 19:00 h. Sala Joaquín Costa: "Ordesa. Su historia a través de los archivos fotográficos". Es una delicia repasar la historia del Parque Nacional a través de las fotografías antiguas. Desde la primera imagen conocida del año 1857 y realizada en lo alto de la Brecha de Rolando, hasta los fotógrafos actuales, pasando por el imprescindible Lucien Briet, Maurice Meyss, Juan de Parada, Alphonse Meillon... sin olvidarnos de Ricardo del Arco, Ricardo Compairé, José Oltra, Bernard Clos o Fernando Biarge. Muchos de ellos fueron franceses de principios del XX que en la organización de sus viajes por el Pirineo español terminaban incluyendo lo que ya era una visita obligada: el valle de Ordesa. Por Esteban Anía Albiac, Fototeca de la Diputación de Huesca y Club Peña Guara.

"Lugar: Museo de Ciencias Naturales de la Universidad de Zaragoza. Edificio Paraninfo. Plaza Basilio Paraíso, 4. Zaragoza 50005.

"Centenario del Parque Nacional de Ordesa y Monte Perdido. Logos: Departamento de Desarrollo Rural y Sostenibilidad del Gobierno de Aragón. Vicerrectorado de Cultura y Proyección Social, Universidad de Zaragoza. Museo de Ciencias Naturales.

"Asistencia libre y gratuita hasta completar aforo".

Además de los dos primeros conferenciantes, este ciclo del Centenario del Parque de Ordesa ha contado con la participación de otro socio de *Montañeros de Aragón*: José Carlos Pauner, quien guió la "Marcha Senderista a la Cola de Caballo". Esta tuvo lugar el sábado 16 de junio de 2018, con una salida de autobuses desde Zaragoza y Huesca. Fue de inscripción gratuita, patrocinada por *Magaiz*, *Sarga* y el *Gobierno de Aragón*. Como era de esperar, enseguida se cubrieron las plazas.

En cuanto a los próximos eventos patrocinados por la Comisión del Centenario de Ordesa [<http://ordesacentenario.es/>], se puede adelantar ese Desayuno en la Casa de Aragón en Madrid del día 11 de junio en la que va a participar nuestro consocio de Torla, Carlos Mur de Víu...

2.08. Diccionario Biográfico Electrónico

La *Real Academia de la Historia* está actualizando las entradas de su *Diccionario Biográfico*. Con tal motivo se han dirigido a sus colaboradores para que introduzcan los cambios que se han producido en los últimos años. Entre ellos hay varios socios de *Montañeros de Aragón* que han modificado alguna pequeña cuestión.

Estas actualizaciones pasarán a la versión electrónica del referido trabajo, en estos momentos muy promocionado. Justamente en este mes de mayo tuvo lugar la presentación del *Diccionario Biográfico Electrónico (C) Casa*

de SM el Rey, con un discurso de Felipe VI, seguido del de la directora de la Real Academia de la Historia, Carmen Iglesias, y una demostración de las capacidades del buscador avanzado por parte del director técnico, Jaime Olmedo...

En estos momentos se está trabajando para que los socios de nuestro Club que han fallecido tengan, junto a su entrada, el respectivo retrato.

2.09. Obituario: Javier Cantarero Nieto

El Club quedó fuertemente conmocionado por el fallecimiento repentino de Javier, el domingo 29 de abril pasado. Un gran colaborador en no pocas excursiones colectivas y travesías, donde componía un engranado dúo de trabajo con Paco Uribe. Javier Cantarero era socio 9.199, con alta en el Club el 10 de febrero de 1998. El miércoles 2 de mayo tuvo lugar su funeral, al que asistieron muchos socios de esta Casa. Justamente una de sus compañeras de marchas, Isabel, ha tenido la amabilidad de redactar unas líneas en su honor...

2.10. Un homenaje a nuestro compañero, Javier Cantarero

En estos primeros días de mayo, hemos perdido a nuestro compañero Javier Cantarero, inos ha dejado!, falleció de un infarto fulminante, en su casa, con su familia.

Javier ha sido Monitor de nuestro Club durante años, un gran Montañero, amante de la Montaña, una excelente persona, y muy campechano. Ha dejado un vacío entre nosotros. El Club somos una gran familia, y sentimos las ausencias. Era joven, todavía le quedaba mucha Montaña, y mucho por vivir junto a su familia y amigos. Estaba lleno de vitalidad. ¡Una vida inacabada!

Las excursiones junto con su compañero y gran amigo, Paco Uribe, las preparaban a conciencia, con mucho cariño. Hemos hecho bonitas salidas a la montaña con ellos, y muchos *trekkings*, itodos espectaculares! Él siempre iba de avanzadilla, comprobando el terreno, que no hubiera ninguna variación en el desarrollo de la excursión.

¡Hasta luego Javier, te echaremos de menos! Descansa en Paz.

Isabel Ezquerria

2.11. Anexo del BD63

Con motivo de las celebraciones del nacimiento del Parque Nacional de Ordesa, hace ahora un siglo, nos hemos querido sumar con una serie de textos que se refieren a zonas que abarca el actual espacio protegido. Se trata de veintiún textos publicados en desnivel.com por un consocio nuestro en los que las novedades en la crónica pirenaica dentro del Macizo Calcáreo, son el común denominador.

III. SECCIONES CULTURALES

3.01. Nuestros autores y sus libros: *Riglos vertical*

AGUSTÍN, Chema, y CARASOL, Miguel, *Riglos vertical*, Desnivel Ediciones, Madrid, 2018. 15 x 21 cm, 480 páginas. En español, francés e inglés. 32 euros.

Es una gran noticia que un libro tan vinculado como el presente a *Montañeros* haya tenido una buena acogida de ventas. Pero aún mejor es que vuelva a ser publicado en una segunda edición corregida y aumentada. No son pocos quienes han calificado a este *Riglos vertical* que hoy nos ocupa como todo un clásico de referencia en las guías de escalada aragonesas.

Como tenemos muy a mano uno de los autores de esta magnífica obra, nada como preguntarle dónde radican las diferencias ente el primer y el segundo texto. Así nos lo ha explicado, con su cordialidad característica, nuestro consocio Chema Agustín:

“Para empezar, lleva el mismo número de páginas en ambas ediciones (480) y ha seguido mismo estilo de edición, manteniendo el del maquetador Jaime Lloro, a quién se le dedica la guía. Se trata de una impresión a dos tintas, más los pliegos a color en la portada y en varias páginas donde se han empleado ilustraciones del libro *Riglorámico*. La maquetación corrió a cargo del oscense Fernando Gatón, de Travesía Audiovisual. Así como la primera edición fue la de diciembre de 2012, esta segunda es de marzo de 2018. Una segunda edición y distribución que ya es a cargo de Desnivel, que se ha mantenido entre los libros más vendidos durante estos tres meses y medio.

“Se ha puesto un énfasis especial en el estilo que desde hace ya unos cuantos años se ha ido introduciendo en los Mallos de Riglos, Rueba y Agüero, y reequipamientos de vías clásicas. Estas últimas se indica donde se ha producido esta acción sin consenso con un icono (escalada de confort), además de textos explícitos de Carlos García y Miguel Carasol invitando a la reflexión antes de acometer nuevas aperturas o reequipamientos.

“En cuanto al aumento de vías ha sido: Riglos, de 296 a 315. Rueba, de 34 a 51. Agüero, de 44 a 51. Foz de Escalete/Foz d’Escalete, no hay nuevas vías. Desaparece de la guía el Valle del Garona /Val de Garona.

“Finalmente, en su interior hay textos de: Ursi Abajo, Chema Agustín, Javier Arnaud, Jesús Ascaso, José Antonio Bescós, Alberto Campo, Miguel Carasol, Inazio Cinto, Fernando Cobo, Pepe Díaz, Pedro Expósito, Miguel Ángel G. Gallego, Agilberto Garcés, Carlos García, Alberto Gracia, Quique Gracia, Fernando Gutiérrez, Ángel López, Alberto Martínez Embid, Enrique Mainé, Álex Puyó, Alberto Rabadá, Gregorio Villarig”.

El párrafo último me parece especialmente interesante para *Montañeros de Aragón*, dado el listado de socios de esta Casa con los que se ha contado. Así, estamos ante un libro imprescindible en los estantes de cuantos sienten los colores de esta asociación deportiva.

No me resisto a reproducir aquí la excelente entrevista que le realizaron a nuestro consocio en la página de Cultura, en el espacio de Libros, dentro de Desnivel.com, el 21 de marzo de 2018. Bajo el título de “Chema Agustín habla

de *Riglos Vertical*, una de las guías de referencia en el mundo de la escalada”, de este modo se servía una *Novedad Editorial* de gran lujo a través de la entrevista realizada por Darío Rodríguez:

“Riglos es una zona emblemática, no solo por las vías que ofrece, sino por toda la historia que tiene detrás. Chema Agustín y Miguel Carasol han reunido todo su encanto en la guía trilingüe *Riglos vertical*, cuya nueva edición publica Desnivel.

“Chema Agustín es coautor de *Riglos vertical*, una de las guías referencia en el mundo de la escalada. Esta emblemática zona, situada en el Prepirineo oscense, ofrece una gran variedad de tipos de roca, desde las calizas de la Foz de Escalete hasta el conglomerado de sus conocidos y tan característicos mallos, donde se desarrollaron algunos de los episodios más memorables de la historia de la escalada de nuestro país.

“Escalador y aficionado a la pintura, Chema es el autor de las imágenes del volumen, a caballo entre la foto y el dibujo, que representan las zonas de los Mallos de Riglos, Peña Rueba, los Mallos de Agüero y Foz de Escalete.

“Los croquis son tuyos. Es un equilibrio bueno: las fotos son la opción más realista pero resultan complicadas para los croquis. Con el dibujo pasa lo contrario.

“Sí, en la guía quisimos trabajar con una combinación de fotografía y dibujo a plumilla por debajo, como si fuera imagen real perfilada. Es la mezcla perfecta. Pero es una tarea ingente, me he dedicado a ella casi siete años.

“Es la segunda edición de la guía. ¿Qué cambia con respecto a la anterior?

“Aunque parezca mentira, en Riglos se sigue equipando, sobre todo en esas zonas que eran menos agradecidas, las *nortes*, más olvidadas. También se han reequipado vías clásicas sin consenso, con más *parabolts* de los que tendrían que haber puesto. También se ha equipado mucho en las zonas cercanas a Riglos: en Peña Rueba y en los Mallos de Agüero.

“¿Cuántas vías recoge la guía?

“Algo menos de 500, todo incluido. No nos limitamos solo a Riglos, también tocamos Peña Rueba, Agüero y Escalete.

“Por otro lado, no solo habéis hecho la guía, también habéis querido reflejar la historia de la escalada en Riglos, y habéis hecho participar a la gente clave con sus fotos e historias.

“Queríamos hacer un trabajo que honrase la historia de la escalada y a los personajes que consiguieron las hazañas más significativas, así que cada sector está presentado por una persona significativa.

“¿Qué es lo que más os ha costado de la guía?

“Lo que más nos ha costado es asumir la nueva forma de entender la escalada, vemos que se está perdiendo ese matiz que tenía... y lo hemos dejado claro en la guía. La *escalada de confort* es la que está marcando cada vez más la nueva dirección en lo que se está equipando.

“¿A qué se debe?

"Creo que a la llegada del taladro con batería, que funciona sin depender del nivel del escalador o del equipador. Antiguamente, equipaban los que tenían la capacidad física y mental de hacerlo. Ahora mismo cualquiera puede empezar a meter seguros desde arriba o desde abajo y puede ponerse una pared a su nivel. Esto está pasando en Riglos. Nosotros creemos que tiene que funcionar más por consenso, pero eso es muy difícil.

"¿Qué vías son las que más te atraen?"

"En la guía no hemos querido dar puntuación a las vías porque las buenas son buenas y siempre lo serán, pero a veces es interesante dejar al escalador que vaya descubriendo otras, que tenga su propio criterio. Si tengo que dar nombres, pues la *Fiesta del bíceps*, la *Murciana*, el *Zulú demente*, la *Norte del Puro*... Esas, desde luego, estarían en la lista de cualquiera.

"¿Por qué la portada con los míticos pies de gato Fire?"

"Todo el trabajo que hice con los dibujos lo he publicado en un proyecto plástico, y me pareció interesante plasmar el lado más poético de la montaña en la guía y salir de lo deportivo.

"¿Cómo es Peña Rueba?"

"Es una zona con vías interesantes de conglomerado, pero también es una zona muy calcárea, sobre todo en la parte superior. Allí tienes vías como las de la cara sur, que empiezan verticales y luego tumban. Empezó siendo tranquilo y poco a poco se ha ido masificando, pues la forma de equipar ha sido *con equipamiento generoso*, con bastante *parabolt*. Es una zona muy interesante para ir entre semana.

"¿Y los mallos de Agüero?"

"No tienen la entidad de Peña Rueba ni de Riglos porque tienen vías más cortas, se quedan más pequeños, pero hay un circo muy interesante que convierte la zona en la más selecta. Tiene muchos sectores con vías de deportiva ochentera y noventera, vías nuevas...".

Ya sabéis, amigos: corred para *haceros* con esta guía de Agustín y Carasol, ahora reeditada por *Desnivel*, antes de que se agote. En casos como este, los ataques de peregilla se pagan caros...

Alberto Martínez Embid

3.02. Un texto de cierre: Santiago Parra y el primitivo Candanchú

El pasado 6 de mayo nos dejaba para siempre un presidente histórico del *Sindicato de Iniciativa y Propaganda de Aragón*. Santiago Parra de Más fue un gran amigo de *Montañeros*, al que reintrodujo en su revista *Aragón*, a mediados de los años noventa, desde ese apartado que tuvo en ella desde el lejano 1929. Como es bien sabido, nuestra asociación montañera nació a la vera del *SIPA*, una asociación cultural de la que se emancipó en 1950. Pero nunca se cortaron los lazos con esta *Entidad Madre*, dado que son muchos los afiliados a ambas entidades.

La desolación por el fallecimiento de Santiago a resultas de un accidente de tráfico ha sido grande. Su carácter afable y erudito le granjearon no pocas

amistades. En breve, desde el siguiente número de la revista *Aragón* se le tributará el homenaje que bien se merece. Nosotros también hemos querido sumarnos al duelo, recordando una de las facetas deportivas y pirenaicas de este respetado presidente del SIPA.

El 6 de noviembre de 2006 tuve la suerte de entrevistar a Santiago para que me trasladara su papel en favor del incipiente *turismo blanco* en los valles de Canfranc y de Tena. Retomando sus palabras, nos ceñiremos a la porción que dedicaba al esquí en el Candanchú de los años cuarenta. Unas actividades deportivas muy alejadas de los actuales parámetros de este deporte tan importante para la economía del Pirineo aragonés. De la mano de Santiago Parra de Más, viajemos hasta los tiempos heroicos del esquí de pista cuando este funcionaba sin remotes mecánicos:

“De joven acudía a esquiar de todas las maneras posibles. Lo practiqué a finales de los años cuarenta, cuando este deporte se mostraba de una forma mucho más elemental que ahora. Lo normal solía ser que aprovecháramos las tablas de algún hermano o primo: eran de madera, con unas ataduras de sirga difícilísimas de colocar. Tu madre te arreglaba alguna gabardina, que hacía las veces del anorak y, pertrechado con un jersey y una boina, ya estabas listo. En mi caso concreto, usaba el de equipo mi hermano mayor, Francisco, que había sido esquiador pionero...

“Desde Zaragoza se subía a la nieve o en tren o en algún autobús fletado generalmente por *Montañeros de Aragón*, quienes con frecuencia lo alquilaban al Parque Móvil Ministerial. Justo después de la Guerra Civil prácticamente no se podía acudir a otro sitio que no fuera Candanchú. Los vehículos solían detenerse en Arañones, por lo que era preciso cargar con todos los talabartes para subir caminando esos tres o cuatro kilómetros hasta el refugio de El Ruso, primero, y después hasta las pistas de esquí.

“Una vez en Candanchú, teníamos que seguir subiendo; esta vez, hasta lo alto del Tobazo. Cuando yo conocí Candanchú en los años cuarenta no existía ningún tipo de remonte. Una vez que alcanzábamos con nuestro esfuerzo la cima, ya podíamos *hacer pista*... O sea: bajar dándonos cien mil golpes, porque no teníamos ni idea de esquiar y, para colmo de males, la nieve estaba pocas veces en buenas condiciones. Nos deslizábamos hasta el llano del pie del Tobazo, al que llegábamos medio muertos. Sobre todo, los que no éramos demasiado deportistas. Aquello era un palizón tan espantoso que nos dejaba poco menos que catalépticos. Pero en eso consistía entonces esquiar, por lo cual ni aprendíamos ni hacíamos gran cosa. Todo se reducía a subir una vez el Tobazo, a preparar por allí alguna pista a base de apisonarla entre todos con los esquís planos y a descender dando vueltas muy contadas. Como único almuerzo acostubrábamos a tomar algún chusco de los que nos vendían los militares, que siempre sabían buenísimos.

“Para realizar prácticas de esquí, estuve una semana en el albergue del *Frente de Juventudes* de Arañones. Yo no era falangista, pero acudí allí por su alojamiento barato. A cambio llevábamos una vida muy austera y espartana, apiñados en unas malas literas; incluso era obligatorio cantar el *Cara al Sol* por la mañana. Casi todos lo entonábamos sin convicción, lo que nos valía alguna



repulsa y riñas leves por parte de sus jefes... Dicha estancia me resultó muy pesada y, como algunos ya estábamos molidos antes de que finalizara, acostumbrábamos a despistarnos de las filas que subían hasta Candanchú con los esquís al hombro, y así quedarnos en Canfranc”.

Querido Santiago: somos multitud quienes echaremos muy de menos estas charlas contigo, siempre tan amenas y variadas. Zaragoza, sin ti, se ha vuelto un poco más triste y anodina...

Alberto Martínez Embid

EN ESTE NÚMERO SE INCLUYE:

I. INTRODUCCIÓN

1.01. Los cien años del Parque Nacional de Ordesa

II. VEINTIÚN ARTÍCULOS PIRINEÍSTAS EN TORNO A ORDESA

- 2.01. Del corredor Swan y sus cuitas
- 2.02. Crónica rosa desde los Astazu
- 2.03. Los prismáticos de Jorge Gavín
- 2.04. La cara oculta del Tozal del Mallo
- 2.05. El Cilindro más imaginativo
- 2.06. La Hija del Capitán
- 2.07. Los *Hitlerjungs* del Monte Perdido
- 2.08. A puñaladas por el Monte Perdido
- 2.09. El derrumbamiento de la *Norte* del Perdido
- 2.10. Un hada gallega para Ordesa
- 2.11. Rumbo al Monte Perdido en 1942
- 2.12. El camino hacia el Monte Perdido
- 2.13. Sobre el *Verlarenen Gipfel* pirenaico
- 2.14. Voces de las montañas
- 2.15. Un retrato temprano de la brecha de Rolando
- 2.16. El Parque Nacional..., ¿del Ara o del Arazas?
- 2.17. Briet en Ordesa
- 2.18. La Edad de los Parques
- 2.19. El Santo Cristo con dos pistolas
- 2.20. El inventor del paisaje pirenaico
- 2.21. Las Tres Sorores de Mallada

I. INTRODUCCIÓN

1.01. Los cien años del Parque Nacional de Ordesa

Este año se celebra el centenario del inicio de la andadura del primer espacio aragonés protegido. Me refiero al que inicialmente fuera denominado, allá por 1918, como *Parque Nacional del Valle de Ordesa o del Río Ara*. Donde se han inspirado tantos socios de *Montañeros de Aragón* para firmar páginas y más páginas con sus vivencias y realizaciones.

Justamente a uno de ellos vamos a recurrir para realizar un pequeño homenaje al hoy designado como *Parque Nacional de Ordesa y Monte Perdido*. Entre otros motivos porque tenemos bien a mano un especialista del sector: Alberto Martínez Embid, uno de los escritores que más páginas ha dedicado al que

fuera apodado por Lucien Briet como “el Divino Cañón”. Nuestro consocio consagró sus dos primeros libros a narrar de un modo magistral las interioridades del Macizo Calcáreo a través de obras consideradas imprescindibles entre los pirineístas de ambas vertientes: *La Brecha de Rolando* (Desnivel, 2000) y *Monte Perdido. Historia y Mitos del Gigante Pirenaico* (Desnivel, 2001). Por no hablar de su participación, junto a socios como Eduardo Martínez de Pisón en *Parque Nacional de Ordesa y Monte Perdido* (Esfagnos, 2001), o como Alberto Hernández en *Ordesa y Monte Perdido. Guía montañera* (Desnivel, 2007). También desde obras colectivas como *Red Natural de Aragón. Sobrarbe* (Departamento de Medio Ambiente del Gobierno de Aragón, 2008) o *Guía de Montes de Huesca. 200 ascensiones* (Sua, 2016). Esta última, junto a Eduardo Viñuales, otro declarado “ordesiano”.

No contento con esta colección de libros sobre Ordesa y sus alrededores, durante los últimos años se ha dedicado a investigar y difundir las maravillas de este macizo sin par. El resultado ha sido una serie de artículos que ha querido difundir en abierto desde los *Blogs de Desnivel Ediciones*, esa Casa amiga que desde Madrid tanto realiza por el mejor conocimiento de nuestro Pirineo.

Tengo el honor de presentar hoy veintiuna muestras de la contrastada capacidad de Alberto para crear textos apasionantes. En ellos predominan los datos de interés y poco conocidos, que sirve con su acostumbrado rigor histórico y buen humor. Han sido recopilados de entre sus más de mil quinientos artículos editados en dos o tres decenas de publicaciones distintas, entre los cuales siempre ha prestado especial atención a las trescientas sesenta y cinco entradas para ese *Blog de Desnivel Ediciones* donde le invitaron a participar en 2008. Justamente en el mes de septiembre próximo su intensa aportación cumplirá diez años.

Las líneas que ahora siguen son un regalo para nuestros socios y para todos cuantos beben de los contenidos del *Boletín Digital de Montañeros de Aragón*. Todo un presente de cumpleaños para Ordesa.

Marta Iturralde

II. VEINTIÚN ARTÍCULOS PIRINEÍSTAS EN TORNO A ORDESA

2.01. Del corredor Swan y sus cuitas

Alberto Martínez Embid, Blogs de Desnivel, 4 de diciembre de 2009

Aunque los montañeros medios lo consideran hoy un *ascenso por nieve inclinada*, hubo un tiempo en el que fue una de las *tres grandes* de la escalada pirenaica. ¿Y cuáles fueron las otras dos?: el *couloir* de Gaube y la vía de los *séracs* al Monte Perdido. Sin leer antes el título, pocos deducirán que ahora hablo del corredor Swan, esa canal de nieve que se forma entre los muros septentrionales de los picos de Astazu. Un itinerario que, desde luego, dispone de sus historias entretenidas, un tanto agazapadas por la literatura pirineísta.

Durante el último tercio del siglo XIX el vistoso corredor de los Astazu era algo más que uno de los objetivos más codiciados por los trepadores. El candidato más lógico a cobrarse esta pieza parecía ser Henri Brulle, habitual de los veranos en Gavarnie. Desde ese *Hôtel des Voyageurs* donde se alojaba junto a sus amigos Bazillac, De Monts o Astorg, los picos de Astazu no dejaban de destinarle guiños: "Es sorprendente que esa alta barrera que se alza como una provocación perpetua justo frente al hotel, no tiene a ningún escalador". Para mayor escarnio, Brulle y los suyos estuvieron a punto de destrepar el referido corredor en el verano de 1881 durante una de sus retiradas de la zona.

Pero el 16 de septiembre de 1885 el británico Francis Swan lograría convencer al guía Henri Passet para emprender juntos un reconocimiento del embudo terminal de ese canalón de nieve de 600 metros de recorrido y unos 45° de inclinación. Como Swan fue poco explícito en su artículo para el *Annuaire* de 1885, muchas de sus actuaciones permanecen aún entre la bruma.

La aventura comenzaba a las 7:00 h desde Gavarnie: tres horas después, Swan y Passet se hallaban contorneando las grietas más abiertas de la base del corredor. El glaciar se les presentó *emocionante*, obligándoles a esquivar sus revoltijos..., e incluso alguna pequeña avalancha. Tras el cruce de la rimaya, tuvieron que *trabajarse* un muro de unos 15 metros bastante vertiginoso. Con la fe ya un tanto desgastada, nuestro prudente dúo fue ganando altura hasta verse forzado a proseguir hacia arriba, ante el problema que podía suponer un descenso incierto... Swan no tuvo el menor empacho en confesarlo: "Apercibiéndonos de la gran locura que habíamos iniciado, habríamos retrocedido con agrado, pero era imposible dar un paso atrás sin riesgo de matarse". Así, pasar al hielo del corredor les exigió cruzar un débil puente de nieve sobre un vacío tal que hizo exclamar a Henri Passet: "¡Que me cuelguen si vuelvo a hacer caso de un extranjero!". A partir de este punto le esperaba al guía un penoso trabajo con el piolet, tal y como reconocería más tarde su cliente *extranjero*, inglés para más señas:

"Henri debió tallar escalones, tanto para las manos como para los pies, sujetándose con un pie y la rodilla sobre una pendiente en la que su cuerpo estaba expuesto mientras tallaba: al menor movimiento en falso, una caída mortal hacia la gran grieta inferior hubiese sido inevitable".

Sobre las 11:00 h ambos hombres salían a las rocas superiores del lado derecho de la lengua de hielo, descalzándose para mejorar su adherencia. Pero nada impediría que hollasen la punta Occidental del Astazu, cerca ya del mediodía. Acababan de *pisarle* al clan Brulle una de sus metas más ansiadas.

Tres años después Brulle, Bazillac, De Monts y Célestin se presentaron por Pailla con objeto de analizar el itinerario de Swan. Aquel 4 de agosto de 1888 salieron de Gavarnie a las 4:30 h, para alcanzar las piedras cimeras del Astazu Oriental sobre las 11:20 h. Sin pretender restar demasiado mérito a los conquistadores del ahora llamado *couloir Swan*, después de esta repetición Henri Brulle señaló que "la pendiente no presentaba, por lo demás, nada anormal". Cortesías entre caballeros de la vieja escuela. Conociendo al *padre de la escalada pirenaica*, casi se podría asegurar que se mordió un poco la lengua.

La trifulca por el corredor Swan saltó en julio de 1913 y desde la revista oficial del *Club Alpin Français, La Montagne*, cuando cierto alpinista llamado Marcel Bal publicó entre sus páginas varias experiencias sobre algunas de las vías más reputadas del Pirineo. Ni que decir tiene, el *couloir* Swan estaba en su listado de *sugerencias golosas*.

La aventura de Bal había arrancado un año antes en Gavarnie, donde preguntó a los dueños del *Hôtel des Voyageurs* sobre aquella ruta tan resultona: "El corredor entre los dos Astazu me fascinaba... Debía de ser escabroso y también tentador". Ni corto ni perezoso, Bal se dirigió a Pailla para espiarlo con unos gemelos: aunque entonces ya no le pareció tan complicado, decidiría contratar a un porteador para que le acompañase hasta el nevero de la base y que allí esperara por si sufría algún percance. En la prudencia de este nuevo candidato pudieron influir los textos de sus predecesores. Veamos:

Francis Swan (1886): "Henri Passet y yo estamos convencidos de que ni el Dru ni la Meije pueden, aun con su mayor longitud, ser comparados con nuestra ascensión del año pasado a los picos de Astazu en las condiciones en que la hicimos".

Louis Le Bondidier (1902): "Aquí los Astazu adquieren rango; las colinas acaban siendo picos, y picos de importancia. A nuestros pies se excavaba el corredor espantoso por el que subiera Swan".

Henry Russell (1908): "Por al norte, ¡qué abismos! ¡Qué lisos y formidables son siempre los precipicios calcáreos! Por el inmenso corredor excavado entre estos abismos, mi joven amigo Swan escaló con Henri Passet, en 1885, los picos de Astazu. Es un *rompecuellos*. Las piedras que se desprenden allí, no solamente quedan pulverizadas en un instante, sino casi aniquiladas, y las rocas más grandes se convierten en nubes: en estado gaseoso, llegan hasta los glaciares de Pailla, que brillan al norte de los picos de Astazu, 800 metros más abajo".

El 23 de julio de 1912 Marcel Bal se allegaba hasta el pie del corredor Swan en compañía de Pierre Passet. Pero, mejor, cederle a él mismo la palabra:

"Ataqué inmediatamente el glaciar y, no menos inmediatamente, comencé a tallar peldaños. La rimaya era muy difícil. La atravesé por un puente de nieve tan ancho como delgado. Pude abandonar su borde exterior, de unos 3 metros de altura, por una fisura que arrancaba de allí. Me pareció que la rimaya era inabordable, con sus 8 metros de altura como poco, y la bordeé hasta volver a mi punto de partida. Como iba solo y sin encordar, dudé. El porteador se había quedado abajo y yo me sentía algo ridículo... Me arriesgué y, a 1 metro de la fisura, pude tallar dos buenos peldaños sobre el otro lado. La nieve, bastante helada, era sólida. Salté enseguida allí y, agarrado con la mano derecha a una presa, hundí la izquierda en la nieve, manteniendo el cuerpo pegado a la pared congelada. Verdaderamente, viví diez minutos de buenas emociones, ya que me sostenía sobre 5 centímetros de hielo, en extraplomo sobre tan formidables mandíbulas. Un poco de sol, y nada me hubiera sostenido. Así, suspiré con alivio al poner el pie sobre el labio superior...

"El corredor de hielo se alzaba sobre mí, formidable... Tallando constantemente un buen número de escalones, pude abordar la roca unos 50

metros más arriba. Una vez sobre la zona sólida, grité un ¡hurra!, al que Passet respondió desde abajo. Después comencé la escalada: ninguna dificultad seria, ningún mal paso. Recorrí la parte izquierda del corredor, entre la nieve y la roca, vigilando siempre las caídas de piedras. En resumen: alcancé con facilidad lo más alto del corredor Swan.

“Para mí el *Couloir* es la mejor vía de ascensión. Si aquel año la rimaya era impresionante, en cualquier caso resultó practicable. Ninguna cordada debería temer meterse por allí. Pero ha de salir muy temprano, pues estoy seguro de que con un cuarto de hora de sol, yo mismo habría terminado dando un gran salto hacia la eternidad. Recordad que una rimaya no se presenta nunca del mismo modo y que, con ocho horas de intervalo, de muy mala puede convertirse en muy buena. Y si fuera verdaderamente impracticable, existe por la izquierda una chimenea bastante difícil por la que se podría superar el primer cortado y, recorriéndola por la derecha, retomar el corredor un poco más arriba de la grieta. Para finalizar, estoy convencido de que por aquí se ganan más de dos horas sobre las dos rutas habituales, solo en la subida. Además este corredor puede ser descendido con facilidad: de no tener una cita en el Circo, lo hubiese bajado”.

El tono *suelto* de este trabajo debió de molestar en el sanedrín de los pirineístas. Acaso por las abundantes ironías destinadas a los escritos previos. Así, nuestro Socio de Honor Louis Le Bondidier no tardó apenas nada en preparar una larga carta para la revista del *Club Alpin Français* con puntualizaciones, donde picotearé entre sus referencias a los Astazu:

“El 16 de septiembre de 1885, fecha de la ascensión de Swan con Henri Passet, la rimaya del corredor Norte de los Astazu era tal que la ruta pudo ser catalogada como extremadamente difícil, incluso por quienes habían escalado la Meije y el Dru. Para Brulle, que repitió este itinerario el 4 de agosto de 1888, la afirmación de Swan le hubiese parecido exagerada de no saber cómo cambia el estado de los glaciares, hecho que pudo constatar en una segunda ascensión en 1901. La primera de estas visitas de control daría ya la clave: por el itinerario de Swan, los Astazu constituyen, según el estado de la nieve, una ascensión relativamente fácil o muy difícil. Un dictado confirmado por escaladores posteriores; en especial, por Peyta y Célestin Passet en 1904, o por Peyta con Croste y Courtade-Salles en 1908. Si uno no desea limitarse a repetir paso a paso el itinerario de Swan, existe un medio de evitar las dificultades siguiendo la ruta practicada por Forsans en 1904.

“¿Los Astazu por el norte? Su ascensión, una auténtica victoria de Swan, quien se aventuró en pos de lo desconocido, acaba hoy de atravesar por todos los estadios de la *Ley de Mummery*. Según Bal, ya no son sino unos picos para damas”.

Ni que decir tiene, hubo contrarréplica inmediata por parte de Marcel Bal desde ese mismo número de *La Montagne* de 1913. Sin perder el tiempo en otras consideraciones, veamos cómo concluyó su alegato en lo concerniente a los Astazus:

“Escalé solo y sin guía el corredor y me sentí decepcionado, cosa que afirmé honestamente. Señalaré de pasada los diferentes tratamientos que he

observado: de ser realizado por un extranjero [recuérdese: inglés] con guía, un éxito; pero si lo ha sido por un compatriota en solitario, ¡una tontería! ¡Qué lástima que yo no sea inglés o americano!”.

Una vez más se puede constatar que las polémicas sobre temas montaraces son viejas como el deporte mismo. Parecen ser su sal. Si no, refrésquense los líos protagonizados por Saussure y Bourrit durante sus tentativas en torno al Mont-Blanc de finales del siglo XVIII...

2.02. Crónica rosa desde los Astazu

Alberto Martínez Embid, Blogs de Desnivel, 18 de diciembre de 2009

Hace no mucho aludí al respeto debido hacia quienes no están entre nosotros para defender su opinión. Pues bien: un asunto de este tipo ha salpicado a los herederos de Henry Russell debido a cierta *Histoire d'un coeur*. No hablo de ningún programa rosa televisivo, sino de la única novela de nuestro pirineísta. En realidad, el libro aludido constituyó todo un *gatillazo* en su día: como fue considerado por el propio autor como una inmensa errata, lo mandó destruir, dado que contenía demasiados detalles sobre aspectos personales de su existencia. En concreto, referencias a sus amores con una joven inglesa de religión protestante frustrados por sus católicos padres. Dicha obra jamás se puso a la venta ni circuló entre los amigos...

La destrucción de su tirada debió llevarse a cabo de un modo sumamente eficaz: se cree que terminó siendo arrojada al Gave de Pau. Tal es así que, durante lustros, se pensó que la existencia de este libro era una especie de leyenda. Al menos hasta que el bibliófilo Jacques Labarère reveló que existían dos ejemplares en colecciones particulares; ambos, en manos de la familia Russell.

Hace algún tiempo me informé en dicho entorno sobre si existía la posibilidad alguna de reedición: “no”, me respondieron muy cortésmente. Nada extraño. Ya en 1942, cierto sobrino político de Henry Russell, el asimismo socio de *Montañeros de Aragón* Raymond d'Espouy, se interesó por una hipotética reimpresión, tema este que fue zanjado por Maurice Russell mediante “palabras contundentes”. Hasta antes de ayer el grueso del clan contemplaba la posibilidad de hacer públicos “ciertos párrafos neutros” de ascensiones y periplos. Si bien su texto al completo hoy no asustaría a nadie, buena parte de los descendientes deseaban permanecer fieles a la memoria del *Señor del Vignemale*...

Al menos hasta ese otoño de 2008 en que se editó por sorpresa, en número de algo más de doscientos ejemplares, nuestra *Histoire d'un coeur*. Una tirada desde los *Amis du Livre Pyrénéen* tan costosa como *semiclandestina*, a tenor de la supresión de cualquier referencia a la imprenta, al ISBN o a su depósito legal. La crítica de Claude Dendaletche desde la revista *Pyrénées*, terminó tildándola como “confidencial”... Al parecer, una de las dos ramas de los herederos pudo haber facilitado esta operación. Tampoco es que hiciera falta su concurso: poco antes de la iniciativa se había difundido la noticia del hallazgo en una biblioteca pública gala del tercer ejemplar de esta *obra*

fantasma. Y en círculos pirineístas circulaba desde antiguo el chisme de que cierto escritor de prestigio del otro lado de la cadena había abusado la confianza de la que fue objeto por parte de los descendientes de Russell tras fotocopiar sin permiso la novela en cuestión. En fin: hay ingredientes a mansalva para todo un culebrón.

¿Qué se puede contar de esta *Historia de un corazón* sin traicionar al espíritu del pionero del pirineísmo? Pues, para abrir boca, aclararemos que esta obra, en teoría de autor *anónimo*, vio la luz desde la *Imprimerie Lamaignère* de Bayonne en 1871. Sobre su tapa anaranjada aparecía la inscripción de: "Prohibida la venta de esta obra; su autor se reserva todos los derechos". La misma portada lucía ciertos versos de Alfred Tennyson que anticipaban un tanto la trama: "El verdadero amor es dulce, aunque haya sido en vano, y dulce es el fallecimiento que pone un término a este dolor: yo no sé, no, no sé, cuál de los dos es el más dulce".

Por lo demás, el argumento recogía en 209 páginas una ficción con dos protagonistas, *Arthur* e *Isabelle*, que acaso se correspondían con el propio Henry y Maud, la chica con la que no se pudo desposar ante la oposición familiar de los Russell... Es decir: un argumento con ciertas similitudes con *Romeo y Julieta*, aderezado con unos toques de los *Amantes de Teruel*... Así, tras una relación desbaratada y la consiguiente muerte de la joven en la ficción, su enamorado acude para buscar el martirio en una misión católica. Entre medio se describe una serie de ascensiones al Monte Perdido y Mont-Blanc, amén de una vuelta al mundo completa. ¿Suenan esos lugares a quienes conozcan un poco las peripecias *russellianas* reales?

Mas para bucear discretamente por el interior de esta novela, también se puede recurrir a cierta *bio-bibliographie* de Jacques Labarère en torno a *Henry Russell (1834-1909). Explorateur des Pyrénées* (2003):

"El héroe, Arthur, tiene treinta años y ha nacido en La Martinica. Inglés por el lado materno y francés por el del padre, e hizo sus estudios en Pont-le-Voy, viajando durante su juventud: Siberia, India, costas de la Patagonia, Perú y Cabo de Hornos, así como realizado numerosas excursiones por los Pirineos, vivaqueando en solitario sobre sus cumbres. La historia arranca en Biarritz el 1 de diciembre de 1860, para luego desarrollarse en Niza, Bétharram, París, Luz, Gavarnie, Saint-Sauveur, Hendaya, Saint-Jean-de-Luz y Chamonix, así como en Inglaterra y Noruega. Tras una serie de episodios desgraciados concernientes a sus amores desdichados, Arthur se embarca el 1 de mayo de 1863 en Le Havre, en el barco *Brave-Lourmel*, para un largo periplo: Brasil, el Estrecho de Magallanes, Perú, Nueva Zelanda, Bombay, Tibet, Darjeeling, Siberia, Omsk y Moscú, donde se entera de la muerte de Isabelle. Tras su retorno a Biarritz, Arthur dejará para siempre el Mediodía francés y sus queridos Pirineos para ser asesinado por una tribu en Siberia Oriental".

Orientados de esta mínima forma, creo que ya resulta lícito servir uno de sus párrafos más interesantes e inofensivos: el que se refiere a cierta ascensión al Monte Perdido realizada por el collado de Astazu. Si bien, en el plano realista, esta se produjo en 1858 y gracias al buen *arte* del guía Laurent Passet de

Gavarnie, en el terreno de la ficción, Arthur/Russell marcha en solitario hacia el corazón de las Tres Sorores:

“Elevándose desde el alba sobre la cara oriental de ese circo de Gavarnie cuyas pendientes, un poco por todas partes, son más ásperas, comenzó por seguir durante dos horas, sobre unos guijarros calcáreos y los restos de herbazales, los flancos quemados del Astazu, frente al collado del mismo nombre que se abría por encima suyo a una altura descorazonadora. Pronto, sobre los 2.500 metros, dejó la *tierra firme*, si se permite llamar así a los torrentes de guijarros y barro, para poner el pie sobre el glaciar. Por fortuna, la nieve estaba fundida y dejaba todas las grietas a la vista, lo que reducía a casi nada el riesgo del ventisquero. Confeccionándose una escalera de agujeros mediante su bastón de punta herrada, Arthur no tuvo problema alguno para salir adelante; pero aquello sería otra cosa distinta cuando se trató de *tomar tierra* sobre una especie de pared que ahora se alzaba ante él y que, calentada durante tres meses por un sol abrasador, había hecho fundirse y retroceder el glaciar, de manera que había allí uno de esos abismos sin fondo de varios metros de anchura que en Suiza se llaman *bergschrunds* o *rimayas*. Por suerte, un bloque inmenso de nieve, caído bien a propósito, se hallaba allí para tapar en parte el abismo, constituyendo un puente sólido: Arthur, saltando sobre él, *desembarcó* cómodamente sobre la otra orilla... A 3.000 metros y sobre el collado de Astazu, Arthur realizó una corta parada para tener tiempo de admirar a gusto todas las magnificencias acumuladas ahora ante él y bajo sus pies. En verdad, era algo indescriptible. Al oeste, se abría por debajo suyo, como un agujero donde cabría una gran ciudad, el circo de Gavarnie al completo. Al este, todavía era más bello. En un primer plano, se escapaba un río de hielo, turbulento y confuso, más amplio que el Mississippi, rebotando desde su superficie una masa tal de luminosidad boreal a la cual la vista apenas podía habituarse. Por la derecha, reinaba el cono inmenso del Monte Perdido...

“¡Qué soledad! En aquellos lugares era verdaderamente formidable; el silencio, tan extraño como absoluto, la volvía más formidable aún. Sin embargo, acostumbrado a todo esto desde la niñez, así como a todos los peligros de la montaña, Arthur se aventuró sin temor alguno y sin la menor indecisión por el dédalo de grietas espantosas abiertas por todas partes y, por centenares, en ese glaciar que se extendía desde el punto en que se hallaba hasta la base del Monte Perdido. Contorneando las mayores y saltando las pequeñas, finalmente llegó sin problemas a un amplio collado abierto al oeste del pico y, allí, escalando hacia la izquierda por pendientes deslizantes de barro calcáreo y de nieve muy dura, con una pendiente temible, al cabo de una hora se encontró sobre la cumbre del Monte Perdido, sobre las dos del mediodía [...].

“Pronto, la nieve lo borró todo. Se apreciaba bien esas gargantas donde reinaba el buen tiempo, pues allí caía de forma recta y sin hacer ruido. Pero, sobre las crestas y los picos, mientras silbaba, iba formando espirales vertiginosas que un viento feroz arrojaba por el horizonte, como si fuera el humo de una gran ciudad en llamas. Y, sin embargo, era preciso permanecer allí; imposible descender. Asaetado por todas partes por un granizo que

producía unos silbidos extraños, envuelto por las tinieblas y por la electricidad, viendo cómo caían los rayos por sus costados constantemente, Arthur estaba enclaustrado en aquella plaza formidable, aunque sin miedo y sin creer en el peligro. Más bien, admiraba todavía más la grandeza de tales espectáculos, así como esas batallas que libraban los elementos ante él. ¿Cómo no hacerlo? ¿Cómo hubiese podido dejar de creerlo, a pesar de todo aquello, estando por encima de ese caos inmenso de nubes pletóricas de rayos y de resplandores, cuando de pronto pudo percibir la cadena de los Pirineos al completo enrojecida por el sol del ocaso? Fue sublime”.

Este fragmento novelado no deja de tener su interés histórico. Porque, además de mostrar el tipo de *prosa de ficción* que gastaba Henry Russell en su juventud, brinda a los pirineístas la primicia del texto de la ruta de los Rochers-Blancs hacia el Monte Perdido. Un dato que se le escapó a todo el mundo, salvo a Gérard Raynaud, hasta 1997... Acaso, a modo de cortina de humo de su *Histoire d'un coeur*, el *Señor del Vignemale* dejara un tanto envuelta en la confusión esta peripecia desde sus diferentes ediciones de los *Souvenirs*. Como única pista de su aventura auténtica, quedó el registro del *Hôtel des Voyageurs* de Gavarnie correspondiente al 14 de septiembre de 1858:

“Habiendo realizado este mismo año una primera ascensión al Monte Perdido por la Brecha poco satisfactoria, regresé una segunda vez con el mismo resultado, estando a punto de perecer de frío al pasar la noche en la Brecha. Irritado por el mal estado en el que quedé, y un tanto decepcionado por mis propios méritos, me puse en manos del guía Laurent, quien ya me había acompañado en otras expediciones: me llevó en siete horas desde el *Hôtel de Gavarnie [des Voyageurs]* hasta la cima del Monte Perdido, pasando por el Astazu, una vía tan peligrosa como magnífica y digna de ser conocida. Desde allí, vimos ayer un atardecer entre cinco o seis tormentas, con la cadena pirenaica apareciendo como un lugar siniestro entre miles de resplandores. He de declararme contento por esta excursión y por los glaciares enormes que tuvimos que atravesar, y si puedo recomendar a Laurent como un guía inteligente, hábil y respetuoso, no menos he de hacerlo como compañero amable y como hombre que admira su país y que lo aprecia mejor que otros en su justo valor”.

Para cerrar el repaso de esta controversia literaria, nada mejor que recurrir a la sobrina nieta de Henry Russell. Así, Monique Dollin du Fresnel redactó estas frases hermosas para cerrar su *Henry Russell, (1834-1909): une vie pour les Pyrénées* (2009):

“Resulta tan agradable como legítimo creer que el alma de los muertos no se aleja demasiado de nosotros. Acaso nos rodeen todavía esos seres bien amados que nuestros ojos no pueden ver más; si se han alejado, tal vez regresen al oír nuestra voz”.

Bien se nota que por sus venas circula la sangre del *Señor del Vignemale*.

2.03. Los prismáticos de Jorge Gavín

Alberto Martínez Embid, Blogs de Desnivel, 6 de mayo de 2010

Nuestros vecinos del Norte conocen desde antiguo el género de las *ascensiones imaginarias*. Es decir: relatos de subida a algún monte sin salir de casa. El pirineísmo aragonés dispone de un par de ejemplos de este fenómeno, centrados en el Tozal del Mallo y el Cilindro de Marboré. Pero, en esta tierra dura, nadie suele tomarse a broma tales historias: en lugar de ser contempladas por su lado cómico se consideran como heridas sin cicatrizar. Vamos a revolotear sobre el primer caso...

Hace algunas tardes y en la sede de *Montañeros de Aragón*, Álex Puyó y un servidor coincidimos con dos veteranos de *pata negra* como José Antonio Bescós y Pepe Díaz. La conversación enseguida viró desde el tema de la calle que el Ayuntamiento de Zaragoza va a otorgar a Alberto Rabadá y Ernesto Navarro..., hasta las andanzas de nuestro mejor representante en las escaladas de ficción. Aunque todo el mundo recordaba la historia de los *falsos* Tozal y Cilindro, a orillas del Ebro no parecía existir copia alguna de dicha afrenta. No hay problema: recurrí a los amigos del otro lado de los montes y recibí al punto la documentación requerida, gentileza de Silvio Trévisan y Florian Jacqueminet.

Para comprender el alcance del asunto, nada tan esclarecedor como abrir la guía *Pyrénées. Tome II. Excursions, ascensions, escalades* (1953). Un trabajo firmado en el apartado de "Les Cañons espagnols" por Pierre Minvielle, y en lo referido a "Cauterets, Vignemale, Gavarnie" por Robert Ollivier, quien estuvo muy auxiliado por los hermanos Jean y Pierre Ravier. Se puede constatar el alto vuelo de la *imaginativa* aragonesa prestando atención a cuanto aparece por la página 258:

"Tozal del Mallo (2.283 metros), por la cara Sur (Muy Difícil): magnífica pared vertical, rojiza horadada por numerosas chimeneas, de unos 300 metros de altura. Domina la llanura de Ordesa. Es una verdadera Dolomita, tintada en los colores tan especiales del valle del Arazas. Primera ascensión por J. A. Gavín y José Luis Rodríguez, el 21 de agosto de 1944.

"Seguir el sendero del circo de Salarons hasta el barranco de Carriata (54 minutos), dejarlo y franquear dicho barranco. Dirigirse horizontalmente al oeste, hasta el pie de un corredor con guijarros en la base del Tozal del Mallo (a 20 minutos del barranco). Subir este corredor (30 minutos). Arriba, se halla una plataforma. Numerosas chimeneas surcan la pared. Tomar la que constituye la continuación del corredor. Subir por el labio izquierdo de dicha chimenea, que tiene forma de escalinata monumental, de peldaños muy espaciados. Los primeros ascensionistas efectuaron allí numerosos pasos de hombros. Un paso de aproximadamente 3 metros, extraplomado, se mostró especialmente difícil. Pero, en su conjunto, en esta chimenea se encuentran buenas presas sólidas y buenas plataformas para dos o tres personas. Sin embargo, 18 pitones de seguro fueron clavados por los primeros ascensionistas. La referida chimenea termina finalmente en mitad de la pared (3 horas desde la base). En este lugar, una pequeña plataforma permite admirar el vacío y el bello valle del Arazas. Existen otras chimeneas a derecha e izquierda. Buscar alcanzar la que se presenta por la derecha, de la que se

queda separado por una pared lisa. Aquí se presenta el paso más difícil de la escalada: las presas son muy raras y es necesario emplear la técnica de la doble cuerda; doce pitones serían clavados durante la primera ascensión. Todos fueron recuperados por el *segundo* de la cordada. Dicho pasaje se efectúa elevándose en oblicuo hacia la derecha. De 30 metros de longitud, exigió 1 hora a los primeros ascensionistas. La nueva chimenea es más fácil. Comporta menos extraplomos. Las presas son numerosas y muy sólidas. En 2 horas y 30 minutos desde la vira, lleva a la cumbre (6 horas y 30 minutos-7 horas desde la base; 8 horas y 10 minutos desde Ordesa).

“El descenso se efectúa por un corredor herboso por la cara opuesta. Tomar el itinerario de las Clavijas de Salarons (a partir de las informaciones de Jorge A. Gavín)”.

Por añadidura, en dicha guía se utilizaba el croquis de esta supuesta apertura en el Tozal del Mallo como portada. Según los entendidos de la época, alguien había servido *gato por liebre* al equipo de Robert Ollivier. Y, de paso, a todos los escaladores aragoneses del momento. Recuérdese que, en ese año de 1944 que se citaba, una cordada de Zaragoza tan activa como la Serón-Millán andaba en campaña con el primer *sexto grado* aragonés, la Peña Sola de Agüero, en su punto de mira inmediato. No resulta extraño que la *farolada* del tal Gavín sentara tan mal en estas tierras *mañas*.

Y en la vertiente Sur, ¿picó alguien? Desde luego que sí. Ni más ni menos que Agustí Jolis, quien desde *La conquista de la montaña* (1954) se hizo candorosamente eco de lo que Robert Ollivier había proclamado a los cuatro vientos. ¡Bravo por los trepadores *maños!*, debió de pensar el historiador de Barcelona.

Tal y como es el carácter aragonés, puede decirse que nunca se perdonó el derroche imaginativo de nuestro protagonista. Para confirmarlo, sirva ese Especial que editó *Montañeros de Aragón* en 2007 a raíz del “50 aniversario de la primera escalada al Tozal del Mallo de Ordesa”. El que conmemoraba la auténtica trepada, claro está... Le cederemos la palabra, en primer lugar, a José Antonio Bescós, un hombre franco y sin pelos en la lengua:

“En aquellos tiempos..., existió un reconocido y destacado patriarca del pirineísmo llamado Robert Ollivier, perteneciente al *Club Alpino Francés* y merecedor de un afectuoso y agradecido recuerdo, que entre sus múltiples actividades montañeras llevó a cabo la recopilación y redacción de la famosa guía de montaña que lleva su nombre en colaboración con los no menos afamados pirineístas el doctor Minvielle y los hermanos Jean y Pierre Ravier. Entre los innumerables contactos que debió realizar para la ejecución de dicha obra con los diversos montañeros que habían efectuado las escaladas allí descritas, se topó con un autodenominado escalador español, aparentemente oriundo de Zaragoza [J. A. Gavín], a la sazón trabajando en Francia y que, frecuentando los clubes de montaña franceses de la región pirenaica, comunicó a Ollivier el relato de su primera escalada a la cara Sur del Tozal con todo lujo de detalles técnicos, croquis, gráfico de la vía, fecha de la escalada, etcétera, puede que a finales de la década de los cuarenta. Supongo que para incorporarse con toda la autoridad necesaria al elenco de grandes escaladores

que tachonarían las páginas de la guía en ejecución, como autores de las más llamativas vías de escalada, no dudó en comunicar asimismo su primera escalada a otra gran pared del macizo de Monte Perdido: la cara Noreste del Cilindro de Marboré, efectuada en la misma época y con idéntico lujo de detalles, y en los dos casos acompañado en cordada por otro, éste de verdad desconocido [J. L. Rodríguez], escalador español. Se editó la guía por Ollivier al arranque de los años cincuenta y, al recibir los primeros ejemplares de la misma en los círculos de *Montañeros de Aragón* en Zaragoza, se percibió un cierto tufillo a cuento chino en lo relativo a estas dos escaladas, pues aunque uno era remotamente conocido como montañero, en ningún caso se le podía considerar capaz de realizar unas escaladas como las descritas. Además, su compañero resultó no ser conocido por nadie a quien se le cuestionó sobre el caso. Igualmente, todos los montañeros (escasísimos por aquél entonces) que en las fechas indicadas acampaban en Ordesa (¡qué tiempos!) o hacían montaña por el macizo, no habían encontrado a nadie en sus ascensiones, ni nadie oyó el más mínimo comentario sobre unas actividades tan extraordinarias para la época. Finalizadas las indicadas pesquisas, se llegó a la sabia conclusión de que a nuestro buen amigo Robert se *la habían metido doblada*, como diríamos hoy en día, pero en aquellos gloriosos años de mojigatería, corrección y racionamiento, solo le habían faltado a la verdad indecorosamente. Todo lo expuesto es hoy en día de difícil constatación (si así lo precisasen los historiadores puristas), puesto que la guía editada en aquellas fechas con dichos relatos, una vez agotada, apareció en una nueva edición en años posteriores con las reseñas verdaderas de los auténticos realizadores [en 1957: N. Blotti, C. Dufourmantelle, C. Jaccoux, M. Kahn y J. Ravier para el Tozal; J. A. Bescós y R. Montaner para el Cilindro] de dichas *primeras*. Todo este infumable rollazo que os acabo de colocar es la justificación del porqué nuestro grupo, que en la época se batía el cobre en los corrillos de la escalada bajo el apelativo (que no sé quién nos colocó) de los *Siete Magníficos*, estaba interesado en efectuar las *primeras* del Tozal y posteriormente de la cara Noroeste del Cilindro. Dicho interés venía de la mano de nuestro bibliófilo y relaciones públicas internacionales del grupo, el querido e inefable Rafael Montaner, que en sus frecuentes colaboraciones con Robert Ollivier, el *Grupo Pirineísta de Alta Montaña* y el *Club Alpino Francés*, intentaba patrióticamente borrar el baldón que nuestro mendaz compatriota había arrojado sobre el montañismo español".

Podemos permanecer un poco más en la misma publicación de *Montañeros* para demostrar que en nuestra Casa no se esconden las vergüenzas precisamente. Entre sus páginas, el escalador Christian Ravier, hijo de Jean y sobrino de Pierre, también quiso aportar su opinión a través del artículo que portaba por título "La mentira de Gavín". Ya lo creo que lo hizo, derrochando ironía y buena pluma:

"El pirineísta es pintor, hace fotos, camina, deambula, contempla... Sueña, imagina y realiza... A veces sueña con intensidad, imagina con tal fervor que olvida realizar. En medio de divagaciones, la aventura espiritual sigue su curso, con riesgo de caer, al contarla, en la mentira.

"En 1953 apareció el segundo tomo de la primera edición de la Guía Ollivier *Pirineos, Cauterets, Vignemale, Gavarnie y Cañones Españoles*. La portada de esta preciosa guía está ilustrada con un croquis de la cara Sur del Tozal del Mallo... Una línea de puntos recorre la muralla.

"En efecto, en esta obra se relata con precisión muy particular, aportada por los autores, la primera ascensión a esta pared efectuada por Jorge Antonio Gavín y José Luis Rodríguez el 21 de agosto de 1944. Si el relato es técnicamente vago, se detiene en cambio sobre la belleza del paisaje, un valor seguro. Gavín era un fabulador, y Rodríguez, tal vez, un compañero imaginario o el apelativo que daba a sus prismáticos. En la misma guía se anota también la *primera* a la Norte del Cilindro.

"Esta historieta, un auto-engaño, largo tiempo olvidado, escondido, proscrito, forma parte también de la relación de los hombres con el Tozal... El centinela del Arazas propicia los delirios".

Como remate curioso de esta historia turbia, ha quedado cierta vía en la pared del Gallinero/pilar del Cotatuero con el nombre de "Los prismáticos de Gavín". Manufactura, en buena medida, de Álex Corpas, Martín Elías y Christian Ravier, entre el 18 y el 19 de septiembre de 2008.

En cuanto a los estudiosos del pirineísmo, harán bien en ser más benévolos que los trepadores y estudiar esta curiosa muestra del relato de ciencia ficción para clasificar a Jorge Gavín, con todos los honores, junto a otros ascensionistas *imaginarios* de la vertiente norte como los célebres M. G. B., la duquesa de Berry o Achille Jubinal, por ejemplo. Que no se diga que en Aragón no tenemos un poquito de todo.

2.04. La cara oculta del Tozal del Mallo

Alberto Martínez Embid, Blogs de Desnivel, 22 de mayo de 2010

Puestos a presumir de algo, creo que se puede hacer de los amigos pirineístas que uno tiene. Entre ellos incluyo a los benévolos lectores de estas historias, desde luego. Así, he de felicitarlos por haber llamado la atención de toda suerte de colegas que están completando estas páginas de un modo sobresaliente. Como en el caso de la entrada anterior...

En *Los prismáticos de Gavín*, Jesús Mari Rodríguez me abrió una puerta sobre dicho tema, pasándome documentos que reclaman su publicación. Ignorando si aportarán alguna luz en lo referente a la *primera* del murallón del Tozal del Mallo, pienso que al menos se deben compartir con los demás lectores... Así, demos cancha ya a Jorge Gavín a través de un artículo que titulara como "Mi segunda *primera* en el Pirineo". Fue publicado en el número 4 de la revista *Pyrenaica. Boletín Regional Vasco-Navarro*, en 1952. Verídico o no, el texto de este posible *escalador imaginario* tiene poco desperdicio:

"No quiero cantar las infinitas bellezas que encierra el maravilloso valle de Ordesa (Arazas), pues otros escritores y poetas, de gran renombre, han escrito y cantado las hermosuras de este paraíso pirenaico. Únicamente, quiero referirme a las paredes de este hermano pequeño del Gran Cañón del

Colorado, único en el mundo que se le parece, y que los pirineístas encontramos mucho más hermoso y bello.

"Existe en el valle de Ordesa una serie de paredes que cierran el valle por todos los lados y los cuales únicamente se salvan por tres pasos obligados. Son estos pasos las Clavijas de Salarons, Cotatuero y Soaso, coincidiendo todas ellas en semicírculos que llevan estos mismos nombres. La más difícil de todas ellas es la de Cotatuero, pero para un mediano montañero no ofrece ninguna dificultad. El resto de las paredes de los diferentes picos, continúan vírgenes de huella humana, siendo únicamente la llamada Tozal del Mallo, la primera que se ha escalado, y no lo han sido por duras, largas y no tener gran renombre, no atrayendo a los escaladores españoles ni a los extranjeros, que prefieren escalar monolitos o paredes de cierta fama. El Tozal del Mallo es la pared que atrae más las miradas; desde antes de llegar a la entrada del valle, ya en el puente de los Navarros, se distingue su altiva y orgullosa cara. Es la más bella y admirada de todas y la más conocida por los montañeros y excursionistas que visitan ese magnífico rincón del Pirineo aragonés. Su belleza, desde el valle, es de una grandeza incomparable. Entrando por la carretera de Torla, y conforme se va uno aproximando, se le ve elevarse poco a poco, llegando a alcanzar su silueta ese aire de altivez y orgullo que tanto se admira en ella. Da la impresión de que su grosor sea el de un papel de fumar, y se espera que un ligero sople de aire la derrumbe.

"Para mí, era un sueño dorado el poder realizar la escalada a esa pared, todavía orgullosa por no haber sentido el dolor de las heridas producidas por el acero de los pitones, ni sentirse violada por las suelas de ningún atrevido escalador. Todas las excursiones que realizaba al valle, ya fuera solo o con amigos o excursionistas, la primera que atraía mi vista era ella. Por fin, en el verano del año 1944, pude realizar mi sueño. Después de haber efectuado otras escaladas y ascensiones por la cresta fronteriza del macizo de las Tres Sorores o Tres Hermanas, como se nombran a las cumbres del Cilindro, Monte Perdido y Soum de Ramond en la amena e interesante leyenda existente por los pueblos del Alto Aragón, descendimos al valle y allí preparamos nuestros planes. Después de un día de reposo, haciendo los preparativos y los estudios de la pared, llegó el día de probar nuestras fuerzas con la altiva y virgen pared. Fue el día 21 de agosto de 1944 el que vio que conseguíamos el éxito, mi amigo y compañero José Luis Rodríguez y yo.

"Estábamos tan impacientes, que en la noche del 20 al 21 casi no pudimos conciliar el sueño y esperábamos con verdadera ansiedad que llegase el nuevo día. Por fin, la aurora asomó por encima de la cresta de la Fraucata y del Tobacor, y nosotros, no pudiendo aguantar más la espera, después de un ligero desayuno, emprendimos la subida. Temiendo que en la escalada nos calentara demasiado las espaldas el sol, decidimos salir con poca ropa, pero a los cinco minutos de ir por el bosque, comprendimos que habíamos cometido nuestra primera equivocación; afortunadamente, la única. Los bojes y plantas del bosque estaban completamente mojados con el rocío y nuestras piernas heladas. El camino que seguimos hasta llegar al pie de la pared, es el sendero que conduce a las Clavijas de Salarons hasta que se encuentra el barranco del

mismo nombre. Este sendero empieza delante de la casa de Oliván, encontrándose casi borrado por la maleza. Subimos por entre el bosque, llegando a los cuarenta y cinco minutos al barranco de Salarons. Dejamos el sendero de las Clavijas a la derecha y atravesamos el barranco. Siempre horizontalmente, llegamos al pie de un *couloir*, lleno de piedras sueltas, formado por la pared del Tozal y un saliente de la misma. Desde el barranco, nos había costado veinte minutos.

"Allí dejamos la mochila, cogiendo, únicamente, la cuerda de 40 metros, siete pitones y cinco mosquetones, así como unas porciones de chocolate y algunas almendras. Empezamos la subida del *couloir* cuando el sol empezaba a dorar las paredes de la Faja de Pelay, yendo muy animados con la perspectiva de un día magnífico. Subiendo por el *couloir* nos ahorrábamos unos 40 metros de pared lisa y por eso decidimos subir por esta vía. Subimos zigzagueando y nos costó treinta minutos. Una vez en lo alto del *couloir*, y en una pequeña plataforma que allí había, hicimos un alto, estudiando la vía a seguir. La clase de piedra es calcárea rojiza, como toda la del valle, siendo muy segura, con buenas presas y grietas para empitonar. En la pared, se encuentran numerosas chimeneas, y estudiamos por cuál de ellas nos convenía subir. Estas chimeneas son, más exactamente, caídas de agua, encontrándose el fondo completamente liso. Decidimos subir por la chimenea que va a parar a lo alto del *couloir*. Me puse el primero y, por el labio izquierdo (mirando la pared) de la chimenea, empezamos nuestra aventura. Este labio era lo mismo que una sierra enorme de una gran escalera, erizada de dientes o peldaños. Casi constantemente, tuvimos que hacer pasos de hombros para salvar estos peldaños, de unos 3 metros de separación de uno a otro; se encontraba un poco de dificultad, pues había pequeños extraplomos o cuevas pequeñas. Suerte que estas plataformas son bastante amplias para estar los dos. Las presas eran muy buenas y seguras, y únicamente en las plataformas había algunas piedras sueltas que tirábamos al vacío y quedaban muy seguras y limpias. Después de tres horas de escalada, y habiendo hecho la mitad de la pared, unos 150 metros, nos encontramos con que la chimenea se terminaba. Habíamos tenido que poner dieciocho pitones de seguridad, recuperándolos todos. En el final de la chimenea, había una pequeña plataforma donde nos sentamos con los pies en el vacío, y tomamos un poco de alimento. Tanto a la derecha como a la izquierda, había nuevas chimeneas, pero la que nos pareció más asequible y más segura, era la de la derecha, aunque para llegar a ella teníamos que pasar un trozo de pared lisa y en paso ascendente oblicuo. El cruce de este trozo de pared lisa es lo más difícil de toda la escalada, pues no se encuentran apenas presas, y las que hay son muy pequeñas. Tuvimos que hacer todo el trayecto de una chimenea a otra en doble cuerda, y poniendo en total doce pitones, los cuales recuperamos todos. Este trozo de unos 30 metros nos costó más de una hora. Cuando llegamos al pie o comienzo de la chimenea que habíamos escogido para llegar al final de la pared, nos detuvimos rendidos del esfuerzo realizado. Durante un largo momento, no pudimos articular ni el más pequeño sonido para hablar de lo pasado; únicamente se oía nuestra respiración entrecortada. Después de un buen reposo y de tomar un poco de

alimento, emprendimos de nuevo la ascensión. Comparado con lo pasado, la nueva chimenea es un paseo por la principal avenida de una gran capital; aunque no se crea, por esto, que es cosa fácil. Hay que ir con mucho cuidado, pues las presas están la mayoría sueltas y, si hay un pequeño descuido, se puede producir un susto de unos 200 metros de caída. La nueva chimenea es típica del calcáreo, con sitios donde desaparece todo el cuerpo, y otros donde no cabe ni siquiera la punta del pie. El escalar toda esta última barrera que nos ponía la pared activa, nos costó dos horas y treinta minutos.

"Una vez llegados al final de la pared, nos tumbamos en un verde pradecillo que existe allí, y durante muchísimo tiempo no pudimos articular palabra, pues tanta era nuestra emoción. Creíamos, en aquel momento, que era nuestra primera *primera*, y los que han efectuado alguna *primera* comprenderán lo que nosotros sentíamos en aquel momento. Todavía yo más, pues esta pared la había visto desde hacía veinte años y siempre activa y orgullosa. No notábamos que el tiempo pasaba y que el sol iba declinando, y llegó un momento en que tuvimos que volver a la realidad y dejar de soñar despiertos, pues se imponía un descenso al campamento.

"Por el circo de Salarons y por un *couloir* de hierbas, nos dejamos deslizar hasta el pie de las murallas de este pequeño circo, y yendo yo a recoger la mochila que habíamos abandonado al pie de la pared del Tozal, nos bajamos cantando y alborotando por la victoria alcanzada, llegando a las casas de Oliván, en el valle, ya con las negruras de la noche. Sin hacer muchos comentarios en la casa y con los turistas que en ella había, nos fuimos a nuestra tienda, para descansar nuestros fatigados cuerpos.

"Y aquí viene el título. Yo creía que esta era mi primera *primera*, pero con el correr del tiempo y al hacerme miembro del *Groupe Pyrénéiste de Haute Montagne* de Pau, el presidente del mismo, el gran Ollivier, vencedor del Midi d'Ossau, me dijo, hablando de mis otras escaladas, que la efectuada al Cilindro por la cara Este era también una *primera*. Yo creía que ya se había hecho por los franceses, pero al saber esto, resulta que tengo otra *primera* en mi lista. Si no os he cansado con mi relato y me perdonáis las muchas faltas, amigos lectores, próximamente os relataré mi escalada al Couloir de Gaube en el macizo del Vignemale".

Esta crónica de escalada estaba acompañaba por un esquema, sobre el cual Jesús Mari Rodríguez me brindó su opinión:

"Tartarín en Ordesa. No es el personaje de Daudet, pero algo de él hay en Jorge Gavín [...]. El croquis que te adjunto (el de Gavín), claramente se inicia en el espolón herboso al pie del Tozal y finaliza rectilíneo en la chimenea de salida, visto desde el valle, en el lugar donde la carretera pasa por el torrente de Salarons; es la línea lógica que se le ocurre a cualquiera. Lo que es más vago en el croquis es la diagonal exagerada hacia la derecha... Diagonales leves las hay hacia la izquierda, a la entrada de la chimenea característica, y en el siguiente largo, amén de la llegada a las plataformas de vivac de la primera ascensión, que sí es a la derecha, pero demasiado larga. En un croquis general como el dibujado por Gavín, apenas tienen incidencia; por eso, está visto que el citado croquis se hizo *a bulto*".

Para cerrar la entrada de un modo enigmático, reproduciré la firma del artículo, ya que sirve nuevas pistas para quienes estén interesados en buscar por su casa: "Jorge A. Gavín, del *Centro Excursionista de Cataluña* y del *Groupe des Jeunes de Haute Montagne*" [sic].

2.05. El Cilindro más imaginativo

Alberto Martínez Embid, Blogs de Desnivel, 7 de junio de 2010

Tras solo insinuarla hace dos entregas, abordaremos la *primera fantástica* a la cara Noreste del Cilindro del Marboré. Es decir: el remate de las andanzas de Jorge Gavín, el *Julio Verne* de los trepadores..., ¿aragoneses? Porque, tras pasear sus prismáticos mágicos por el Tozal del Mallo, este fabulista incomprendido también los llevó consigo hasta la más fantástica muralla de la segunda punta de las Tres Sorores... Ahí es nada.

Pero entremos raudos en materia de la mano de Robert Ollivier y de su ya citado texto sobre los *Pyrénées. Tome II* (1953). Ni que decir tiene, en sus páginas 239-240 se incluía reseña y croquis de esta supuesta novedad de la escalada de dificultad hispana. Al menos, como tal lo proclamaba el autor de dicha guía:

"Cilindro del Marboré (3.327 metros). Por la cara Noreste (Extremadamente Difícil). Esta pared, impresionante por su verticalidad, fue ascendida por primera vez el 14 de agosto de 1944 por J. A. Gavín y J. L. Rodríguez. Su ascensión les requeriría 6 horas y 45 minutos para poco menos de 300 metros, así como veintiún pitones. Esta victoria sobre una de las paredes más rudas del *Macizo Calcáreo*, al igual que la de esos mismos escaladores sobre la cara Sur del Tozal del Mallo, pone en relieve la nueva vitalidad, del todo destacable, del pirineísmo español.

"Desde el collado del Cilindro, dirigirse hacia la pared Noreste virando ligeramente hacia la izquierda (sur). Dirigirse entonces hacia un corredor bastante amplio colmado de piedras inestables. Subirlo hasta un gran bloque y, siempre sobre un mal roquedo, alcanzar una terraza, una especie de cornisa que apunta hacia el noroeste. Seguir la hasta una fisura oblicua. Aquí comienza la verdadera escalada. Esta fisura llega casi hasta la parte alta de la pared. Parece fácil. En realidad, presenta por este sitio dificultades extremas (VI^o) y su escalada resulta muy aérea. Una vez se han ascendido sus tres cuartas partes, se halla una pequeña gruta que constituye un buen emplazamiento para descansar. La fisura termina en la pared Norte, bajo un muro muy liso, de presas escasas y espaciadas (VI^o), que separa todavía al escalador de la cima. Por encima de ese muro, las dificultades cesan y se alcanza muy fácilmente la cumbre (6 horas y 45 minutos de la base de la pared). Referencias de J. A. Gavín".

De nuevo Ollivier servía una fantástica descripción montaraz. ¿El catalejo de Gavín había vuelto a las andadas? Es lo que todos creyeron: que se trataba de otro alarde imaginativo por parte de alguien a quien no se le conocían más proezas escaladoras que las aireadas desde el papel. ¿Lo hizo arrastrado por

algún tipo de patriotismo mal entendido? ¿O por deslumbrar a alguna chica del CAF...? Cualquiera sabe.

En cuanto a los *locales*... No tardaron en ser informados sobre las sospechas de timo que germinaban en Francia por Pequine, jefe de los gendarmes de rescate en Gavarnie. Seguidamente Clos pedía referencias serias en Aragón sobre Gavín... Al igual que pasara con el Tozal, entre los *maños* se hizo una cuestión de honor del asunto. Así, el guante fue recogido por dos *primeros espadas* como eran el zaragozano José Antonio Bescós y el jacetano Rafael Montaner. El resultado de sus esfuerzos fue publicado en su día dentro del *Boletín de Montañeros de Aragón*: allí se proclamaba, esta vez sí, la "Primera al Cilindro por la cara Norte". Sin embargo, parece más oportuno recurrir a la versión de esta misma revista en el mes de diciembre de 1981, debido a un jugoso comentario anónimo que servía como preámbulo al relato propiamente dicho:

"A principios de agosto de 1957, José Antonio Bescós y Rafael Montaner ponen cerco a la pared Noreste del Cilindro, dispuestos a no irse sin hacerla, y se instalan debajo de una piedra al lado del Lago Helado del Monte Perdido, donde aguantan un tiempo infernal, entretenidos en escarbar por debajo de la piedra, intentando apartarse de las goteras que los persiguen. Tan rotunda decisión tiene otros fundamentos, además del gran atractivo de la pared: de un lado, reparar en lo posible la chapuza de un compatriota que, diez años antes, la recorrió con prismáticos, y lo contó tantas veces que acabó impreso en una guía francesa; de otro, superar la modorra en que yace por aquella época el pirineísmo español, cuya máxima aspiración consiste en repetir las vías abiertas por los franceses en los años treinta. Fue este el primer itinerario de importancia inaugurado por españoles en los Pirineos y, con el de la cara Sur del Tozal, abierto aquella primavera por franceses y repetido un mes más tarde por esta misma cordada del Cilindro, con Alberto Rabadá, el origen del pirineísmo de vanguardia que se practica hoy en España".

Ni que decir tiene, después de tan rotundo entrante, seguía el texto de Montaner con la crónica de la escalada. Desde luego, de lo más minucioso... ¿Hace una pequeña muestra de sus peripecias, del todo reales? Pues de este modo fue el arranque de dicha *primera*, del todo real:

"Sobre las 8:00 h comenzamos a trepar. Comenzamos en una fisura en la parte central de la pared. Los primeros metros –delicados por la descomposición de la roca– me hacen pasar algún apuro, pero después pierde inclinación y alcanzo una pequeña plataforma plana. Sobre esta continúa la fisura, extraplomada ligeramente y mucho más estrecha; la sube José Antonio y bien pronto tiene que empezar a usar la cuerda. Tres pitones marcan la subida por la fisura hasta una faja cubierta de grava fina y que hay que atravesar en una decena de metros a la derecha, hasta debajo de otras dos fisuras convergentes que forman una V.

"Elijo la de la derecha, mucho más marcada que su vecina. El principio en brusco extraplomo requiere un gran esfuerzo de brazos, más arriba es angosto y pulido; lo subo atascando los pies por el fondo y sin poder utilizar como

presas de mano las movedizas piedras que hay acuñadas. Sobre la mitad, la dejo y continúo en diagonal hacia una cornisa al pie de un diedro.

"Acurrucado entre las dos paredes recupero a mi compañero, esperando que siga él y que la tirada sea lenta para poder tomar el sol a placer durante un rato, mientras contemplo las cascadas de *séracs* del glaciar del Monte Perdido que refulgen bajo el sol. Veo desaparecer a José Antonio andando a gatas por una cornisa, después los 25 metros de cuerda desaparecen de mis manos a toda velocidad; ha habido mala suerte [...]"

Y así, bien detallada, toda la ruta, largo a largo... Más convincente, ¿no? Pero, después de lo apuntado sobre el imaginativo Gavín, casi apetece saber más sobre nuestro personaje. A orillas del Ebro, mi encuesta ha resultado una misión imposible: aparte de algún calificativo que otro, nadie me ha aportado grandes detalles sobre su trayectoria vital. Que si le gustaba cazar jabalíes... Que si era contrabandista... Que si no escalaba un pimiento... A veces, tenía la impresión de que hablaban de dos personas distintas. Como de costumbre he debido recurrir a los servicios del pirineísmo galo, de la mano del siempre bien informado Silvio Trévisan. Estos escorzos fueron su interesante respuesta:

"François Paucis no se acuerda muy bien de haber inscrito [a Gavín] en el *Club Alpino de Agen*, pero yo retuve ese nombre en la cabeza, aunque nunca lo tratara.

"En el *Rabatut* número 14 del verano de 1950, se leía en la página 2: *Georges Gavin*, de Zaragoza, pasó un día por el campamento, el 4 de julio de 1950, con tres amigos españoles. A partir de esta relación con él, pudimos contactar con el pirineísmo hispano, pues era el secretario del *Comité Pirenaico Franco-Español*. Los cuatro hispanos se toparon con los jóvenes del *Groupe Universitaire de Haute Montagne* cuando pernoctaban en Tucarroya, el 21-23 de julio [...]. Yo hallé a dichos españoles en Héas el 23 por la noche. Se habían quedado en Tucarroya sin vituallas, ¿esperando qué? Aquel cuarteto comió con buena gana, luego se acostó y durmió hasta el mediodía. Tras el almuerzo (siempre a cargo del *GUHM*), los cuatro salieron bien cargados con víveres de Tucarroya [...]. El tal Jorge, ¡estaba allí!: decía que era la *vedette* de *Montañeros de Aragón*, y un *gran primero de cordada*. Se le volvió a ver, durante el invierno de 1951, por Agen [...].

"Me dirigí a dicho Gavín para que reservara plazas en la Renclusa: el 6 de agosto de 1951, se organizaba allí un campamento internacional por parte de *Montañeros* y el *CEC* de Barcelona. Quisimos ser admitidos y le dije que llegaríamos con tiendas, pues no dormiríamos en la Renclusa. Gavín nos aseguró que allí se nos atendería. En número de treinta y seis, partimos del Hospice de France el 6 de agosto, por la mañana, y en el Plan d'Están, los militares de Franco nos esperaban para prendernos mediante un movimiento en tenaza, por delante y por detrás. Estaban muy bien organizados. Orden de regresar de inmediato a Francia. Protesté, pues íbamos muy cargados con tiendas y víveres para tres días, por lo que les solicité una hora de reposo... ¡Tuvimos que comérmolos! También alimentamos un poco a esa Guardia Civil que luego nos condujo hasta la caseta al pie del puerto de Benasque, desde donde se aseguraron de nuestro regreso a Francia. Esto echó por tierra

nuestra actividad [...]. ¿Qué es lo que había sucedido? Nadie les había prevenido de nuestra llegada, por lo que no fuimos admitidos en el campamento de la Renclusa... Si existía un tal Jorge Gavín que *era un gran pirineísta*, no debía de tratarse del nuestro: ciertamente, el nuestro era algún impostor.

"Aunque la gente fue muy discreta, en medios bien informados se supo con certeza la falsedad de su *primera* de 1944 al Tozal del Mallo. Sin duda. Y la Norte del Cilindro, fue otra falsedad más, indudablemente".

Poco que añadir sobre este asunto lleno de interrogantes. Salvo, claro está, preguntar a mis amables lectores si han detectado, en alguno de sus boletines de club, trazas de los dos *relatos perdidos* que faltan sobre nuestro *Tartarín ibérico*. A saber: el Cilindro de Marboré y el Couloir de Gaube...

2.06. La Hija del Capitán

Alberto Martínez Embid, Blogs de Desnivel, 9 de diciembre de 2010

Quienes frecuentan el valle de Pineta saben que sobre su Balcón aparecía cierta estructura metálica hasta hace tres o cuatro años. Se denominaba la Cruz de los Capitanes Grávalos y Santa Cruz. A despecho de cuanto aleguen los iconoclastas, reconozco que le guardaba especial cariño, pues toqué sus hierros por vez primera allá por 1978, durante mi descubrimiento de la *Norte del Perdido*.

Hace unos meses conocí a Conchita, la hija del capitán Grávalos. Fue durante una presentación de la revista del *Sindicato de Iniciativa y Propaganda de Aragón* en la que dejé patente mi afecto por este rincón del Sobrarbe. Tras dicho acto la señora en cuestión se presentó y me habló del fallecimiento de su padre en 1953. No hacía mucho que Simón Elías me acababa de pasar un texto sobre el mismo, por lo que me decidí a ofrecerle una copia del relato de aquel terrible accidente en la cara Norte del Monte Perdido. Algo preocupado, pues el referido trabajo, de Rodolfo García Amorrortu, contenía párrafos muy impactantes. Pero aquella "Tragedia en Monte Perdido" bien se podía clasificar entre las narraciones más vibrantes y épicas de nuestro montañismo. Como el episodio ha tenido escasa difusión, reproduciré algún retazo de corte *deportivo*...

Viajemos, pues, junto al entonces cabo primero de infantería y diplomado por la Escuela Militar de Montaña como profesor de esquí, escalada y alta montaña: Rodolfo García Amorrortu nos hará participar en las grandes maniobras del mes de julio de 1953 en el valle de Pineta...

Hasta el fondo de su Circo llegó la noticia de que cuatro escaladores habían sufrido un grave accidente al derrumbarse parte del glaciar Norte del Monte Perdido. Se trataba de los tenientes Emilio Pradillo y Manuel Vicario, así como de los capitanes Mateo Grávalos Riera y Daniel Pérez Santa Cruz. Los dos primeros lograron ser salvados por sus compañeros. Los otros oficiales no tuvieron tanta suerte, tal y como refleja la apasionante crónica del rescate:

"Con voces alteradas, nos dijeron que la cordada Grávalos, Santa Cruz, Pradillo y Vicario había caído con un alud al derrumbarse la cascada de *séracs*, que dos

de ellos habían quedado colgando a media pared de hielo y que necesitaban ayuda urgentísima. Nos quedamos perplejos y asustados; había ocurrido un terrible accidente [...].

"Echamos a correr camino arriba. Cuando llegamos, una gran extensión glaciaria, como de cuento fantástico, se mostraba ante nuestros ojos. Pero aquel no era momento para admirar nada: estábamos angustiados. El lugar del accidente, la cara Norte del Monte Perdido con su gigantesco desplome, quedaba a la vista: no era tan bella como la había imaginado; su cascada de hielo era como una visera que sobresalía varios metros de la vertical. A medida que nos acercábamos, su altura crecía y crecía, y se escuchaba un impresionante crujido del coloso de hielo. Caían bloques continuamente y sus estallidos al chocar entre sí eran espeluznantes, llegando a ahogar el ruido del agua que corría en su interior [...].

"Salimos a todo correr, jadeando hacia arriba, y pronto llegamos al pie de la pared de hielo. Nos encordamos, nos pusimos los crampones y me lancé en cabeza por una fisura entre la roca y el hielo. Era más bien como una gigantesca laja de hielo pegada a la pared. Escalaba con verdadera furia y ansia por llegar al gran desplome y hacer un paso horizontal hacia la izquierda, por debajo de la gran visera bajo la que estaba el capitán, no sabía si vivo o muerto. Fue un largo de cuerda difícil y muy peligroso, aunque la verdad es que no me daba cuenta de las dificultades. Trepaba con rapidez, mordiendo con los crampones: unas veces, clavándolos en el hielo y, otras, clavando con el piolet y arañando con las manos desnudas donde podía. Nos mojaba el agua del deshielo que caía por doquier bajo el siniestro, feo y enorme techo; era una lluvia helada que en un momento nos caló la escasa ropa que llevábamos: solamente una camisa de soldado y el pantalón corto. El agua se deslizaba ladinamente por las manos y los brazos, metiéndose entre la ropa y la piel, causando un frío glacial que, con el uniforme mojado, mermaba nuestras facultades. Continuamente caían bloques de todos los tamaños, rebotando por todas partes, chocando con todo y partiéndose en mil pedazos, creando un ambiente surrealista y aterrador. Pero había que subir a toda costa, pese a todos los peligros evidentes, porque allí estaba nuestro capitán, necesitando nuestra ayuda. Como música de fondo de aquel infierno, el crujido del glaciar, que parecía como si fuera a derrumbarse de un momento a otro. Era de locos, escalar en aquellas condiciones...

"Dejé atrás la laja y seguí escalando. Detrás de mí, el teniente Vicente aseguraba mi marcha veloz. De repente, oí su voz, debilitada por los potentes crujidos del glaciar, del agua que caía y del estampido de los bloques que se estrellaban: me anunciaba el final de la cuerda. Había que parar y crear un punto seguro. Puse una clavija y, en el momento en que me incliné para recoger cuerda y asegurar la subida del teniente, me llevé una terrible y siniestra sorpresa: debajo de mí, a pocos metros, asomaba un brazo que yo no había visto porque me encontraba situado más a la izquierda cuando empecé a escalar; después, las exigencias del propio terreno me habían obligado a subir en diagonal hacia la derecha, de tal manera que me quedé unos metros por

encima de aquel espantoso espectáculo. Con horror, vi que se trataba del capitán Santa Cruz [...].

"Como pude, pasé una cuerda alrededor de su cuerpo y lo fui dejando bajar hasta donde estaba el teniente Vicente; enseguida, descendí yo. Hasta allí llegó el comandante capellán y, bajo el fuerte sol, junto a las rocas rojizas, ignorando el ruido del glaciar, le dio los últimos auxilios espirituales. Este fue un momento emocionante que se me quedó grabado para siempre y que aún hoy me llena los ojos de lágrimas.

"Alguien dio la orden de apartarse de la zona de posible caída de *séracs*, que era un largo muro de roca coronado en toda su longitud por otro muro de hielo de muchos metros de altura que metía miedo en el alma del más valiente. Todos los jefes y oficiales, y nuestra cordada, fuimos llamados y se hizo un consejo para decidir lo que procedía hacer en los siguientes momentos. No sabía muy bien qué hora era; debían de ser las dos... Había que contar con el tiempo que nos quedaba, pues era una tarea larga y difícil, y había peligro de derrumbamientos. Menos mal que lucía el sol y que el cielo estaba despejado, aunque nosotros no recibíamos sus gratificantes caricias, ya que estábamos en la tenebrosa cara Norte. En ese momento, el objetivo principal era sacar de allí al capitán Grávalos... El derrumbamiento de la enorme gran visera era inminente: podía caer de un momento a otro y ninguno de los que estábamos allí hubiese podido librarse de ser víctima de una gigantesca catástrofe. Todo esto provocaba un estado de ánimo difícil de dominar [...].

"A pesar de que estábamos casi seguros de que ya estaría muerto, se decidió pasar al ataque. De nuevo, el teniente Vicente y yo partimos encordados hacia arriba, atravesamos el muro de roca y hielo, y nos adentramos debajo del gran techo crujiente, azulado y lleno de grietas. Cerca de nosotros, venía una cordada encabezada por el teniente Castellanos, pero un sargento de la misma se cayó, dio un gran péndulo y se lesionó ferozmente, con lo cual tuvieron que retirarse [...].

"Había que intentarlo todo: con nosotros vino el teniente Rizzi, de los *Alpinos* italianos, que quiso participar en el rescate y pidió pasar en cabeza el corto paso horizontal que nos separaba de Grávalos, pues nos dijo que era especialista en escalada en hielo [...]. Mirando al abismo y a nuestra derecha, había un lomo de hielo de bastante pendiente que parecía sujetar un tanto precariamente todo el techo que teníamos encima y, a pocos metros, al otro lado, estaba el capitán según habíamos visto desde abajo. En consecuencia, le aseguramos con los piolets metidos en las grietas del suelo de hielo, debajo del gran techo, y fue pasando en horizontal, clavando las puntas delanteras de sus crampones en la pendiente helada. Nuestra idea era montar un pasamanos para traer a Grávalos hacia nosotros. Aún no habíamos terminado su montaje, cuando la gran masa de hielo acumulada sobre el largo muro de roca que estaba a nuestra izquierda se desplomó con un terrorífico estruendo. El bestial alud se precipitó sobre la zona en la que poco antes nos habíamos reunido... Fue un momento de terror... En nuestra cordada, estábamos asustados, pues si aquel monstruo vertical había caído, el que estaba encima de nosotros era extraplomado y crujía sin cesar: temíamos que nos cayera encima. Durante

unos segundos nos encogimos aterrados; el susto fue descomunal. Había que darse prisa si queríamos salir vivos de allí. Enseguida quedó montado el pasamanos por el lado del teniente Rizzi y por el nuestro, así que, comunicándonos a voces, fuimos recogiendo cuerda, asegurando cara al vacío, hasta ver aparecer balanceándose el cuerpo del capitán; no reaccionaba porque estaba muerto hacía ya varias horas [...]”.

Tal fue la historia, muy resumida, del rescate por el accidente que originó el alzamiento de desaparecida Cruz del Balcón de Pineta. Cerraré por el momento este tema con uno de los párrafos más entrañables y hermosos del trabajo de García Amorrortu:

“Han pasado muchos años y he subido muchas montañas pero, a pesar de las promesas que me hice de volver a subir el camino de Pineta, es algo que no he podido realizar, aunque sí que volví para volver a escalar la Norte del Perdido, subiendo desde Góriz. Pero el glaciar ya no era ni la sombra de lo que fue entonces; el retroceso de las nieves lo había dejado al mínimo: sólo al principio, una pendiente de 15 ó 20 metros de hielo puro bastante vertical, y después pendientes de nieve y rocas con alguna franjita de hielo, pero nada más. Aunque mantenía su pendiente salvaje. Sé que en el Balcón de Pineta hay una gran cruz metálica, dedicada a ellos, que llaman la Cruz de los Capitanes. Quisiera subir por el camino desde el valle, abrazarla y rezar por ellos. No sé si podré reprimir un sollozo cuando esto ocurra”.

2.07. Los Hitlerjungs del Monte Perdido

Alberto Martínez Embid, Blogs de Desnivel, 22 de marzo de 2011

Es un texto tan raro como políticamente incorrecto que describe una *alucinógena* ascensión al Monte Perdido sobre 1951. Abordarlo requiere cierta madurez. Porque, desdeñando las apologías de cualquier cariz, la verdad es que nos hallamos ante una serie de anotaciones bastante pintorescas. El firmante de los párrafos que siguen es un señor de Reus llamado José María Fontana Tarrats, de trayectoria vital un tanto *politizada*. Fue el *padre* de un libro inusual como pocos: *En el Pirineo se vive de pie* (1953). Llama la atención ese capítulo que portaba el título de “El Monte Perdido y el mundo perdido”...

Antes de llegar al meollo del mismo, que se sitúa sobre los 3.355 metros de cota, pongámonos en antecedentes. En la ribera del Cinca, el cronista contactó con otro montañero solitario: un exótico James Butterstone de Yorktown, Virginia. Como el norteamericano se estaba metiendo entre pecho y espalda unas lonchas de panceta a la brasa, no le debió de costar mucho presentarse a nuestro españolito... Juntos se plantarían en Torla para la obligada visita al Monte Perdido. Saltando alguna disquisición filosófica de Fontana, acudiremos primero hasta los fragmentos bucólicos de su relato:

“En la bocana de la tienda, la visión triangular del valle de Ordesa tenía el aire inédito de un escenario solitario al levantarse el telón. Amanecía. Coronando el verdor de praderas y bosques neblinosos, se encendía en lo alto, como una llama de rosicler, el toque solar sobre las enormes paredes rocosas del Tozal

del Mallo, que triunfan de tantísimo pinabete humillado por la masa pétreo. Un leve airecillo, que no movía las hojas pero helaba los músculos, traía un raro perfume de hierba mojada, de hoja tierna y de flores silvestres [...]. Torla dormía musgosa, entre mensajes de los heleros del valle de Bujaruelo, a los pies de la grandiosa mole de Duáscaro, cuando empezamos a remontar el curso del río Arazas que discurre por el valle de Ordesa, al cual los franceses de las *Guides Soubiron* se empeñan en llamar *La vallée d'Arazas*. Anoche, instaladas las tiendas, metidos en el saco de dormir, oyendo el lejano fluir del río, estuvimos horas contemplando cómo volaban entre los altos muros del valle –apareciendo y desapareciendo, raudas– nubes plateadas por una luna colosal y próxima. Con solo incorporarme podía ver cómo el río era todo él un movedizo azogue, discurrendo entre románticos sauces. La luna, que brota más allá de Pelay, iluminaba al contraluz arboledas oscuras que interrumpían el turquesado brillar de las praderas con sus sombras alargadas [...]. Jamás podrá nadie olvidar una noche de luna en el valle de Ordesa. Es luz zafirina y vivísima, pero no excluye el toque amarillejo que el astro desprende”.

Alguna de estas descripciones no está mal. No en vano Fontana Tarrats fue Premio Nacional de Literatura en 1968. Sin embargo, es tiempo ya de que nos olvidemos de ese lirismo que favorecían las ascensiones a las Tres Sorores de mediados del siglo XX, para saltar hasta su tramo final desde el viejo refugio de Góriz. Que es justamente donde aguardan ocultas las frases más controvertidas de nuestro relato:

“Hoy hemos de subir y bajar a Ordesa; un total de diez horas de marcha. Butterstone tiritaba de frío y de sueño cuando emprendimos la salida. Lo miro a mi vera y no puedo evitar la comparación. Igual de pigmento, parecida estatura. Dos piernas, dos brazos, una nariz..., y así, todo el inventario. Y, sin embargo, debo de estar equivocado, pues este amigo es ante el mundo mucho más que yo. Es súbdito de un país poderoso, joven y rico, mientras yo lo soy de otro viejo, pobre y *malclasé*. Y de aquí se derivan graves consecuencias.

“Mis músculos saltan ahora constantemente en el gran laberinto de rocas y – icosa extraña!– los mismos instrumentos emplea él para seguirme. La subida no es dura. Pero sí desesperanzadora, pues es una sucesión de cuestas breves, cuya cima promete el fin y solo nos ofrece al llegar, la seguridad de una nueva rampa. El aire afilado de los 2.500 metros obra ya sobre la sicología, acelerando nuestra fatiga. Hemos subido casi sin descansar. Estamos ahora sentados frente al Cilindro y su difícil brecha, viendo a nuestros pies un ibón – el Estanque Helado– en forma de embudo. El Cilindro es una gran peña pelada con aquella forma geométrica. La cabaña de Góriz es ahora tan pequeña que casi no se distingue; el panorama, cada vez más grandioso. Zumban un poco los oídos. Se hace difícil mirar sin entornar los ojos; duele el silencio y cobra tremendo son el goteo de un helero o el zumbir de un insecto. El ojo nos mide mal todas las distancias y las masas. ¿Nos aquejará por esto una sombra de angustia?

“Este año apenas tiene hielo el ventisquero del Monte Perdido; y por ello no existe el escalonado que talló el piolet. El camino sube en zigzag por la arista que conforma el helero. A la derecha, el grande y atractivo abismo, que deja

ver, como un punto blanco en lo hondo, el refugio de Góriz, para caer luego hasta las clavijas, desplomarse más allá de Soaso y hundirse –insondable– en las negruras boscosas que son..., ¡el alto relieve de Ordesa!

"Lejos todavía de nosotros vemos unos móviles puntitos que parecen subir cantando. ¿Será posible? Mister Butterstone se limpia las gafas montadas al aire, llenas de sudor y polvo. Un sol verde-violáceo nos quema la piel; y, al poco, una masa de niebla que pasa silbante, a gran velocidad, nos deja yertos de frío. Un leve malestar y un cansancio de la voluntad nos hacen prolongar el descanso.

"–¿Está usted fatigado, James?

"–Oh, no; pero usted se encuentra agotado, podemos descansar un rato más...

"Me muerdo los labios y subo 2 metros de un brinco. La verdad es que estamos derrengados, pero antes moriríamos reventados que confesárnoslo. El camino no es peligroso, pero sí impresionante, y el vértigo que me produce el oído izquierdo me produce una mala pasada. Silban y crujen mis pulmones, pero el oír el ronquido de James me hace sonreír alegre.

"Ahora los puntitos movibles son ya azuladas siluetas humanas al ritmo de una canción todavía reconocible.

"–Me parece que nos van a pasar –me dice Butterstone, con aire de un púgil con la rodilla sobre el tapiz.

"¡Simpático y deportivo James! Perdemos, en efecto, distancia a ojos vistos. Suben uno detrás de otro, a ritmo seguro, y son casi unos niños. A trancas de 20 metros, que interrumpe el corazón desbocado, llegamos al pie de la pala final, con su piso de cascajo inseguro. Cerca, y con penacho de nieblas brumosas, intuimos la cumbre. Ahora nos llega, clara y distinta, soñadora y viril, la canción:

"*Montañas nevadas, banderas al viento y el alma tranquila ya sabrá vencer...*

"Son feos muchachos del llano. No comieron demasiada carne en su vida y apenas saben lo que son la mantequilla y las vitaminas. Pero suben cantando. Su raza no es un arquetipo. Temo que no veneran demasiado el jabón y el cepillo de dientes. No saben conducir automóvil y carecen de libro de cheques; pero suben cantando [...]. ¡Qué alta y lejana queda para nosotros la cumbre del Monte Perdido! Pero –¡por Dios!– no dejéis jamás de subir y cantar y subir...

"Me acuerdo del final de la *Chanson de Roland*, cuando Carlomagno es requerido para nuevas empresas: "El Emperador hubiese querido reposar. ¡Dios –dice–, qué penosa vida es mi vida! Derraman lágrimas sus ojos y se mesa su barba blanca. Y aquí termina la gesta de Turoldo". Pero James –que está cansado como Carlomagno y como yo– sonrío, despreciativo e irónico:

"–*Those are the spaniard Hitlerjungs...!*

"–¡Y cuánto no darían los ex amigos y colaboradores de Roosevelt para que el espacio entre Oriente y ustedes estuviera lleno de briosas *Hitlerjung...!* –le grito enfurecido.

"–*You is fascist...!* –pronuncia dolorido, glacial y dogmático, con el terrible fanatismo de quien cedió sus derechos pensantes al *New York Times* [...].

“Resbalando cada frase, el ruido del canchal empinado semeja una sarcástica y sostenida carcajada. Nuestra discusión es estúpida y nuestra postura ridícula en extremo. Butterstone también lo comprende. Y acabamos por reírnos los dos [...]. La colilla subió impulsada por el dedo y pareció detenerse un momento mirando el abismo; luego descendió vertiginosamente. Los jóvenes íberos estaban alcanzando la cumbre. Reemprendemos la marcha. Llevamos ya cuatro horas de subida muy dura. La pala final es bastante empinada y la dichosa gravera nos obliga a redoblar el esfuerzo, pues siempre que damos tres pasos, descendemos uno desvelando pequeños aludes. Pero allá vamos tejiendo y destejiendo.

“En cuanto James pisó la cumbre, me dejó a mí en el colladito que hace de balcón maravilloso sobre el grande y muerto mar de hielo; sobre el lejanísimo y hundido lago de Marboré, que brillaba como una amatista sobre el ocre de la tierra, sobre la Francia ubérrima..., y corrió hacia el montón de piedras –el cairn– para buscar la cajita de hojalata y estampar su firma en la libreta. Los celtíberos juveniles que nos precedieron no se habían preocupado de firmar. Miraban soñadores aquel mar grandioso de tierras y picachos que nos rodeaba por todas partes, y comían –mientras– huevos duros con naranjas y un chusco de pan, haciendo honor a la sobriedad hispánica. James había establecido su *record* y se tumbó a descansar [...]. Mi querido Butterstone, mientras consultaba la guía Ledormeur y el cronómetro, cantaba una vieja canción sajona:

“Brindemos por el rey y una paz duradera, por el final de las discordias y aumento de la riqueza...”.

Es difícil que este texto tan *naïf* deje a nadie indiferente. Y eso que, puestos a mostrarse tolerantes, vamos a suponer que cuando Fontana lo redactó no andaba muy al tanto de temas como el *Holocausto* y otras salvajadas de la historia europea de los años treinta y cuarenta... También es justo reconocer que la inmensa mayoría de quienes vestían el uniforme azul del *Frente de Juventudes*, poco o nada tenían que ver con las *Juventudes Hitlerianas*: sencillamente, subir al Monte Perdido entonando lo de las “Montañas nevadas” era entonces el único sistema de conocer el Pirineo. Algún testigo que vivió aquellas *épocas imperiales*, llegó a comentarme:

“Largaban unos bocadillos estupendos a cambio de tragarnos los *tostonazos* de las *Obras completas* de José Antonio: mientras dieran meriendas, nos hubieran podido endosar hasta fandangos”.

En fin: así andaban las cosas en nuestra triste posguerra de hambre y pobreza...

2.08. A puñaladas por el Monte Perdido

Alberto Martínez Embid, Blogs de Desnivel, 10 de febrero de 2012

Este verano la mayor de las Tres Sororas celebrará los 210 añitos de su primera ascensión conocida. A partir de este, su idilio inaugural con Louis Ramond de Carbonnières, nuestro Monte Perdido vería correr verdaderos ríos

de tinta por cualquiera de sus costados. Con tales antecedentes y a estas alturas de la feria, ¿se puede añadir algo novedoso a su crónica?

Las montañas ilustres del Pirineo siempre pueden aportar historias, cuanto menos, diferentes. No importa los años que lleven generando literatura: si una cumbre tiene carácter, sabrá reservar vivencias inusuales a sus incondicionales. Este podría ser el caso de las peripecias sobre los "Recuerdos de viaje de un Carcamal: la primera cima", redactadas por Rubén Torres. Un texto largo que fue servido en los Boletines 23 y 24 (octubre de 1973-marzo de 1974) de *Montañeros de Aragón*. Narraba una ascensión que venía de lejos, concretada junto a su amigo Julián Bravo a mediados del mes de agosto de 1951. En cualquier caso, un relato que se sale de lo habitual.

Acompañaremos a estos dos novatos zaragozanos, Julián y Rubén, hasta el viejo refugio de Góriz. Allí coincidirían con siete colegas catalanes: cuatro de ellos, socios de la Delegación de *Montañeros de Aragón* en Barcelona. Junto a estos últimos, hijos de aragoneses, los *maños* iniciaron la ascensión al Monte Perdido sin madrugar demasiado: sobre las 7:00 h. Su *crónica expedicionaria* resulta tan interesante como divertida. Sin embargo, para darle agilidad, nada como seleccionar sus segmentos significativos, priorizando aquellos donde más rebosaba la ironía y el sentido del humor *baturros*:

"Todos los catalanes van equipados estupendamente: buenos anoraks, vistosos jerseys, gorros de lana, magníficas botas, gafas, piolets, cuerdas... Da gozo verlos. En cambio nosotros damos pena. Julián va con pantalón largo, chaleco gris, una chaqueta *cheviot* que ya denuncia uso prolongado por codos y bocamangas, bufanda y unos añejos zapatos marrones con suela de crepé. Yo calzo botas de militar del número 40, y como gasto el 38, he tenido que subsanar esa diferencia numérica con calcetines [...]. Sinceramente los catalanes parece que van a hacer una cima en el Himalaya; Julián y yo, una *caracolada* en el Huerva [el río que pasa por Zaragoza]. ¡Qué contraste! Pero..., ¿qué sería la vida sin contrastes? Pues un perpetuo y tenebroso bostezo. Las primeras cuestas las remontamos pausadamente y en disciplinada fila india. Superamos unas laderas de fina hierba para seguir por la base de bloques rocosos, procurando siempre evitar las espesas masas de nieve que llenan grietas y vaguadas [...].

"Nuestros pasos discurren por un laberinto pétreo abrumador. Constantemente nos vemos obligados a rodear enormes rocas peladas, para encontrar vías accesibles de subida. Llegamos a un lugar donde ya no es posible soslayar la nieve. Ahora es cuando nos damos cuenta de la importancia del piolet. ¡Y pensar que desconocíamos hasta el nombre de este objeto tan necesario en la montaña! [...]. Por las huellas que han dejado nuestros amigos, damos unos pasos. Pronto nos apercebimos de que los pequeños resbalones, controlados de momento, a medida que la pendiente se acentúe, pueden acarrear un desliz bastante desagradable. Julián, que va primero, no lo piensa mucho. Saca una especie de puñal que su previsión le llevó a coger en Zaragoza, y se agacha, continuando la ascensión, apoyándose también con las manos. Yo le imito. Sin ser muy airosa nuestra postura, por lo menos nos proporciona la idea consoladora de que no descenderemos dando volteretas graciosas, en

caso de resbalón. Avanzamos con mucha cautela. Toda nuestra atención la ciframos en asegurar bien los pies. En casos de extrema inseguridad, Julián clava belicosamente el puñal en la nieve para sostenerse, y yo me aferro con una mano a su tobillo. Hay que reconocer que para no haber ensayado este numerito, nos sale bastante bien [...]. Llevamos las manos ateridas y las piernas tiemblan a cada paso por el nerviosismo, y por la presión de las puntas de los pies sobre la superficie nevada. Por fin, el nevero termina al pie de una canal estrecha. La llegada a la roca produce una profunda sensación de alivio. Aquí también tenemos que utilizar las manos para ganar altura, pero ya es *otra cosica*. Se desprende una piedra insurrecta de no sé dónde, y por poco me saca la raya. Con el fin de agarrarse mejor a las presas, Julián se coloca el puñal entre los dientes y se pone a trepar con sólida entereza. Es la clásica estampa de un pirata de paisano ejercitándose en prácticas de abordaje [...]. El ejercicio es constante. Hay que subir, bajar, saltar... La realidad es que lo paso en grande moviéndome por estos andurriales. Me gusta. Es como si una capacidad no ejercitada se despertase dentro de mí”.

Sobre las 11:00 h nuestros *bucaneros* Julián y Rubén arribaban al ibón Helado del Monte Perdido. ¡Oh, maravilla de las maravillas! Es el momento de cambiar de registro en la crónica, para sacar a relucir cierto deje poético más acorde con las circunstancias:

“Un lago, cuyas aguas presentan evidentes síntomas de congelación, participa por igual en los derrames de los dos colosos de roca [Cilindro y Monte Perdido]. La escenografía es fabulosa. Parece mentira que con dos colores tan simples como son el blanco de la nieve y el gris de la roca, pueda armonizarse tanta belleza. Claro que tampoco debemos dejar a un lado el encanto deslumbrante que le otorgan el purísimo azul del cielo y los generosos rayos de un sol en completa libertad. Para Julián y para mí, que nuestras salidas campestres no hemos rebosado nunca los límites de las murallas de Grisén [en el Canal Imperial, cerca de Zaragoza], esto constituye un mundo totalmente nuevo, fantástico, insospechado. En la orilla del lago están descansando los catalanes. También hay un reducido grupo de montañeros que no sé de dónde habrán salido. Igual son silvestres”.

Ni que decir tiene, los dos socios de *Montañeros de Aragón* desconocían incluso los nombres de las cumbres circundantes. Muy típico de entonces. Uno de los barceloneses les señalaría hacia el corredor Noroeste de la tercera cumbre de los Pirineos:

“Me fijo en la subida que nos queda y, desde luego, no puede decirse que sea de coco y huevo. Si acaso, es nada más de coco, porque da miedo. Un gran nevero, cuya inclinación nos ofrece perspectivas risueñas, despliega con gran desparpajo su lívida faz desde la cima hasta el lago”.

Llegaba el momento de la verdad: estos neófitos en la alta montaña tendrían que desplegar sus *útiles de abordaje* en el sector más arduo de la subida al Monte Perdido por su ruta *normal*. De esta manera heterodoxa sortearon sus últimas dificultades:

“Por el momento, la pendiente no es todavía muy pronunciada, pero tampoco tan suave como para subir silbando alegres pasodobles. A veces nos

detenemos un momento para recrear la vista con el paisaje. Es fascinante el espectáculo que brinda la luz del sol sacando chispitas luminosas de la nieve. El sendero se eleva paulatinamente y, poco a poco, va perdiendo firmeza hasta que se interna en una *glera* [pedriza] de abusivo porcentaje. Hasta ahora, el concepto que tenía del andar era que, dando un paso, se avanzaba la longitud de ese paso. Dar catorce pasos *rasmiosos* [con energía] para conseguir el progreso de uno, no lo había experimentado nunca. En este pedregal, más que avanzar, lo que se hace es escarbar. Se violentan completamente las normas del andar rítmico. Aquí, casi se deja de ser persona para convertirse en una piedra honoraria de un suelo movedizo. Eso sí: hay que reconocer que si bien el camino es poco almibarado, y a veces sientes como si el corazón latiese en espiral, el ejercicio que se realiza es muy instructivo, ya que pone de manifiesto lo que puede la perseverancia. Julián y yo, que según se ve hemos escarbadado con más ahínco que nuestros compañeros de ascensión, llegamos al collado final un poco antes que ellos. Estamos en la antesala de la cumbre, pero ¡qué antesala! Los metros que nos quedan se disponen en forma de casquete circular revestido completamente de nieve. Solo pensar que se pueda resbalar por ella me produce escalofríos dorsales [...]. Lo que son las cosas: esto que nos parecía poco menos que insalvable, resulta más fácil que el nevero anterior. Las condiciones de la nieve han mejorado mucho y las huellas admiten bastante bien el pie. Ascendemos tranquilamente. No tenemos que adoptar la postura de los felinos ni es preciso utilizar el puñal. Pronto nos damos cuenta de que ya no hay nada que subir”.

Así era: Julián Bravo y Rubén Torres, bisoños absolutos sobre las altas cotas, acababan de completar su primera cima de importancia. Nada menos que ese Monte Perdido cuyas defensas de 1951 lo hacían bastante más complicado de lo que hoy día es, por su *normal* y en la misma época del año... Las anécdotas de nuestros *maños montaraces* todavía se iban a extender un poquillo. Sin embargo, las reduciremos a solo un par. La primera, sobre el recuento de sensaciones cimeras sobre los 3.355 metros. Original en grado sumo:

“Todo, absolutamente todo, se conjuga en una armonía esplendorosa y sobrenatural. Quiero decir alguna frase poética, sugestiva; una ocurrencia feliz que cristalice el túmulo de emociones en algo expresivo. No se me ocurre nada. Solo, exclamar: ¡Jolines, cuánto alrededor! Poca cosa para lo que bulle dentro de mí. Es el eterno desajuste entre los sentidos y las palabras para manifestarlos. El héroe de la jornada ha sido Julián. Todavía no se explican los presentes cómo ha hecho para llegar hasta aquí con unos zapatos de paseo que, además, muestran ya incipiente sonrisa por la puntera.

“–Esos zapatos deberían encerrarlos en una urna de cristal y guardarlos como recuerdo tangible de este memorable día –sugiere uno de nuestros amigos catalanes”.

Justamente nos despediremos de estas peripecias extravagantes sobre la cumbre central de las Tres Sorores, destacando ese espíritu de concordia existente entre ambos grupos. Así, después de un no menos agitado descenso, barceloneses y zaragozanos se reunían para comer en el viejo Góriz. La escena final es deliciosa:

“El ágape resulta muy estimulante. No por los manjares, sino por el alegre optimismo y la franca cordialidad que predomina en la reunión. La mesa une mucho los espíritus, y las voces. Un irreflexivo impulso nos anima a cantar jotas. Los catalanes se lo toman a pecho y contestan con sardanas. El señor Ramón [el guarda] no quiere ser menos, y tomando la lista de precios, nos canta *La Dolorosa*. El efecto es instantáneo. Nos quedamos más callados que un saco de cemento. No hay como el pagar para conservar la seriedad, aunque sea por poco rato”.

Tras repasar esta ascensión surrealista, ¿se entiende que el cineasta Luis Buñuel eligiera venir al mundo precisamente en Aragón? Ahora más en serio, aportaré mi apéndice aclaratorio: tras la Guerra Civil, el montañismo *maño* estaba bajo mínimos y tuvo que arrancar casi desde cero. A comienzos de los años cuarenta, los socios de *Montañeros de Aragón* apenas podían sino realizar pequeñas excursiones por el entorno de Zaragoza. Tomar el tren *Canfranero* para allegarse hasta Riglos era una gran aventura que no estaba al alcance de todos los bolsillos; seguir hasta el Pirineo, un sueño dorado para la mayoría. Por suerte, en poco tiempo la situación iba a cambiar...

2.09. El derrumbamiento de la Norte del Perdido

Alberto Martínez Embid, Blogs de Desnivel, 22 de marzo de 2012

Hace algo más de un año serví un trabajo donde se relataban los pormenores del rescate tras el accidente en los *séracs* del Monte Perdido de 1953. Entonces aún no lo sabía, pero aquello constituía un flagrante ejercicio de “construir la casa por el tejado”. En efecto: la *Hija del Capitán*, Conchita Grávalos, me proporcionó con posterioridad la reseña oficial sobre dicha tragedia, confeccionada en su día por el Ejército. Buceando por este *dossier* puede reconstruirse cómo discurrió la última escalada de los capitanes Grávalos y Pérez-Santacruz.

Entremos ya en materia. Como era del todo lógico, la *Escuela Militar de Montaña* redactó el correspondiente “Informe sobre el accidente sufrido en el glaciar del Monte Perdido por una patrulla de profesores de este Centro durante los ejercicios y marchas de fin de curso el día 21 de julio de 1953”. Por lo que se constata después de leer sus diecinueve documentadas páginas, lo hizo *en caliente*: transcurrido poco más de un mes de la tragedia. Es de suponer que, en esencia, a partir del testimonio de los dos tenientes supervivientes: Emilio Pradillo y Manuel Vicario. Seguramente los otros tres militares presentes en el Marboré también aportaron sus respectivas visiones para completar el cuadro del desastre.

La secuencia de los hechos se iniciaba en Pineta un 20 de julio de 1953. Las maniobras arriba citadas encuadraban entre sus participantes al propio coronel director de la *Escuela Militar de Montaña*, más siete de sus profesores, dieciocho alumnos, una decena de suboficiales y una sección de soldados de los esquiadores-escaladores. Su vanguardia avanzó hasta la Plana del Marboré con objeto de reconocer la posibilidad de que alguna cordada escalase la cara Norte del Monte Perdido, en tanto que el grueso de la columna atravesaba el

Cuello del Cilindro y accedía hasta Góriz. Los profesores de la *EMM* que lideraban la primera opción eran los capitanes Mateo Grávalos y Daniel Pérez-Santacruz, secundados por los tenientes Emilio Pradillo y Manuel Vicario. Con ellos ascendieron unos alumnos, los tenientes Luis García López, Mateo Escalas y Alejandro Lozano, quienes planeaban patrullar la frontera por el sector de Tucarroya. Los siete plantaron sus tiendas en el Balcón de Pineta. Al día siguiente el resto de la columna se allegaría hasta el corazón del Marboré desde el fondo del valle del Cinca... Pero ya es tiempo de pasar a la crónica de esa escalada fatal que, con toda probabilidad, presentaron a sus superiores los tenientes Pradillo y Vicario:

“La ascensión al Monte Perdido por su cara Norte ofrece un gran interés desde el punto de vista de la técnica de montaña. En efecto: tal ascensión supone realizar una escalada en hielo para franquear las barreras de *séracs* que conducen a la zona glaciaria inferior; atravesar luego este, aplicando la técnica de travesías de glaciaria; escalar en roca, para alcanzar la zona glaciaria superior y, finalmente, ascender de nuevo por roca más o menos descompuesta para situarse, por fin, en la cima, a 3.355 metros sobre el nivel del mar.

“El día 21, alrededor de las 5:30 h, la Patrulla Grávalos iniciaba la marcha en dirección a la cascada de *séracs*. La patrulla iba dotada del material adecuado para escalada en hielo: clavijas y mosquetones, crampones, martillo de tallar y cuerdas. A la misma hora, la Patrulla García López se dirigía al pico y collado de Tucarroya, después de haber cambiado a distancia unas palabras de salutación con los profesores, deseándose mutua suerte. Al cabo de media hora de ascensión por el helero, la Patrulla Grávalos se encontró al pie de la cascada de *séracs*, por donde debía realizar la escalada, eligiéndose la vía tras un breve examen. Es el momento en que los cuatro miembros de la cordada se calzan los crampones, en cuya operación, por cierto, se desprende una punta a los del teniente Vicario. La ascensión se inicia por la parte derecha de la cascada, siendo fácil y rápida la progresión en los primeros momentos. Más tarde, al ganar altura, aumenta la pendiente de la pared de hielo y la dureza de este, lo que se traduce en mayor lentitud, riesgo y fatiga, al tener que tallar continuamente escalones en posición forzada y bajo una verdadera lluvia de agua helada procedente del deshielo, que iba en aumento, a pesar de lo temprano de la hora y de no recibir aún los rayos solares aquella parte del macizo del Monte Perdido. Cuando la patrulla casi había superado la cascada – pues solo faltaban 4 ó 5 metros para llegar a la primera plataforma glaciaria – se presentaron dificultades insuperables; la dureza del hielo era enorme, la pendiente de la pared pasaba de los 70º y, por otro lado, sordos y prolongados ruidos indicaban hundimientos internos de aquel caos de *séracs*, presagiando inminentes desprendimientos en la zona donde se encontraba la patrulla. En aquel momento el teniente Pradillo, en cabeza de la cordada, se encontraba a unos metros del borde superior de la cascada, asegurado desde un poco más abajo por el resto de la patrulla. En vista de la inutilidad de sus esfuerzos y de que no parecía prudente intentar salvar aquellos metros de pared lisa apoyándose solamente en las puntas delanteras de los crampones (que no ofrecían muchas garantías después de la rotura de una punta en los del

teniente Vicario y otra, en plena escalada, en los del capitán Grávalos), y de que al transcurrir el tiempo el peligro de un desprendimiento se podía considerar como probable (a juzgar por los crujidos, deshielo abundante y caída de trozos de hielo), el teniente descendió hasta una pequeña oquedad, protegida por una visera, donde se encontraban sus compañeros, decidiéndose allí la retirada por el mismo itinerario de ascensión, aprovechando los escalones tallados en la subida con ánimo de realizar por otra vía el reconocimiento del cuello del Cilindro, que también se les había encomendado. "En primer lugar, descendieron el capitán Santacruz y el teniente Vicario, asegurados por los dos restantes, hasta una pequeña cornisa situada a unos 10 metros. A continuación, inició el descenso el capitán Grávalos asegurado desde arriba por el teniente Pradillo, y cuando llevaba recorridos 4 ó 5 metros, se produjo el desprendimiento espontáneo de dos bloques de hielo de regular tamaño, que sobresalían de la visera que protegía la oquedad antes citada, dando de lleno al capitán Santacruz y al teniente Vicario, a los que precipitó en el vacío, al tiempo que casi simultáneamente se abría una profunda grieta a los pies del teniente Pradillo, desprendiéndose una enorme masa de hielo que arrasó en su caída a éste y al capitán Grávalos, que descendía en aquel momento. El capitán Grávalos quedó aprisionado a gran altura, en la pared vertical de hielo que produjo el alud, cerca del lugar en que fue sorprendido. El capitán Santacruz fue arrastrado y quedó empotrado en una pared de hielo, a unos 30 metros por debajo del anterior, en su vertical. Los tenientes Pradillo y Vicario fueron proyectados y arrastrados entre los bloques de hielo a varios centenares de metros del lugar de la rotura.

"Alrededor de las 8:30 h, la Patrulla García López descendía del collado de Tucarroya, después de haber reconocido este y el pico del mismo nombre, cuando un ruido lejano y estruendoso les hizo dirigir sus miradas al glaciar del Monte Perdido, observando entonces la caída de un alud en la zona de la cascada. No sabían cuál era en aquel momento la situación de la patrulla de profesores, pues no habían observado su ascensión. Hicieron comentarios sobre ello y se dirigieron a paso vivo hacia el campamento, oyendo entonces voces de socorro que al acercarse más identificaron como del teniente Vicario, lo que les hizo comprender que el alud había sorprendido a la Patrulla Grávalos [...]".

Hasta aquí, la reconstrucción de la escalada. Pero el texto del accidente se complementaba con el de las primeras operaciones de rescate acometidas por el teniente Escalas y su grupo. De este modo las explicó el referido oficial en su informe:

"Al oír las voces del teniente Vicario marchamos corriendo hacia la zona de la cascada, oyendo por el trayecto nuevas voces a las que contestamos diciendo que íbamos en su auxilio. Al llegar a la zona inferior del helero adonde habían llegado los últimos, y nieve producidos por el alud, descubrimos al teniente Vicario medio aprisionado entre bloques de hielo de distintos tamaños. Quisimos sacarlo del helero y llevarlo a sitio seco, pero al intentarlo, debido a la fractura y contusiones que tenía, se le producía un gran dolor, por lo que desistimos, limitándonos a dejarlo en buena postura, abrigándolo con nuestra

ropa [...]. Cuando García López comenzaba a descender, descubrió al teniente Pradillo, malherido, casi inconsciente y semienterrado entre el hielo. Nos avisó de su descubrimiento y acudimos, desenterrándole y auxiliándole entre los tres [...]. Como el teniente Pradillo tenía atada la cuerda de seguridad de la patrulla y desaparecía bajo los bloques de hielo, tratamos de remover estos sin conseguirlo, con la esperanza de hallar a alguno de los que faltaban, cuando se oyeron nuevas voces que, al parecer, procedían de la parte superior de la cascada, adonde me dirigí subiendo por el helero y después de escalar una pared lisa, de roca, continué ascendiendo por un tubo hasta una pequeña plataforma desde la cual divisé al capitán Grávalos en mi vertical y a unos 30 metros por encima, empotrado en la pared de hielo producida por el desprendimiento, con la cabeza, busto y brazos fuera, pudiendo observar que movía estos. Le grité que pronto iríamos en su socorro [...]. Tuve que permanecer en la plataforma, pues al no disponer de crampones, no me era posible intentar la escalada por aquella pared vertical de hielo, observando, por otra parte, la existencia de una cornisa que amenazaba desplomarse y que era frecuente la caída de bloques de hielo animados de la gran fuerza por proceder de la parte superior de la cascada. Allí estuve, pues, hasta la llegada de los primeros elementos de socorro de la columna, a los que indiqué el sitio donde se hallaba el capitán Grávalos”.

En este punto, quienes deseen conocer el colofón de la tragedia del Monte Perdido, pueden enlazar con el texto previo sobre “La Hija del Capitán” del mes de diciembre de 2010... A modo de implemento, me limitaré a transcribir la nota que se publicó sobre este “Accidente lamentadísimo” en *El Pirineo aragonés* del 25 de julio de 1953:

“A las 9:30 h del pasado martes 21, el capitán de infantería de la Escuela de Montaña, Mateo Grávalos Riera, y el también capitán, médico, Daniel Pérez-Santacruz, murieron en acto de servicio al realizar ejercicios de escalada en el glaciar del Monte Perdido, con motivo de la marcha y ejercicios de fin de curso. Se desprendió sobre ellos un enorme alud de hielo y sucumbieron dolorosamente ambos dignos militares. Los tenientes de infantería, Emilio Pradillo Esteban y Manuel Vicario Polo, víctimas también del mismo accidente, ingresaron en el Hospital de Jaca, con fracturas y heridas de pronóstico grave. Allí continúan perfectamente atendidos y con nuestro deseo de un rápido restablecimiento. La evacuación de todos ellos resultó penosísima, agotándose todos los procedimientos de salvamento, llevados a cabo en condiciones de gran peligro, por la amenaza de desprendimientos de nuevos aludes [...]. Ha producido una dolorosa emoción en la vida militar de la ciudad, que, muy impresionada y por cordial ruego del Alcalde, cerró las puertas del comercio y ofreció su tributo en una enorme masa de ciudadanos, donde figuraban todas las clases sociales. En la tarde del miércoles tuvo lugar el entierro, siendo conducidos los cadáveres desde el Grupo Escolar hasta la Catedral, presidiendo el duelo el obispo de la diócesis, doctor Hidalgo Ibáñez, el prestigioso general Esteban Infantes, varios ilustres generales con el Capitán General, Franco Salgado, el coronel director de la Escuela Militar de Montaña, Vicario, el rector

de la Universidad, Sancho Izquierdo, y otras muchas personalidades, llevando todos en el rostro reflejos de la tristeza y la pesadumbre que sentían [...]”.

En el plano alpinístico, hay que decir que ésta sería la última escalada en la mítica *Norte del Monte Perdido...*, justo cuando se venía abajo para interrumpir su histórica continuidad. Una ruta clásica donde todos los *grandes* del pirineísmo se habían medido desde su apertura por Roger de Monts, Célestin Passet y François Bernat-Salles, el 19 de septiembre de 1888. Aquella *época dorada* se clausuraba de modo luctuoso con la muerte de los capitanes Mateo Grávalos y Daniel Pérez-Santacruz. La vía de los *séracs* al completo pasaba así al universo onírico de los lugares desaparecidos para siempre...

2.10. Un hada gallega para Ordesa

Alberto Martínez Embid, Blogs de Desnivel, 26 de octubre de 2014

Rebuscando entre los volúmenes más originales del pirineísmo, me he topado con una pieza verdaderamente singular. No es que describa ninguna proeza del mundo de la escalada. De hecho, los fragmentos que voy a servir se limitan a una excursión, tan sosegada como *domingueril*, en torno a Ordesa. Lo que el propio Henry Russell hubiera descrito como un “paseílo sentimental”... Y, sin embargo, nuestro texto destaca por varios motivos. El primero, por la fecha que luce en su portada: se trata de un libro publicado en 1942, año de penurias sin cuento en esta tierra maltratada. Por añadidura, fue redactado por un montañés del Alto Gállego. Finalmente habría que destacar la especial atención que su autor dedicó a las chicas montañeras de entonces...

Estoy hablando de esa *Descripción del Parque Nacional del Valle de Ordesa* firmada por Francisco Lordán Penella. Un natural de Sabiñánigo que quiso componer un canto a las bellezas del Arazas a través de su prosa, apuntalada mediante imágenes de Carlos López Periel y del archivo fotográfico del *Sindicato de Iniciativa y Propaganda de Aragón*.

En cuanto uno hojea la obra de Lordán Penella puede darse cuenta de que está escrita pensando de forma especial en las mujeres. No; no son elucubraciones mías: en sus sesenta y dos páginas surgen alusiones frecuentes al elemento femenino. Para poder constatarlo acompañémosle hasta ese apartado que dedica a “El valle de Ordesa, ofrenda restringida”. Atentos a los guiños hacia su público preferencial:

“Jóvenes maestras, lindas colegialas, promesas ya logradas de cultura y de belleza; vosotras que conocéis las buenas letras y estáis en la edad en que el amor pugna por florecer en el corazón, lo mismo que los capullos de las rosas que abren sus pétalos para recibir los besos del sol naciente en las hermosas mañanas de mayo y abril, no esperéis hallar aquí una literatura parecida a la de los libros de vuestros escritores preferidos, pues sufriríais una desilusión como si recibieseis una carta apasionada, suponiéndola del galán de vuestros ensueños, y os hallaseis con la firma de un pobre diablo, no ya digno de vuestro aprecio, pero sí de vuestra compasión [...]. El ambiente espiritual que se respira en estas idílicas montañas hubiese sido también muy apropiado para interponer una novela de amores románticos, en obsequio de tan adorables

letras [...]. Y ya que contamos con vuestra venia, vamos a seguir adelante por el Camino de Ordesa...”.

Hay otras frases similares dispersas por toda la obra. Antes incluso de alcanzar la Pradera de Ordesa se pueden recoger nuevas alusiones hacia esas jóvenes a las que imaginaba interesadas en *echarse al monte*:

“Bellas damitas, vosotras, las que preparáis los tiestos con abono y mantillo, y cuidáis amorosamente las matas de albahaca o las cabelleras, venid aquí y veréis en qué forma cría la naturaleza algunos de sus productos...”.

Sin dejar el menor comentario sobre la adornada prosa de los años cuarenta, saltamos de inmediato hasta otro curioso párrafo de nuestra ruta sentimental hacia Soaso, salpicado de una toponimia poco al uso:

“Por la cabecera entra el río en el circo formando una preciosa caída semioculta por un promontorio: la *Cascada del Abanico*, llamada así por asemejarse mucho a esta prenda femenina [...]. Esta caída [de la hoy *Cola de Caballo*] tiene además otro nombre más poético: las *Galas de la Desposada*. Aunque el Arazas no es todavía un adolescente, buena parte del año viene el agua en pequeñas intermitencias... El agua cae toda blanca, y en ella vemos un traje nupcial adornado con pliegues y encajes, sin olvidar el clásico ramo de azahar. Para que resalten más estos símbolos de pureza, tirad una piedra sobre la cascada y veréis que esta no la admite, bajándola hasta la base por encima de la superficie de las aguas”.

¿Alguien ha pensado ya en lo del viejo *cherchez la femme*...? Seguro que sí. Pues resulta fácil acudir al encuentro de quien pudo ser la musa del autor de esta obra. Que es tanto como decir: al capítulo dedicado a “una valiosísima colaboración de la señorita Candelas”. Una suerte de réplica que se presentaba a modo de cierre de obra. Pero, antes de sumergirnos en esta pequeña muestra de la literatura femenina de la época, atendamos a la presentación que de la chica realizaba Lordán Penella:

“En la última excursión al Parque Nacional se nos apareció un hada de los bosques, de figura tan preciosa como la belleza de su alma, haciéndonos la promesa de escribir y enviarnos las impresiones de su visita a estas, para ella, lejanas tierras. Candelas González Vergés, que desde Vigo vino de propio a ver el valle de Ordesa, ha hecho un canto tan hermoso que tenemos el honor de copiarlo a continuación con las mismas frases y palabras que solo ella es capaz de sentir y de pensar”.

Ni que decir tiene, vamos a difundir las impresiones de Candelas en 1942... No sin antes destacar lo evidente: la fecha de su incursión por Ordesa. Eran otros tiempos y predominaban otras sensibilidades, expresadas sobre las cuartillas con formas que hoy, setenta y dos añadas más tarde, pueden producir extrañeza. Como igualmente chocará el segundo apellido de la escritora, un tanto relacionado con Torla, dado que los Bergés regentaban uno de los albergues de la Pradera de Ordesa y eran descendientes de otra estirpe de hosteleros del lado norte de la divisoria: los Vergez, dueños del *Hôtel des Voyageurs* de Gavarnie... ¿Acaso la muchacha pertenecía a alguna de las ramas de ese mismo tronco? Mientras se resuelve el misterio, acudamos al encuentro con nuestra natural de Vigo:

“Ordesa, bella desconocida de los poetas españoles: tal fue el calificativo aplicado por nuestro compañero de excursión [¿Lordán Penella?], calificativo justo y apropiado al maravilloso valle pirenaico. Pero yo he añadido este otro: rincón de paz.

“La primera impresión es de asombro; la grandiosidad del conjunto sobrecoge el ánimo, moles de granito, formidables, magníficas, se perfilan nítidamente en el azul del cielo, semejantes unas veces a catedrales o a retablos de altar, alzados cual mudo y místico holocausto de la piedra hacia el Omnipotente Creador de tanta hermosura; pareciendo, otras, castillos encantados, fantásticos torreones y almenas, hasta donde es arrastrada por el viento el agua pulverizada de las cascadas, como sutiles y transparentes velos que la blanca mano de una princesita agitase en señal de adiós.

“Conos y picos de montañas asoman tras las moles, resplandecientes sus nieves eternas con argentados reflejos a la luz del sol. Y, más abajo, mil tonalidades de verde en la vegetación frondosa: oscuro y aterciopelado en los pinos; fresco y delicado en los abetos y en las hayas; de un claro delicioso en los céspedes que cubren el fondo del valle, en donde campestres florecillas ponen la nota alegre de sus variados colores, y los fresales también en flor, dan la promesa de su sabroso fruto.

“Unas veces el agua cae estrepitosamente en simas profundísimas, que causa vértigos mirar, en donde salta en rebote, pulverizada, tomando llameantes lenguas de fuego; ya desciende por amplias graderías, con solemnidad real, arrastrando sobre las piedras su cristalino ropaje, pomposa y majestuosamente, como soberana señora del valle; ya se esparce abriéndose en pliegues anchurosos y magníficos, cual nítido manto de una virgen venerada; ahora brinca y juguetea, como un niño travieso, adquiriendo deliciosos colores, verdes o azules; ahora surge inesperadamente entre las rocas, deslizándose a través de ellas, semejante a una serpiente de plata.

“Cuando toda la grandiosidad del valle ha penetrado en mi alma por intermedio de mis ojos admirados; cuando el maravilloso camino de las cascadas ha culminado en la apoteosis de grandes bloques de granito, formando el más grandioso circo que la soberbia de los romanos Césares pudo algún día soñar, circo que contornea unos prados tan verdes y hermosos, tan jugosos y frescos que parecen imaginados por la fantasía de un pintor poeta; cuando la última cascada nos sorprende al fondo de estos prados, surgiendo inesperadamente tras de rocas que parecían ser su término, y los picos de Monte Perdido, albos, luminosos a la luz del sol, semejan hieráticos e inaccesibles gigantes de nieve encargados de la custodia del valle, entonces me tiendo sobre aquella mullida alfombra tejida por los dedos hábiles y sutiles de la naturaleza, por ella bordada con las más lindas flores, contemplando extasiada el imponente y al mismo tiempo armonioso conjunto de rocas y agua, de frondosidad y nieve.

“Abro mis labios para aspirar aquel puro aire de la montaña, vivificante y regenerador para el cuerpo; abro mi alma para recibir en ella los hálitos de paz que parecen descender desde las altas cumbres y las rocas grandiosas envolviéndome y fundiéndome en este bello bienestar. Y siento la más deliciosa sensación de sosiego, nunca sentida con tanta intensidad; en un

reposo físico y espiritual al mismo tiempo que parece agudizar el sentido de percepción, pero despejándolo de la tristeza inherente al análisis; como si, al considerarlo todo desde un plano superior y beatífico, ya no pudieran alcanzar allí las ruindades o las miserias terrestres; algo así como un anticipo de la gloria; como si la contemplación de la hermosura creada me hubiera acercado un poco a la divinidad del Creador.

“Y esta impresión de paz ya estará por siempre para mí unida al recuerdo del valle de Ordesa. Tal vez el transcurso del tiempo me haga olvidar muchos detalles; acaso los poéticos de nuestro compañero excursionista a las rocas y a las cascadas se vayan borrando de mi mente; pero cada vez que evoque la hermosura de aquel valle de ensueño, estoy segura que volveré a sentir la sensación de paz infinita que experimenté tendida en sus céspedes mullidos, en completa entrega de mi ser a su magnífico encanto.

“Y me complaceré pensando que aunque la civilización y el progreso lleguen al apartado rincón de paz que un día me produjo tan placenteras impresiones, serán lo bastante respetuosos para no destruir su grandioso recogimiento; que sabrán poner notas confortables en su conjunto sin alterar su agreste hermosura, y que los poetas o los soñadores, o los verdaderos amantes de la montaña, podrán todavía sorprender a las hadas, las noches de luna, en los bosquecillos de hayas y abetos, marcando con sus pies desnudos, blancos y bellos como las flores de almendro, rítmicas danzas, a los sonos armoniosos de la flauta del dios Pan”.

Tales fueron las palabras de una joven emotiva, impresionada por cuanto veía en la vega del Arazas. Posiblemente se trate de la misma muchacha que aparecía en la página 43 del libro, posando con el Monte Perdido y el Soum de Ramond dando el fondo. Una *russelliana* galaica, no cabe duda.

2.11. Rumbo al Monte Perdido en 1942

Alberto Martínez Embid, Blogs de Desnivel, 21 de octubre de 2015

En alguna ocasión anterior ya habíamos sacado a la palestra a cierto natural de Sabiñánigo con regusto por la literatura. A un hombre llamado Francisco Lordán Penella, quien en 1942 quiso cumplir el ideal del historiador Henri Beraldi de “subir, sentir y escribir”. Vamos: todo un montañés y montañero que se decidiría a plasmar emociones en su *Descripción del Parque Nacional del valle de Ordesa*. Una obra que dedica “a los excursionistas españoles, a los turistas extranjeros, a aquellas personas que aun no siendo amantes de la montaña gustan de la contemplación de los paisajes deliciosos; a los compatriotas en general, para que se hagan siquiera sea una idea de aquel Valle [de Ordesa] de ensueño”.

Nuestro montañés no abrió vía alguna en el Tozal del Mallo: el deporte hispano seguía bastante *verde* tras la Guerra Civil. Sin embargo, Lordán serviría toda clase de guiños pirineístas desde su capítulo sobre “El valle de Cotatuero”. Gracias a sus observaciones, podemos conocer cómo respiraba el montañismo en la vertiente sur de la cadena:

“Siguiendo por el camino, que ahora ya solo es propicio para alpinistas, llegaremos a las Clavijas de Cotatuero. Estas son en número de cuarenta y dos, clavadas en la roca, y su misión es permitir a las personas salvar un acantilado sin cuyo auxilio sería imposible franquear.

“Estas Clavijas las puso un herrero de Torla, en el año 1881, pero a expensas de un inglés, Buxton, que visitaba estas regiones, no solamente como turista, sino también como cazador de sarríos y bucardos; por aquí tenía que pasar con el perro o con alguna pieza de caza a cuestas; el caso es que con las Clavijas se evitaba grandes rodeos y llegaba a sitios de otra forma inaccesibles. Llega un momento en que la persona tiene una en cada pie y otra en cada mano y como quiera que están sobre un precipicio ruidosísimo, o sea, el mismo de la Gran Cascada de Cotatuero, el momento es impresionante, y ¡ay de quien se soltase!

“Una vez pasadas las Clavijas se llega a la cima donde arranca la cascada antes citada. Subiendo, parece que aquello ha de ser el fin de la altura, pero las montañas son engañosas (esta circunstancia la conocen bien los montañeros), el río se divide en dos y enseguida hay otros montes más altos. Los alpinistas pueden hacer desde aquí algunas excursiones, verán un hermoso lago y una fantástica gruta de hielo, con las estalactitas y estalagmitas formadas por columnas de agua en estado de congelación; pueden hallar también algún bucardo de grandes y retorcidos cuernos. Estamos por las crestas y en la región de los heleros y de las nieves perpetuas, bordeando continuamente los 3.000 metros de altura, y aquí sí que vendría bien aquella frase que el maestro Platón puso a la puerta de su escuela: *¡Atrás los profanos!*”.

Los aficionados a las regiones de alta montaña nos tendremos que conformar con estas parcas líneas sobre su posible aventura en Cotatuero. Por suerte, este altoaragonés también sentiría curiosidad por otros decorados del entorno de Ordesa. Antes de abordar el capítulo dedicado al “Parque montaño”, obsequiaba de paso con alguna llamada a la prudencia:

“Puertos en el circo de Soaso: podemos hacer dos buenas excursiones, pero tened presente que dejamos de ser turistas para principiar a ser alpinistas; a veces habremos de andar *a gatas* como los niños, y en otras, como la hiedra, tendremos que subir agarrados a las paredes; no os aventuréis sin llevar un buen guía y quedaos atrás si sois propensos al vértigo. ¡Cuidado! Mucho cuidado, que estos caminos son peligrosos y no siempre están abiertos a la circulación”.

En fin: acudamos ya en busca del *Gigante Calcáreo*, al que hallaremos, un tanto oculto, en el apartado que Lordán titula como: “Un poco de alpinismo en trozos muy gruesos”. Un texto en el que, dadas las circunstancias, no he tocado nada en el terreno de la toponimia. Sus líneas nos muestran de qué modo lucía el Monte Perdido allá por 1942:

“Cerca de la cascada de la Cola de Caballo, en la parte izquierda del río, existe un montón de rocalla por donde podremos subir hasta la terminación de estas pequeñas piedras. Después hallaremos las Clavijas de Soaso, con cuya ayuda salvaremos las primeras paredes verticales del referido circo romano. Estas

Clavijas son menos importantes que las de Cotatuero y, al igual que aquellas, están bien puestas para salvar el acantilado.

“Después de las Clavijas iremos por nuestra izquierda, pasando por encima del salto de agua, y veremos recortarse en el cielo una figura de piedra en forma de flecha que indica la dirección a seguir. Nos elevaremos alejándonos del río; en una explanada hallaremos el refugio o cabaña de Golís, y si éste no está en condiciones, más adelante hay unas pequeñas cuevas donde podremos descansar o pasar la noche, procurando llevar una manta y provisiones por nuestra cuenta [...].

“Si deseamos hacer la ascensión y el regreso a Monte Perdido desde las Casas de Ordesa, necesitaremos un largo día, y aun Dios y ayuda. Desde la cabaña de Golís retrocederemos un poco, y por una torrentera en dirección noreste llegaremos a un pequeño lago –que está helado la mayor parte del año–, viendo a nuestra izquierda el Cilindro, que es otra de las Tres Sorores. La tercera se llama Som de Ramond.

“El ibón se encuentra allí arriba cerca de un collado, divisoria de las aguas del Cinca, y desde allí tomaremos la dirección sur, subiendo por un gran pedregal que hay por estas alturas. Por último nos elevaremos por los flancos y después de varias eses y rodeos, entre las rocas y la nieve, llegaremos a la cima del Monte Perdido.

“No habremos olvidado llevar la tarjeta para depositarla en el sitio destinado, pues esta cumbre es de las que *cuentan* para los campeonatos de alpinismo [¿referencia a la *Copa Almarza de Montañeros de Aragón*?]. Igualmente deberemos llenar la matriz y arrancar nuestra hoja en un libro que hay en estas alturas para los mismos efectos.

“Una vez arriba, gustaremos el manjar de la venganza por haber vencido a un coloso de los Pirineos; si somos novatos, aumentará considerablemente la estimación que tengamos de nosotros mismos; nos parecerá que nos nacen alas para volar al cielo, y que serán pocos los capaces de emular nuestras hazañas; si vemos nubes a nuestra altura o más bajas que nosotros, nos darán la impresión de que nuestra barca va flotando, flotando, por entre las olas de aquel mar proceloso.

“Desde allí gozaremos de unas vistas grandiosas; por el norte, veremos los territorios de la vecina nación francesa; al este y al oeste, los macizos de la cordillera pirenaica; y por el sur, una larga carretera blanca y argentada, que por el centro se pierde entre los desfiladeros de Torre-Ciudad [...].

“Desde las Tres Sorores, orientándonos a la izquierda, llegaríamos a los glaciares y lago de Marboré, donde se origina una corriente fluvial. Desde el collado de la divisoria, se puede bajar, siempre relativamente, hasta la ribera donde ya está formado el cauce del Cinca.

“Bordeando el macizo por la derecha, sin necesidad de subir a las cumbres, llegaríamos al pintoresco valle de Pineta, por donde discurre aquel río, que ya desde aquí empieza a ser caudaloso. Tal como su nombre lo indica, el valle de Pineta está alfombrado de pinares y otros árboles montañeros, en la cabecera del valle de Bielsa, antes de llegar a esta población.

“Pasando por las crestas de la Caseta y por unas explanadas –esta definición solo está en el diccionario de los montañeros–, por debajo de las Tres Sorores, llegaremos a la entrada del Cañón de Añisclo, y siguiendo una larga, muy estrecha y profundísima barrancada, por donde se despeña el río Bellós, llegaremos también al Cinca, en los comienzos del precipitado valle de Bielsa.

“Nunca debemos hacer estas excursiones de montañismo si no vamos acompañados de un buen conocedor del terreno, pues si no acertamos con los pasos difíciles y siempre peligrosos, estamos perdidos, en el peor sentido de la frase [...]”

¿Alguien da más...? Pues Francisco Lordán Penella, sí. Nuestro biesquense completa sus rápidas incursiones por los altozanos del Sobrarbe con unas rimas que ayudarán a cerrar estas líneas:

*Montañas enhiestas, ríos saltarinos,
 abismos rugientes, bosques encantados,
 cascadas y fuentes de agua en todos lados,
 hermosas florestas y bellos jardines,
 castillos ingentes y pasos colgados;
 pájaros cantores, reflejos de sol,
 luces de colores, nieves en la altura,
 cielos de arrebol;
 himno a la Natura, apacible calma,
 canto a la belleza, éxtasis del alma:
 así es Ordesa”.*

2.12. El camino hacia el Monte Perdido

Alberto Martínez Embid, Blogs de Desnivel, 19 de junio de 2017

Hace doscientos años un germano-ruso quiso visitar los *techos* del Pirineo para estudiar su orografía con ojos de águila. Y, de paso, determinar sobre el terreno las cotas reales de sus cúspides. En una primera entrega hemos acompañado a Friedrich Parrot en el arranque atlántico de esta travesía. Abreviando un poco su relato de 1823, lo emplazaremos ahora ante el siempre magnífico Monte Perdido.

Vamos a acudir al capítulo que este médico al servicio del zar Alejandro dedica al “Valle de Luz, Gavarnie, Monte Perdido y Héas”. Nos saltaremos tanto su frustrada visita al Midi d’Ossau por cuenta del mal tiempo, como su viaje desde Laruns hasta Ferrières y Argelès. Una vez en la vega del gave de Pau, nuestro hombre pensó en dirigirse primero al Vignemale, dado que “aún no había sido visitado”. También le atraía su elevada cota, que entonces se cifraba a la estima en unos 3.354 metros (tiene 3.298 metros). Como base de partida, quiso acudir a Cauterets, pero un despiste tonto en la ruta hizo que se dirigiera hacia Barèges, donde pasó al *plan B*: el Monte Perdido, dado que iba muy justo de tiempo y no podía dar marcha atrás. Parrot entraba en Luz el 13 de septiembre de 1817. Dos días después se dirigía al “interior de las altas montañas pirenaicas”.

A comienzos del siglo XIX la llave del *Macizo Calcáreo* parecía tenerla un puñado de guías de Gèdre. Sin embargo, nuestro galeno no halló en su casa a Gregorio Taula *Rondou* [o Taulat, o *Arrondou*] uno de los integrantes de la partida exploratoria por cuenta de Louis Ramond en 1802. Así, contrató en su lugar a Antoine Baget [o Debaguette], quien había trabajado como guía para el geólogo suizo Jean de Charpentier. El montañés nunca había pisado el entonces *Moum Pergut*, esa montaña que desaparecía conforme te acercabas a ella. Aun con todo, en un arranque de optimismo se mostró “dispuesto a acompañarle hasta la cima del Monte Perdido”.

El ahora dúo llegó con rapidez a Gavarnie, desde cuya Prade avistaron “la fuente de ese gave de Pau que surge, a 1.662 metros de altitud, de una gran masa de nieve acumulada en el fondo del circo de Gavarnie”. Parrot demostró gran fascinación por “la célebre cascada del Monte Perdido, que se parece más bien a las cascadas vaporosas de Suiza que a una caída de agua propiamente dicha, donde el agua forma un chorro liso y apretado que, a causa de su gran altura, se divide a mitad de trayectoria en numerosos chorros”. Toda una intuición acertada, al imaginar que aquella masa de agua que daba lugar al gave de Pau solo podía proceder de las nieves del Monte Perdido.

Comenzaron a ganar altura hacia Allanz. Por aquel entonces, el *Caldero* de Gavarnie era prácticamente un enclave del valle de Broto. Así, nuestro protagonista pudo disfrutar en Pailla de “una cordial acogida” por parte de unos pastores aragoneses, aunque en una cabaña más bien “sucía y ahumada”. Parrot y su auxiliar se proponían ganar el *Gigante Calcáreo* directamente, por sus taludes septentrionales.

El 16 de septiembre de 1817 cruzaban a tierras oscenses siguiendo la ruta de la Hourquette d’Allanz, valle de Estaubé y Tucarroya, afrontando una posible *tercera ascensión* conocida de este último corredor. Nos la explica el germanoruso:

“Debimos ponernos los crampones. Estaban formados por dos barras de hierro de longitud desigual, con forma de cruz, provistos en sus cuatro extremos de fuertes puntas horadadas mediante un agujero en la barra transversal para atar las correas o cuerdas. Todo quedaba fijado al pie pero de forma, a decir verdad, bastante precaria. Con su ayuda y, sobre todo, la de nuestros bastones de punta de hierro, marchamos seguros por la zona de nieve. Contorneamos una grieta de cinco pies de anchura que cortaba esta pared exactamente por el medio y llegamos así, con cierta apariencia de riesgo, a la otra vertiente de la cresta, donde nuestros ojos captaron, en todo su esplendor, al Monte Perdido, mientras que a nuestros pies se hallaba el lago del Monte Perdido [futuro lago Helado del Marboré] y el valle español de *Béoste* [Bielsa] se extendía ante nosotros”.

“Esta cubeta es una de las fuentes de ese Cinca que, tras haber dejado atrás Barbastro, se une al Ebro y vierte por éste al Mediterráneo... Hacia el oeste, el lago no tiene salida, lo que se aprecia claramente, pues el macizo de *Astaschjou* [Astazu] se halla en esta dirección. Por eso, la afirmación según la cual la cascada del Monte Perdido [la de Gavarnie] debería su origen a este lago sería una fábula... No sería improbable que el lago tuviera en su costado

occidental alguna filtración subterránea, dado que se halla unos 150 metros más arriba que el punto por el que se ve brotar la cascada desde la grada superior del circo. Tal hipótesis, muy plausible, prestaría aquí de un modo muy particular la comunicación entre el Mediterráneo con el Océano a través del Ebro y el Cinca, con el lago del Monte Perdido a una cota de 2.560 metros, y seguido subterráneo, desde el lago hacia la cascada del Monte Perdido que, tras dar origen al gave de Pau, discurre hacia el Adour. La cubeta entera al fondo de la cual se extiende el lago presenta unas pendientes primero poco inclinadas y luego más empinadas. Una nieve eterna lo recubre, y el mismo lago aparece, en gran medida, helado. Cuando rompí su costra de hielo, me pareció que había otra capa debajo, y su temperatura era exactamente de 0° R [0° C]”.

A imitación de Louis Ramond en 1797, los dos hombres se asomaron a estas escarpas dispuestos a realizar una proeza evidentemente muy adelantada a su época. Con una candidez pasmosa, Antoine aseguró a su cliente que podían estar sobre la cima del *Gigante Calcáreo* en poco tiempo. Como el médico iba a comprobar enseguida, no sería así, ni mucho menos:

“Entre las extensiones nevadas de este valle, se reconoce también muy netamente un glaciar que se extiende a la extremidad oeste del Monte Perdido, oblicuo y en dirección noreste. Lleva sobre la superficie numerosos guijarros formados por las grandes masas de piedrecillas que descienden del Monte Perdido y se incrustan en el hielo por la continua acción de los rayos solares. Por este motivo, y también a causa de la débil inclinación de su pendiente, creí poder alcanzar el reverso occidental del pico y, por allá, su cumbre escarpada. Era, sin duda, el itinerario más largo pero, en revancha, el más seguro para alcanzar la cima.

“Sin embargo, mi guía juzgó la vertiente oriental más corta y me prometió que en hora y media habríamos alcanzado la cumbre. Siguiendo su plan, contorneamos entonces el costado occidental del lago y trepamos tanto sobre desprendimientos de rocas, como sobre pendientes nevadas; tallamos escalones cuando la nieve estaba demasiado dura y demasiado empinada, y nos servimos de las masas de nieve caída como puentes para atravesar las grietas. En resumen: no ahorramos ninguna fatiga, ningún esfuerzo, para llegar a un escalón que forma el Monte Perdido sobre su vertiente norte, y sobre el cual se alza la verdadera cumbre, que tiene forma de un tronco de cono hendido verticalmente, su cara vuelta de pleno hacia el norte.

“Cualquiera que ha recorrido las montañas sabe que no hay nada más difícil que trepar una pendiente cubierta de guijarros y de nieve, donde cada paso expone a nuevos peligros. Éste fue cada vez más nuestro lote, y a medida que nos esforzábamos en aproximarnos a la meta, más de una vez Antoine expresó el extraño deseo de estar en otra parte mejor que aquí, no sabiendo *cómo salir de esto*. Lo que ya era difícil, se volvió finalmente imposible; dimos media vuelta, sin haber alcanzado la cumbre, a 265 metros por debajo de él, y a 3.081 metros de altitud. Eran exactamente las 12:00 h; habíamos empleado nuestro tiempo desde las 5:30 h, en tanto que no habíamos más que intentado hacer la ascensión al Monte Perdido por este costado”.

Lo más probable es que nuestros pirineístas fallaran por poco en su tentativa de forzar el paso del Cuello del Cilindro, quedándose en el *plateau* intermedio. De la descripción de Friedrich Parrot se puede deducir que se aventuraron por alguna de las fajas rocosas que se alzaban bajo el collado, acaso más impedidas por la nieve y el hielo que en tiempos de Laurent Passet. Tampoco se conoce la disposición exacta de las dificultades que presentaba la cara Norte del Monte Perdido en tan tempranas fechas. En 1996 Henri Favre conjeturaba sobre el lugar preciso donde se desarrollaron los tanteos:

“Parece que, después de haber ascendido al primer piso de las murallas por corredores medio rocosos, medio nivosos, los dos escaladores habían alcanzado la zona glaciaria del medio de la pared”.

En cualquier caso, el médico y su guía desistieron de proseguir hacia arriba y se retiraron por el valle de Estaubé. Estaban de vuelta en Héas a las 18:30 h. Pero aquel era un objetivo demasiado importante como para que se le escapara, tras los *gatillazos* previos en el Midi d'Ossau y Vignemale.

El 19 de septiembre de 1817 la predicción del tiempo parecía buena. Parrot se preparó para su segunda intentona en el *Verlarenen Gipfel*, la cima perdida del Pirineo aragonés. Esta vez, en lugar de la ruta de *Tuka-rouja*, el germano-ruso ensayaría la de la *Rolandbresche*. Antes, supo por el guía aragonés *Rondou*, afincado en Gèdre, que aquel sugerente nombre se debía a que “se le ve surgir majestuosamente desde lejos, pero que se va perdiendo de vista conforme uno se le acerca”.

Rondou tenía ya más de sesenta años, por lo que quiso que le acompañara su hijo Juan Gregorio, de veintinueve. No en vano le había transmitido el secreto del itinerario como una suerte de “herencia acreedora de riquezas y honores”. Los Taula tenían fama de ser los únicos montañeses vivos que lo conocía por entonces: cobraban la cifra astronómica de 6 francos por día, que era lo que costaba un cordero.

Nuestro trío se avitualló en Gavarnie, donde según Parrot compraron “un odre de vino de España y una cantidad suficiente de pan y queso, lo que constituye la mejor forma de alimentación en el curso de un viaje tan fatigoso”. Aquí nos despediremos, por ahora, de ellos. La aventura de aquel Monte Perdido de 1817 merece un texto aparte.

2.13. Sobre el *Verlarenen Gipfel* pirenaico

Alberto Martínez Embid, Blogs de Desnivel, 27 de junio de 2017

En los dos siglos de montañismo transcurridos los cambios que se han vivido en el Pirineo han sido inmensos. En 1817, cuando la recorrió *de-mar-a-mar* Friedrich Parrot, esta cordillera exigía a sus visitantes todo un derroche de ingenio, bravura y energías. Sin contar con la suerte, que solo podía ser propicia a quienes osaban tentar sus grandes cimas.

En esta tercera porción del viaje de hace dos siglos del germano-ruso, recurriremos holgadamente a su testimonio para vivir la aventura de un interesante ascenso hasta la cota 3.355 metros. No en vano, la expedición de los dos guías *Rondou* y su cliente pudo ser la cuarta o quinta de la que existía

presencia constatada sobre la cima del Monte Perdido, la mítica *Verlarenen Gipfel*. Es decir: tras las dos visitas auspiciadas por Louis Ramond (1802), la de Béranger (1805) y acaso otra más de De Marsac. Con el permiso de otros hipotéticos ascensionistas como Zueras o Zamora, claro está.

Retomemos ya el texto de Parrot sobre su *Reise in den Pyrenäen* (1823) en el itinerario de la brecha de Rolando a Góriz, desde la misma divisoria con Huesca:

"La frontera entre Francia y España se halla en la brecha de Rolando, lo mismo que en otros puertos del Pirineo. La atravesamos y bajamos hacia el sur por una placa de nieve que se orientaba hacia el valle de Broto y que se presentaba oblicua a nosotros; sin embargo, mucho antes de que llegásemos a su reborde, viramos decididamente hacia el este sobre los grandes desprendimientos de piedras calcáreas que aparecían, de forma evidente, como antiguos vestigios de convulsiones violentas.

"Más adelante alcanzamos Millaris. Se le ha dado ese nombre a una meseta horizontal que tiene la misma orientación que la cadena y que está situada en el reverso meridional del macizo formado por el Marboré y el Monte Perdido [...]. Ofrecía la particularidad de no formar, como otras mesetas montañosas, una superficie uniformemente plana, sino que consistía un muchas depresiones que le daban un aspecto claro de plato; los bordes estaban sobre elevados por unos metros y eran sin duda los vestigios de estanques de montaña. Ahora incluso, se llenaban de agua en la estación de las lluvias [...].

"Pero regreso al itinerario al Monte Perdido [tras una disertación sobre el humus]. Pensaba que si no se habían equivocado de dirección entre la brecha de Rolando y Millaris, ya se había recorrido más de la mitad de estos laberintos. Sin embargo, fue preciso seguir durante una hora y media o dos horas en la dirección de la cadena principal hasta el límite de Millaris, que ahora se perdía en la vertiente meridional del Monte Perdido. Enseguida se percibió, por la izquierda de la cresta, un grueso roquedo aislado que tenía la forma de un prisma triangular de unos 50 metros de alto y lo mismo de espesor. Se le llama Torre de *Golis* [hoy, de Góriz, o Morrón de Arrablo], dado que toda la vertiente sur del Monte Perdido se llama *Golis*.

"Aquí decidimos limitar nuestra etapa de la jornada para dedicarnos, cuanto fuese posible, al reposo nocturno. Habíamos dejado Gèdre a las 9:00 h, nos abastecimos en Gavarnie sobre las 12:00 h; hice mis observaciones barométricas en la brecha de Rolando; atravesamos seguidamente las siniestras soledades de Millaris y llegamos, por fin, bajo el resplandor de un magnífico claro de luna, a las 21:30 h, a la Torre de *Golis*. Allí nos recuperamos con una cena frugal compuesta por vino y pan, sazonados con fatiga y esperanzas.

"Si se quiere calcular la longitud de la ruta, hay que descontar dos horas largas en paradas diversas, y así se podría afirmar que sería posible hacer, sin gran esfuerzo, el trayecto entre la brecha de Rolando a la Torre de *Golis* en tres horas [...].

"Era el 19 de septiembre [de 1817] y para esa fecha todos los pastores de la montaña habían dejado ya los pastos altos para dirigirse a las regiones más cálidas de España y Francia.

"El Monte Perdido y todas las montañas que le rodean resultan para el hombre, debido a su situación escondida y a la esterilidad de sus suelos, un *Verlorener Berg* (Monte Perdido) en toda la acepción del nombre. Si su vertiente meridional es bastante cálida como para no mostrar en ningún sitio nieves eternas salvo en dos depresiones, no se eleva lo suficiente por encima del nivel del mar como para impedir que ciertas plantas florezcan hasta las cercanías de su cima, toda la vegetación exuberante cesa mucho más debajo de Millaris por falta de terrenos fértiles. Por tal motivo, no se encuentran granjas con vacas a gran altitud sobre esta vertiente, y no había ninguna en las inmediaciones de la Torre de *Golis*.

"Así, cada uno de nosotros buscó en dicho roquedo algún hoyo donde alojarse, mejor o peor, sin un fuego que pudiese preservar nuestros miembros del frescor y de la humedad de la noche, dado que ni cerca ni lejos era posible hallar ni un árbol ni nada que sirviera como combustible. Aunque mi impermeable me protegía de la humedad de este alojamiento incómodo, no llegué a descansar verdaderamente. No iba a estar muy bien dispuesto para subir, al día siguiente muy temprano, a esa cima que estaba solamente a 650 metros de mi campamento nocturno. Sin embargo, no era visible desde aquí, y cualquiera que no hubiese estado antes, lo hubiera buscado en vano durante mucho tiempo.

"*Rondou* [o *Arrondou*, alias de Gregorio Taula o Taulat] me indicó que el buen camino era por un vallecillo que estaba al este. Sin embargo, no tenía muchas ganas de seguirlo, pues todavía estaba saturado de nieve helada y, siguiendo su consejo, dejamos nuestros crampones en la brecha de Rolando porque, según recordaba de sus ascensiones previas, dijo estar seguro de que no hallaríamos más nieve hasta la cumbre del Monte Perdido.

"Dirigimos, pues, nuestros pasos hacia la cumbre, encontrando a veces unas pendientes tan fuertes que era preciso trazar nuestro camino tanto al este como al oeste. Finalmente alcanzamos, después de haber perdido dos horas, un *palier* o grada [las Escaleras] del Monte Perdido, de los que hay dos en esta vertiente, y después descendimos hasta una cubeta rellena con nieves eternas cuya altitud era la misma que la de la vertiente sur de la brecha de Rolando. Finalmente subimos a una segunda grada, tan escarpada como la primera, que permitía alcanzar la cumbre, trepando gracias a los peldaños naturales que allí se encontraban, una chimenea de unos 18 ó 20 metros de altura, tan estrecha que no dejaba pasar más que un hombre a la vez.

"Este itinerario no era muy difícil en verano, pero al final de la estación, cuando ya había caído sobre las montañas la nieve reciente que, habiéndose fundido por el efecto del calor diurno, cubría de tal modo este corredor de *verglás* [hielo duro] que obligaba a tratar de subir escalando por la pared vertical del roquedo.

"Por lo demás, me encontré aquí solo con el joven *Rondou* [Juan Gregorio Taula, o *Rondou II*], debido a que después de alcanzar la primera grada que

había sobre la Torre de *Golis*, yo mismo le había rogado a su padre que se tomase un largo descanso para reponer sus fuerzas. Nos dijo que, como así fue, todas las dificultades se concentraban por encima de nosotros.

"Su hijo intentó la ascensión por esta chimenea, aunque fue en vano. Si [los pirineístas que le precedieron] De Marsac y, después, Ramond [esta ordenación se refiere a sus entrevistas con ellos] no me hubiesen asegurado que *Rondou* había subido al Monte Perdido con ellos [aunque no con Ramond], hubiera podido dudar de su conocimiento de la ruta, pues todo parecía indicar que se había olvidado por completo del itinerario o que se había equivocado de camino.

"El clima era propicio. Habíamos perdido mucho tiempo y energías en llegar hasta allí. En consecuencia, no pude decidirme a deshacer el camino tan cerca de la meta sino después de haberlo intentado todo. Tomé, pues, en la mano mi bastón de punta herrada y comencé a subir por el *verglás* del corredor, que, para gran alegría, me permitió ir mucho más deprisa y fácilmente de lo que me había esperado. El calor de la roca había separado de tal modo la capa helada que con cada golpe de la punta de mi bastón soltaba grandes placas.

"Subí así de un peldaño a otro por el corredor, con el joven *Rondou* siguiéndome y terminando de soltar, como precaución para la vuelta, lo que había dejado detrás de mí. Así llegamos, tan felizmente como lo bastante rápidos, a la verdadera cresta, que tenía una forma ligeramente redondeada. Sobre un terreno recubierto de guijarros menudos de calcáreo que, sin embargo, habían adquirido cierta estabilidad a causa de la nieve fresca caída, nos encaminamos con lentitud hacia la verdadera cima del Monte Perdido, que justamente había permanecido hasta entonces invisible ante nuestras miradas. Lo alcanzamos un poco antes de las 9:00 h.

"A menudo había estado ya en altitudes elevadas como aquí: seis años y dos días más tarde, me hallaba en el Cáucaso a una altitud de 4.225 metros; un año y dos días antes, me encontraba en los Alpes a una altitud de 3.915 metros. Pero jamás había llegado a alcanzar, como aquí, después de varias tentativas decididas, la cúspide de todo un macizo.

"Ese placer es único, y se basa en un sentimiento noble de que el cuerpo puede elevarse sobre el laboratorio grandioso de la naturaleza virgen, por encima de las mezquinas agitaciones humanas, romper las cadenas espirituales de lo cotidiano, con sus obligaciones y sus inevitables costumbres, y dedicarse durante un tiempo corto, aunque no por ello menos precioso, a las grandes y nobles sensaciones del alma [...].

"Estas dos últimas cimas [Cilindro y Marboré], junto con el Monte Perdido, coronan la alta cadena. Su cercanía hizo que los españoles le dieran el nombre de *Las Tres Sorettas* [hasta 1872 se creyó que tales eran las hoy Tres Sorores], pues ellas se ofrecen con facilidad ante la vista desde sus montañas centrales, pero por esa razón dicho nombre no puede ser empleado en francés [...]. Eso es lo que percibí desde mi puesto de observación, un importante montón de piedras que *Rondou* y sus compañeros habían alzado desde su primera visita para dar testimonio de su acto de valor. Entonces me volví hacia el sur, donde las fértiles llanuras españolas estaban, como las de Francia,

cubiertas con brumas espesas, impidiendo que con mi catalejo percibiera las torres de Barbastro y de Zaragoza”.

Aquí interrumpiremos el texto de Friedrich Parrot. No sin antes explicar que el médico aprovechó bien las dos horas que pasó sobre la cima. Así, trabajó en la visual del límite de las nieves eternas, que más o menos establecería entre el Midi d'Ossau y la Maladeta. También trató de determinar con su brújula la posición de los picos más altos de la cadena. Su famoso termo-barómetro le registraría unos 3.346'3 metros [hoy le dan 3.355 metros] respecto al Atlántico... Y tampoco dejó de registrar sus respectivos pulsos sobre el mismo puntal de cierta *montaña perdida* aquel 20 de septiembre de 1817.

Juan Gregorio Taula y Friedrich Parrot abandonaban la cumbre a las 11:00 h. Lo primero era recoger a *Rondou padre* antes de emprender el regreso, los tres juntos, hacia Gavarnie. Arribaban a las 18:00 h a esta aldea francesa, donde liquidaron “una excelente comida regada con vino español”.

El germano-ruso no tenía tiempo que perder: reemprendió enseguida su periplo hacia Luz, Barèges, Gripp, Arreau... Entraba en Luchon después de tres días y medio de marcha. Era el 25 de septiembre de 1817 y, tras su esforzada victoria sobre la mayor de las Tres Sorores, Parrot mostró un vivo interés por emplazarse sobre la cumbre de esa montaña *Maladetta* que, por lo que decían algunos, rivalizaba con el *Gigante Calcáreo* en altura y magnificencia...

2.14. Voces delas montañas

Alberto Martínez Embid, Blogs de Desnivel, 16 de agosto de 2017

Insistiré un poco más en mostrar esa función tradicional que ejercieron los pirineístas de dar *visibilidad* a los montañeses. O, mejor aún, de dotarles de palabra desde sus propios textos. Un hecho noble que honra a nuestros predecesores y que ahora se pretende ocultar, haciendo gala de una notable falta de conocimientos sobre lo sucedido en los más de dos siglos de existencia de este deporte. En un lamentable intento por trasladar la baja política a la alta montaña a través de los mapas.

Entre las crónicas de todo tipo que se pueden hallar buceando en las páginas de los pioneros, hay una que siempre me ha parecido especialmente reveladora. Me refiero a los diversos testimonios de pirenaicos recolectados hacia 1848 por un político galo llamado Achille Jubinal (1810-1875). Un cronista muy interesante: aunque él había nacido en París, su padre era originario de la población de Luz, en el Lavedan. Con el tiempo, nuestro personaje llegó a ser diputado por el departamento de los Hautes-Pyrénées. Una placa en Gèdre recuerda hoy sus gestiones para que el camino carretero avanzase desde el piedemonte hacia Gavarnie, obra que se revelaría con el tiempo como una importante fuente de ingresos para los habitantes de estas tierras.

En el aspecto literario Jubinal no siempre ha gozado de buena fama entre los estudiosos del siglo XIX. Con frecuencia se le ha acusado de ciertos excesos imaginativos. Sea como fuere, dicho viajero sirvió frecuentes puntos de vista y testimonios locales desde sus *Lettres sur les Pyrénées*. Un texto de éxito

fechado en 1848, con reediciones varias en 1858, 1862, 1863, 1873 y 1875 bajo el título de *Les Hautes-Pyrénées*. Un libro en el que, como la mayoría de los montañeros de la llamada Edad de Oro del Pirineísmo, quedaba reflejada la costumbre de preguntar sobre mil asuntos a los montañeses antes de emprender ninguna ascensión.

El relato *jubinaliano* no se recata en airear interpretaciones nativas en los más variados asuntos, incluso en los de corte más ligero. Comenzaré por un chascarrillo, tirando a dudoso e frívolo, que circulaba por Barèges, el balneario que ejerció como la cuna del pirineísmo. Ya fuesen inventados o no, vamos a curiosear entre sus (maledicentes) comentarios montañeses...

Según nos cuenta el diputado, su anécdota tuvo lugar a finales del siglo XVIII, cuando el ambiente en las referidas termas era tirando a libertino. Al parecer, una tal madame de Roncherolles destacaba entre las demás veraneantes por la "incongruencia de respetar a su marido". Como la casta señora era muy bella, su moralidad despertó el interés tanto de Vérac, un banquero "célebre por sus robos", como del cardenal de Rohan, el patrono de Louis Ramond de Carbonnières. Este último detalle fecharía la historieta en el verano de 1787, por cierto... En cualquier caso, ambos pretendientes obsequiaron a la recatada dama con fiestas a cuál más fastuosa, sin ocultar sus intenciones lúbricas. Parece que el banquero deshonesto, merced a su exhibición de fuegos artificiales, finalmente "se llevó la gata al agua", según se dijo por la población: a través de los habitantes de Barèges supo Jubinal que "la señora de Roncherolles volvió para visitar esos mismos lugares, sola con él, y que le dio al pródigo financiero, en recompensa por su fiesta, lo que hasta entonces había negado a todo el mundo". ¿Y el precio del supuesto encuentro pasional?: la entonces desorbitante cifra de 50.000 escudos. ¡En vísperas de una Revolución!

Dejaremos aquí la *crónica rosa* local, siempre tan nebulosa, para ingresar de lleno en el mundo pirineísta. Porque Achille Jubinal, quien se sentía un *hijo del país*, tenía acceso a mejores fuentes de información que las de los simples foráneos de paso. Por ello, buscó a un conocido de su padre (recuérdese: nativo de Luz) para saber más sobre esos asuntos de alta cota que le apasionaban: cierto guía de Barèges llamado Simon Charlet. Un personaje de gran atractivo para las crónicas del Monte Perdido, pues fue uno de los montañeses contratados por Ramond de Carbonnières para sus primeros reconocimientos. De aquel modo pudo obtener el diputado del departamento pirenaico la versión local de esos tanteos al *Gigante Calcáreo* que se realizaron inicialmente por el norte:

"Desde que era niño [le contó Simon Charlet], cuando correteaba por el Bergons y el Bréda, mis camaradas y también vuestro padre, atraídos por la curiosidad, miraban al pic du Midi de Bigorre. A mí nada me decía: a pesar de lo poco que por entonces podía hacer, mis catalejos naturales se fijaban siempre en ese diablo del Monte Perdido, que mostraba su joroba sobre todos los demás.

"Con la edad, eso no hizo sino acrecentarse y mejorar. Hablaba tan a menudo del Monte Perdido que se pensó que terminaría por perder la razón, si es que

no perdía otra cosa. Porque dicha montaña no disfrutaba de una reputación demasiado católica. Se decía por la zona que solo un hombre había alcanzado la cima, aunque con la ayuda de Satán, quien lo había llevado hasta allí mediante diecisiete escalones, y que al punto lo había precipitado desde lo más alto, tras haberle robado el alma. Ya os imaginaréis que yo no creía en absoluto en esos cuentos etéreos. Pero tampoco sabía cómo podría subir a ese gran *camello*, aunque que me decía cuando lo contemplaba: ¡subiré hasta arriba!

“Así, una mañana, cuando me sentía más indeciso sobre si algún día me decidiría a dar el golpe, me llamaron porque un caballero quería ir al Néouvielle. Era el señor [Philippe Picot de] Lapeyrouse. Le hablé de mi proyecto, animándome él con vehemencia para que lo emprendiese, diciéndome que eso sería muy importante para la Ciencia, cosa de la que no dudé. Por lo demás, me dijo que, en esos momentos, uno de sus amigos naturalistas rumiaba la misma idea que yo. Si lo deseaba, le hablaría de mí. Se lo agradecí infinitamente y, tres días después, fui llamado por el señor [Louis] Ramond, quien me tomó a su servicio a la par que me decía que consagraría un mes a realizar reconocimientos. En consecuencia, nos pusimos primero a buscar dónde estaba el Monte Perdido.

“Os extrañará que yo, que lo había visto tan bien [desde las alturas], no supiera dónde se hallaba. Pero nadie podía decir más que yo. Lo que yo pensaba que era el Monte Perdido, era el Cilindro; lo que yo creía que era el Cilindro, otros lo tomaban por el Monte Perdido; y el pico de Allanz era todos ellos para la mayoría de la gente. Estaba claro que nadie conocía al Monte Perdido y que, desde que se daba nombres a las montañas, ninguna otra fue tan bien nombrada.

“Fue peor cuando fue preciso determinar su acceso. Desde lo alto de los picos donde el señor Ramond me señalaba a dicha montaña, le decía: Bueno, pues no tenemos más que ir todo recto y llegaremos. Pero una vez dejábamos las cimas, ya no veíamos nada y yo volvía a mis indecisiones: ¿acaso habría, entre el monte y lo que tomábamos por su base, desiertos y precipicios? ¿cuál sería el costado por el que lo abordaríamos? [...]. El señor Ramond echaba pestes [...], pero lo que me hacía estar rabioso era que cuando iba a Gavarnie para consultar a los pastores y cazadores de rebecos, todos decían conocer a la perfección el Monte Perdido, que habrían subido unas doscientas veces. Pero si les preguntaba por dónde subían, unos decían que por España y otros por Francia. Así, cuando quería encontrar un Monte Perdido, me hallaba con tres o cuatro. Como sucede siempre, tras caer en estos laberintos por culpa de quienes dicen saberlo, decidimos que solo nos fiaríamos de nosotros mismos, aunque nada supiésemos, y que no consultaríamos con nadie. Era lo mejor que podíamos hacer”.

De este modo narró Jubinal, hacia 1848, cómo se organizaría la famosa expedición que un 11 de agosto de 1797 alcanzó el corredor de Tucarroya. Con su interlocutor, Charlet, trabajando tanto para Picot de Lapeyrouse como para Ramond de Carbonnières. Un ascenso más que conocido, del que únicamente

traduciré la versión montañesa de lo que vieron en cuanto superaron dicha canaleta:

“Cuando alcancé la cúspide el primero, lancé un grito de alegría que irían repitiendo, sucesivamente, todos mis compañeros, pero al que siguió un silencio denso. Habíamos creído que conseguiríamos alcanzar la cima del Monte Perdido con facilidad, en cuanto llegásemos donde ahora estábamos: ¡pues sí! ¡pues bien! Nos vimos separados por nuevas profundidades, abismos, desolaciones... ¡Y qué más! Nunca veréis a gente más estupefacta. Cuando nos pusimos a observar el monte mismo, que aparecía como un coloso, aunque el Cilindro destacara por la derecha tan amenazador como el mismo Monte Perdido, todas esas cúpulas, esas gradas cargadas de nieve y de glaciares, nos sentamos en el suelo descorazonados”.

Para colmo de males, una avalancha que barrió toda la vertiente septentrional del Monte Perdido, por entonces inmersa de pleno en su Pequeña Edad Glaciar, convencería a los expedicionarios de 1797 de que la ruta directa les venía grande. Allí perdió nuestro guía el tren hasta la cota 3.355 metros. Como triste conclusión, Simon Charlet le reconocería a Achille Jubinal, tras la pregunta de éste:

“-Entonces, Simon, ¿no llegaste sino hasta el pie del Monte Perdido?

“-Sí, señor, y ya fue bastante. Sin embargo, quedé convencido de que atacando este monte por España se terminaría por poner el pie sobre su cabeza. Pero para eso se necesitarían piernas fuertes...”.

Podemos cerrar esta especie de entrevista de un urbanita a un montañés, con el juicio que este último le dejara sobre la condición de los tempranos guías de montaña:

“Es un oficio de *rompecuellos* en el que nos arriesgamos bastante a no regresar jamás”.

En efecto: los testimonios de montañeses siempre han tenido plaza en los relatos de montañeros. Desde los mismos inicios de esta relación tan beneficiosa y necesaria para ambas partes. Solo es preciso querer buscarlos, dado que tampoco se encuentran tan escondidos. Y saber leerlos con una mente libre de todo rastro de politización, claro.

2.15. Un retrato temprano de la brecha de Rolando

Alberto Martínez Embid, Blogs de Desnivel, 12 de febrero de 2018

En el fondo despiertan toda mi ternura quienes pretenden determinar en plan *campanudo* el nombre más válido de cualquier relieve de alta montaña. Máxime, cuando intentan imponer sus *baturradas* en el país de la diversidad y de la imprecisión.

Tomemos uno de los collados pirenaicos más ostentosos: la brecha de Rolando... Entre las noticias tempranas que revelaban la existencia del portal fronterizo del Marboré se cuenta con una sentencia del año 1572 del Parlamento de Toulouse en la que se hacía referencia a unos límites de pastos entre las villas de Barèges y Torla donde surgía cierta *Brèque de Roland*. Seguido, será preciso que aludamos a la cartografía de comienzos del siglo

XVII firmada por Joao Batista Labanha, donde se leía con claridad la leyenda: *Breca de Roldan-Puerto de Viu*.

Continuemos entre mapas. En su primera aparición en público, la *Carte du Béarn, de la Bigorre, de l'Armagnac et des pays voisins* (1712) de Guillaume Delisle, se representaban algunos collados de la muga central como el *Port de Vio*, el *Port de Bielsa...*, y nuestra querida *Breca de Roldan*. Entonces, ¿el paso de Vio y el del Caballero no eran el mismo, como proclamó el portugués?

Por contra, en la minuciosa *Carte Générale des Monts Pyrénées* (1717) del ingeniero Roussel se materializaba en su lugar cierto *Port de Haillou*, junto con un dibujo que parecía retratar tan pintoresco corte en la montaña. De forma sorprendente se ignoraba en dicha representación el sonoro nombre de *Roland-Roldán*, aun cuando al cercano *Port de Bouchero* le añadieran un esclarecedor *o de Gavarnie*.

Estos jeribeques toponímicos resultaban tanto más extraños cuando se prestaba una atención especial a la *Leyenda de todos los collados, puertos y pasos de los Pirineos* por su claro interés militar. Así, la edición de las doce hojas de La Blottière y Roussel a escala 1:300.000, concluida sobre el año 1720 y tirada en 1730, seguía sin citar al mítico paladín... Y es indudable que se trataba del mejor mapa del Pirineo publicado hasta entonces.

Existe la sospecha de que, hasta el siglo XVIII, nuestro portillo era conocido por los locales como el *Port de Haillou* o de *Hayou*. La investigadora Annie Brives apuntó la posibilidad de que tal término se derivase de la palabra *halhou*, que en el dialecto de la Bigorra significaba *nuez*. Quizás fuera la forma con la que los habitantes del Lavedan nombraban su ruta de acceso al valle de Fanlo, donde, probablemente, adquiriesen nueces y otros productos meridionales.

El siguiente documento cartográfico de revisión obligada es la hoja sobre "Les Vallées de Barèges y de Cauterets" de la *Carte du Département des Hautes-Pyrénées, décrétée le 4 février 1790 par l'Assemblée Nationale*. De nuevo surge la *Breche de Roland*, tal y como venía haciéndolo, con diferente grafía, en los homónimos aragoneses desde el siglo XVII. En el mapa de Cassini de Thury de la misma época también constaba, bien flanqueada por *Les Tourettes* y la *Tour de Marboré*, nuestra *Brèche de Rolland*.

Con el cambio de siglo, no menos interesante resulta el testimonio de Pascual Madoz, quien hacia 1850 nos revelaba que los naturales del valle de Vió nombraban al gran collado como *Puerto de Godi* o de *Picalayuela*. Y, según vimos en unas entradas anteriores, en 1927 Pascual Galindo recopiló en el Archivo de Broto las siguientes designaciones en los documentos de límites que consultó: *Buerqua de Rolan* (1571), *Breca de Roldan* (1711), *Brequa de Arrolan* (s. XVIII), *Brecha de Roldán* (s. XIX).

¿Alguien se sitúa? Recapitulemos, pues: el portillo que se abre al cielo sobre los 2.807 metros de cota pudo conocerse antaño, con sus respectivas *multivariaciones* lingüísticas, como *Puerto de Haillou*, de *Viu*, de *Godi*, de *Picalayuela* o de *Rolando*. Digan lo que digan esos fundamentalistas simplificadores que quieren arrimar su sardina al ascua de la politización. Cargándose parte de la cultura montañesa.

He de reconocer que le guardo un cariño difícil de explicar al gran tajo que rompe la muralla de estos montes marmóreos. No en vano, *La brecha de Rolando* (Desnivel, 2000) constituyó mi libro de presentación con la Editorial que sustenta este blog... Fue a resultas de que incluyeran su manuscrito en la final del *I Premio Desnivel de Literatura de Montaña*. Dentro de nada, la *criaturita* me cumplirá la mayoría de edad. Con cierto orgullo de *padre*, he de decir que su texto no ha capeado del todo mal el paso del tiempo. Sin embargo, sin embargo, sin embargo...

Con la caída de las hojas en los calendarios, algún dato nuevo hubiese podido añadir a mi monografía sobre la porción occidental del macizo del Monte Perdido. Fruto de los dieciocho años de buceo entre los textos añejos del pirineísmo que se han sucedido desde que le enviara mi texto a la editora Beata Rozga. Uno de los complementos más importantes se referiría a la que, acaso, pudo ser una primera representación *cercana* de esta Brecha en tierras hispanas. Con el permiso de la sencilla vista *lejana* del cosmógrafo Labanha, claro está.

Reconozco que descubrir el nuevo retrato en el interior del número 33 del *Semanario Pintoresco Español* me produjo cierto estremecimiento de emoción. Era una copia, sí, y no de excesiva calidad, del fantástico grabado de Jourdan de 1828. Aun con todo, presentaba a mis compatriotas un aspecto inédito de la brecha de Rolando. El bosquejo en cuestión andaba un tanto escondido por cierto texto anónimo sobre los "Recuerdos poéticos de la Edad Media" que se publicó un 16 de agosto de 1840.

Comenzaba este artículo realizando en voz alta unas consideraciones sobre "la poesía de imágenes que en la rudeza primitiva de la sociedad se identifica con las sensaciones, dándoles cuerpo, forma y movimiento, que sirve a la vez de intérprete a un pensamiento religioso, de conductor a un sistema imperfecto de civilización, de norte a la galantería y al valor, y raras veces a la razón". A la legua se ve que el tratamiento no va a ser desde la óptica montañera, sino desde la metafísica-legendaria-cultural. Así y todo, curiosearemos entre alguno de sus párrafos más poéticos:

"Cada vez que volvemos la vista a esa sima histórica y tradicional en cuyo seno inmenso se ha ido precipitando la multitud de siglos que dejamos para siempre a espaldas del nuestro, la imaginación contempla absorta una serie de seres gigantescos, de seres poéticos, cuyas cabezas cubiertas del pesado almete [casco], descuellan en medio de las generaciones pasadas como los héroes de Homero entre la muchedumbre de sus soldados: verdaderas figuras épicas, engrandecidas por las imágenes robustas y atrevidas de los antiguos romanceros de Europa. A ellas deben sus formas hercúleas, su brazo de hierro, su valor indomable, su constancia en los peligros, su resignación en los trabajos, su piedad religiosa, su galantería con las hermosas, su inalterable amor y decisión por la patria, y solo a los romances heroicos, a los juglares y trovadores con su inmensa libertad de imaginación y de poesía, debieron indudablemente lo que de ordinario omitía la narración lacónica y diminuta de las antiguas crónicas que a veces hacen dudar de los héroes cantados por los romanceros. ¡Mucho incurrieran en el olvido, cuando al referir los nuestros el

memorable suceso de la restauración de España, han dado motivo a dudar de la existencia de Pelayo, héroe principal de aquella gloriosa empresa!

"Sin embargo la tradición poética ha podido más en todas partes que el silencio de los cronistas; y al través de multitud de fábulas con que el orgullo supersticioso de la humanidad se complace en adornar al ídolo que reverencia, se descubre un hombre, y ese hombre estuvo dotado de prendas que no pudieron hundirse en el olvido, y llevando en derredor suyo la historia de la sociedad de su siglo con los vicios y virtudes, con las hazañas y desastres, con la creencia y el valor de donde tomaron origen aquellas mismas fábulas.

"Por eso, y sin extendernos a citar muchos de los personajes semi fabulosos o tradicionales de la Edad Media, hallamos en nuestros románticos dos héroes coetáneos, uno francés y otro español, iguales en las aventuras de su nacimiento, iguales en valor, iguales en ser el apoyo de sus monarcas, iguales en lo dudoso de su existencia y, por último, iguales en haber ocupado la musa de los poetas épicos de Italia y de España: hablo, pues, de *Roldán*, *Rolando* u *Orlando* (con estos tres nombres es conocido en nuestros cancioneros), sobrino del célebre Carlo Magno, y de Bernardo del Carpio, sobrino de Alonso *el Casto*, rey de León. Sabido es que Pulci, Boyardo y Ariosto hicieron del primero el héroe de sus poemas, así como el segundo lo fue del poema que con el mismo nombre escribió nuestro célebre Balbuena; y ambos fueron ampliamente celebrados por nuestros romanceros españoles.

"¿Serán estos héroes reales o fantásticos? Cuestión ésta muy poco importante para la poesía, aunque lo sea de suma entidad para la historia.

"Quiméricos o verdaderos, ellos por sí solos representan un siglo, una época fecunda en observaciones para el filósofo, en imágenes para el poeta. El Roldán de los cancioneros, el Roldán de las hazañas portentosas, es un guerrero terrible de indomable valor y de invencible brazo; de costumbres austeras y religiosas y muy hábil para convertir agarenos [musulmanes]; ése es precisamente tipo de la Edad Media; la existencia mística apoyada en la fuerza brutal y rodeada del delito; el arrepentimiento al acercarse la muerte.

"El Bernardo de nuestros romances es joven, de rubios y ensortijados cabellos, de recios miembros, e igualmente atrevido y valeroso que el paladín francés: sobre estas prendas resaltan en gran manera su ternura para con su desgraciado padre, el conde de Saldaña; su inalterable fidelidad al rey Alonso *el Casto*, de quien se veía altamente ofendido. Pero la memoria de Bernardo, históricamente más dudosa que la de Roldán, no ha dejado, como éste, vestigios y aun testimonios visibles de su existencia tradicional. Por todas partes se presentan recuerdos del héroe francés: se habla de su época como de la de los encantadores y gigantes. El viajero, al recorrer los montes Pirineos, ve la inmensa *brecha de Roldán*, representada en el grabado que acompaña a este artículo, en donde las empinadas rocas parecen como hendidas por una fuerza prodigiosa. Los habitantes de ese país, dicen que aquel famoso paladín separó las enormes masas de granito [*sic*] con la pujanza de su espada. Sí, en efecto, hacía resoplar los ecos de su trompa guerrera en la extensión de veinte leguas a la redonda del Pirineo, bien podía su brazo de

hierro hendir las montañas más elevadas. Por todas partes, las imágenes poéticas sirviendo de páginas a la historia.

“La poesía, pues, se deleitaba en aumentar las proporciones gigantescas del héroe de Carlo Magno, sin sospechar que toda aquella grandeza sublime había de servir de magnífico trofeo a otro héroe, y a otra poesía nutrida de imágenes épicas fogosas, como el clima en que se conciben. Bernardo, por la tradición y los romances españoles, venció, y quitó la vida a Roldán en combate singular en la famosa batalla de Roncesvalles: según ellos, toda la honra y prez del más valiente de los paladines de Carlo Magno pasó a laurear las sienes del guerrero castellano. De aquí el común estribillo de nuestros paisanos:

*Mala la visteis franceses
la caza de Roncesvalles,
don Carlos perdió la honra,
murieron los doce Pares, etcétera.*

“En otros romances se refiere el trágico fin de Roldán de la manera siguiente:

*Apercíbense los reyes
con las gentes de su estado,
halláronse en Roncesvalles
do muy recio han batallado,
mueren allí muchas gentes
franceses y castellanos.
Venció el rey don Alfonso
por el esfuerzo sobrado
de Bernardo su sobrino,
que era el más señalado.
Mató Bernardo por sí
a Roldán el esforzado,
y a otros muchos capitanes
de Francia muy estimados.*

“Con más estilo poético expresa lo mismo otro poeta anónimo en los siguientes versos:

*El gran sobrino de Alfonso
furioso busca al de Carlos;
hállale en sangre teñido,
y él viene en ella bañado.
Los más bravos corazones
que humano pecho ha encerrado
juntos a batalla vienen
con fuerza y ánimo osado.
Para verla se suspende
la del uno y otro campo,*

*entre la esperanza y miedo
los corazones temblando.
El ciclo que a Orlando espera,
fortuna que se ha camado,
dan y quitan la victoria
de un francés a un castellano.*

“He aquí la Edad Media: he aquí la poesía identificada con las sensaciones. He aquí al hombre de la sociedad naciente impulsado a la vez por el sentimiento religioso y por el instinto del valor. Diríjanse estas sensaciones a un centro de utilidad común y será el hombre de la civilización y de la cultura, pero sin renunciar a su tendencia física y moral por ser obra de la naturaleza”.

En fin: con estos párrafos tan *paladinescos* en la cabeza, los hispanos que veraneaban por el Lavedan del siglo XIX, pues sí que los había, pudieron decidirse a contratar a algún guía para que les condujese hasta el gran boquete del Marboré. No tardaría en erigirse como uno de los grandes reclamos turísticos de entonces.

2.16. El Parque Nacional..., ¿del Ara o del Arazas?

Alberto Martínez Embid, Blogs de Desnivel, 27 de febrero de 2018

Este año se conmemora el centenario del Parque Nacional aragonés. Su fecha exacta es difícil de precisar, dado que las efemérides relacionadas con su puesta en servicio arrancan en 1916, para ofrecer varias actuaciones importantes en 1917 y 1918..., con la guinda de la inauguración oficial del 14 de agosto de 1920. Imagino que los fastos discurrirán en torno al 16 de agosto del presente, cuando se cumplan los cien años del Real Decreto. En tanto llega esa zambra, nos podemos centrar en uno de los aspectos hidronímicos que más desapercibido ha pasado...

El segundo de los Parques Nacionales hispanos se conformó a partir de unas cortas 2.088 hectáreas, pertenecientes en exclusiva al municipio de Torla. Era el sector denominado por los ingenieros agrónomos como “Ordesa y el monte número ciento treinta y nueve”. Es decir: el curso del hoy río Arazas hasta Soaso y poco más. Sin embargo, el espacio protegido que abarcaba se llamó de forma oficial, durante sus primeros años de andadura, “Parque Nacional del valle de Ordesa o del río Ara”. ¿Un error imperdonable? Como siempre, la posible respuesta se encuentra oculta en los textos del pirineísmo.

Pues bien: en 1832 un natural de Torla llamado José de VÍU publicó un texto sobre el Pirineo donde, acaso, sus líneas más vibrantes se las dedicaba al valle de Ordesa. Muy lógico, tratándose de un nativo que, además, demostró ser una persona ilustrada y de gran sensibilidad. En repetidas ocasiones aludiría a las riberas que regaba ese *río Ara* (no, no me equivoco) cuyo nacedero situó en la cara sur del Cilindro y sureste del Monte Perdido, que de ese modo se formaba “en este aislado rincón, cerrado por altísimas montañas”. A VÍU le gustaban esos bosques “cerrados y espesísimos” de Ordesa por donde se paseaba tranquila nuestra corriente, excepto en los lugares en los que “por

todos los lados hay copiosísimas cascadas". Fue más explícito al llegar a la confluencia de ese río Ara que bajaba por Ordesa con el torrente del Cerbillonar, que era la aguada que llegaba del Vignemale. En efecto: parece que los montañeses denominaban antiguamente Ara al hoy río Arazas, y Cerbillonar al actual curso del Ara. Al menos nuestro cronista. Quien asimismo consideró que la corriente hija de las Tres Sorores era la principal, la que perpetuaba su hidrónimo hasta el desaguadero en el Cinca, y no la que bajaba desde el Vignemale. Resumiendo: al menos entre 1832 y 1918, la gente de la tierra pensaba que el río Ara se formaba en las faldas del Monte Perdido, luego tomaba los flujos del río Cerbillonar en el puente de los Navarros, y proseguía rumbo al Cinca...

Los toponimistas bien que podrían investigar cómo se produjo ese trueque que aún tenía vigencia hace justo cien años. Por dar respuestas convincentes para rellenar agujeros de la historia, que no para cambiar por la fuerza lo que está sobradamente asentado... Y podrían empezar con la revisión de ciertos textos de pirineístas tan puntillosos como Henry Russell: en 1866 este explorador hablaba del curso del Aras, refiriéndose al que cruzaba el valle de Ordesa...

¿Qué hubiera hecho frente a semejante coyuntura un buen geógrafo? Busquemos consejo del primo de Franz Schrader, el célebre Élisée Reclus. Desde sus *Nieves, ríos y lagos* (1867) así nos encaminaba hacia el terreno de la sensatez:

"El sabio que se ocupa de la tarea ingrata de buscar la rama mayor de un río ha de tener en cuenta elementos muy varios: masa de las aguas, longitud de la corriente, dirección general del valle, naturaleza geológica del suelo. Pero, sea cual fuere el resultado de sus investigaciones, ha de acabar por inclinarse ante la *onmipresente* tradición. Esta y no la ciencia es quien ha clasificado los ríos. Por circunstancias dependientes de la mitología, de las conquistas, de la colonización, de la agricultura, de la navegación o de los fenómenos naturales, se decidió la tradición, de un modo al parecer arbitrario, a dar a tal o cual corriente de agua la preponderancia sobre los demás ríos de la misma cuenca. Ya es demasiado tarde para transformar la nomenclatura hidrológica. Además, el cambio resultaría inútil, porque la naturaleza viva no se acomoda a esas clasificaciones rigurosas en las cuales quieren encerrarla los pedantes".

No solo de montes vive el pirineísta: también los cursos de agua que descienden con brío de las montañas hacia la *Tierra Llana* le interesan, bien que puedo dar fe.

2.17. Briet en Ordesa

Alberto Martínez Embid, Blogs de Desnivel, 25 de mayo de 2018

La revista *Grandes Espacios* está a punto de editar un especial sobre el Parque Nacional aragonés para festejar su centenario. En el interior aparecerá cierto artículo sobre uno de sus más fervientes precursores: Henri-César-Lucien Briet. Un parisino por cuya biografía proliferan datos no confirmados a través de documentos. Con varios mitos pintorescos circulando por ahí, como el de su

alistamiento en la Legión Extranjera francesa o la destrucción de su casa durante la I Guerra Mundial...

Quienes deseen conocer mejor al gran cronista del *Divino Cañón* harán bien en *hacerse* con el número de junio de *GE*. No en vano, entre sus páginas se airean unas cuantas novedades sobre el *Biopic Briet* que hace una docena de años rescató del olvido el investigador Silvio Trévisan. Entre tanto, se puede realizar un acercamiento al gran pirineísta sin desvelar el contenido de esta revista del *Grupo Desnivel*, apuntando a sus primeras aproximaciones hacia la vertiente sureña de las Tres Sorores...

En el verano de 1889 Luciet Briet ganaba la brecha de Rolando, emocionado por esos textos de Louis Ramond que leyó en el colegio durante su niñez. No fue el único encuentro de esta visita inaugural: desde el remate del Pimené, nuestro parisino vislumbró la silueta contundente del Monte Perdido perfilándose hacia el Sur. Poco tardó en dirigir sus pasos hacia esta montaña, que ascendió en el estío siguiente.

En 1891 regresaba a su "paraíso cárstico", recorriendo el valle del río Arazas y conociendo, por ende, a Henry Russell; por entonces, todo un mito viviente. A su regreso a la llanura, Briet impartiría una conferencia en Burdeos sobre el tema de "Tucarroya y Ramond de Carbonnières", iniciando de ese modo una intensa carrera como divulgador del Marboré. Su fascinación por estas elevaciones quedaba confirmada en su artículo "Autour du Mont-Perdu" (1902), del que tomaremos unos párrafos más que reveladores:

"¡Bajo cuántos aspectos variados he admirado los melancólicos esplendores del circo de Soaso! Lo he visto manifestando apenas señales de vida, como un espectro envuelto en lívido sudario. Lo he visto a través de millares de gotas de lluvia cristalina. Lo he visto rodeado de vapores movedizos, humeando cual un cráter de un volcán. Al igual que los grandes hemiciclos de la vertiente francesa, está tallado en plena montaña, en el mármol puro y soberano en que los Pirineos han querido eternizar su gloria. Faltan palabras para ensalzar el circo de Soaso cuando las nubes que le cubren solo dejan percibir la cúspide del Monte Perdido, cuando la Torre de Góriz se destaca aislada sobre el fondo blanquísimo de las nieblas. Mas su magnificencia es indescriptible a la luz del sol levante y al día siguiente de una tempestad, cuyos relámpagos fulminantes han limpiado el ambiente. Posee entonces el aire una transparencia que parece aproximar los objetos más lejanos. Se diría el cielo pintado de nuevo. Las nieves presentan una blancura incomparable y las rocas brillan cual si fueran de plata sobredorada. Todo armoniza en este mágico conjunto: las cascadas caen con aspecto diamantino, las fragosidades del terreno se difuminan, atrae una luz que no conocen los Alpes del Norte hasta el extremo de que creemos estar en otro mundo. Todo el Marboré, transportado e inmaterial se eleva como un hosanna de gratitud que la Naturaleza eleva a su Creador en medio de las pompas de la basílica terrestre".

Briet dedicó buena parte de sus veranos pirenaicos a ensalzar las maravillas del alto valle del Arazas. Primero, en el *Annuaire* del *Club Alpin Français*, y después en diversas revistas de excursionismo, naturaleza y espeleología. Tanto en Francia como en España, previa traducción de sus textos en este

último caso, el parisino nunca se cansaría de cantar al cañón de Ordesa o al Monte Perdido. De este último sirvió evidentes muestras de predilección sobre cualquier otra cúspide cuando lo descubrió desde la Faja de Pelay:

“Los estratos coordinaban perfectamente. Por encima del circo se veían declives de color gris, de lodo seco, formando la base de Monte Perdido y sus acólitos, destacándose del fondo del cielo azul, una belleza demasiado relevante para tener un pedestal tan humilde. Las Tres Sorores celebraban su propia apoteosis, y no era tan solo a ellas a las que debíamos rendir homenaje: el pico de la Fon Blanca formaba parte del grupo y acompañaba dignamente a la célebre trinidad del Marboré. Las nieves, que destruyen estas nobles elevaciones, acentuaban ciertos detalles geológicos que de otro modo pasarían inadvertidos. Con gallardía, el Monte Perdido afirmaba su preeminencia, su cúspide se dibujaba en trazos precisos y sus bajadas se acusaban hasta la base del Cilindro y hasta los bajos del Soum de Ramond”.

El Monte Perdido constituiría una tenaz referencia en los apasionados escritos de Briet, que pronto tendrían abundantes seguidores en España. Entre los meses de agosto y octubre de 1911, el galo afrontaba el estudio de la hidrología del entorno de las Sorores que no logró llevar a cabo el año anterior. Siguiendo los dictados de su pluma, se podría revitalizar cierto itinerario que había permanecido, hasta aquellas fechas, bastante eclipsado por los que partían de territorio norteño... Es natural: tan solo con el avance del siglo XX, el valle de Ordesa vería aumentar el número de montañeros que lo atravesaban de camino hacia el Monte Perdido, a despecho de la inexistencia de una carretera desde Torla. En cualquier caso, casi todos los neófitos notarían un nudo en la garganta ante la primera aparición del *Gigante Calcáreo*, seguido de la fastuosa antesala de las Gradas de Soaso, como sintió el propio pirineísta:

“Encaminemos ahora nuestros pasos al Monte Perdido, que nos aguarda allá por encima del hemiciclo de Soaso. Hay que andar y sacrificarse en un esfuerzo supremo, reanudando la ascensión interrumpida”.

Prosiguiendo una nueva ruta ofrecida a las oleadas de lo que los patriarcas del pirineísmo denominaron las “invasiones filisteas”, ahora a partir de las tierras de Aragón, Briet continuó animando a los turistas ibéricos desde las páginas de diversos textos, como su *Viaje por el Valle de Ordesa* (1911). Porque en ésta, su segunda visita al techo del macizo, llegaría hasta sus 3.355 metros por el sur. Olvidando el más de un siglo transcurrido, a tenor de su descripción, parece que el tiempo se ha detenido en las tumultuosas orillas del río Arazas:

“El sendero que escala la grada de Soaso lo efectúa en curva, y en algunas vueltas, sucediendo lo mismo en las inmediaciones de la cueva del Frachinal, cortan el paso troncos de pinos, con el fin de que los ganados no pasen de forma abusiva de unos pastos a otros. Se suben aún algunos escalones y los pies tropiezan en enormes bloques allí colocados a manera de piedras sepulcrales, cuyo final se desarrolla en el hemiciclo, término del valle, y coronado por dos cimas nevadas: el Monte Perdido y el Soum de Ramond.

“Al aparecer tan inesperadamente, el circo de Soaso parece saltar de una caja de sorpresas. Por encima de él y bastante retirado domina el Monte Perdido,

pico de aspecto cónico dividido en pisos, que son sus famosas *escalas*, que se diferencia completamente del Soum de Ramond, cuya silueta semeja la del tricornio de un gendarme, y delante del cual se encuentra la Torre de Góriz. La situación menos elevada de esta Torre no la priva de poder ser contemplada en toda su belleza, sobre todo cuando al amanecer su silueta se destaca en sombra bajo el Soum de Ramond iluminado por el sol. Brilla un fragmento del pico de Fon Blanca, mas desde el fondo de Soaso no llega el rayo visual a percibir el glaciar que se extiende entre las Dos Hermanas”.

Ante semejantes reseñas, no era extraño que el tránsito hacia el Monte Perdido desde el sur se afirmase. A la cuenta de Briet habría que anotar las progresivas riadas de excursionistas que surgirían desde Torla, por ese camino de Turieto donde se situara más adelante su efigie, hasta lo más alto de las majestuosas Sorores en piedra. Acompañaremos un poco más al *Cantor de Ordesa* en su periplo por el fondo de ese Cañón que visitara en los años 1891, 1904, 1908, 1909 y 1911... Casi siempre con la mirada fija en las alturas donde reinaba esa montaña que los desvelos de Ramond de Carbonnières hicieron famosa:

“En el fondo del anfiteatro de Soaso se superponen dos murallas y sobre ellas conos de escombros, sin que lleguen a percibirse más de dos cimas, ya que para alcanzar a ver las Tres Sorores precisa atravesar el río, subir por un talud y apoyarse en las trincheras de la brecha de Góriz. Entonces se descubre el Cilindro, a la izquierda y cortado a pico, del lado del collado del Monte Perdido. Este espectáculo resulta maravilloso a poco que una tempestad haya dejado huellas de rocío en el sublime trío, acentuando hasta sus menores relieves”.

Ya sabéis: este mes de junio la *tribu de los ordesianos* tiene una cita con el número 244 de *Grandes Espacios*...

2.18. La Edad de los Parques

Alberto Martínez Embid, Blogs de Desnivel, 5 de junio de 2018

Se concretan las nuevas conmemoraciones del centenario del Parque Nacional aragonés. Este *cumpleaños ordesiano* también se celebrará en Zaragoza, donde tendrán lugar unas conferencias que se iniciarán el 11 de junio en el Museo de Ciencias Naturales. Las abre ese lunes, como no podía ser mejor, Eduardo Martínez de Pisón. Me suena (vagamente) que la del miércoles 13 de junio abordará el tema de esos pioneros del pirineísmo que resultaron vitales en el descubrimiento turístico y promoción de la vega del Arazas... En fin; un par de entregas con cuatro datos cronológicos puede ayudar para que quienes acudan a los diversos actos programados se sitúen un poquillo.

La idea de acondicionar espacios donde se preservara el medio natural, muy parecidos a los actuales parques nacionales y naturales, se exportó desde el Nuevo Mundo. Aunque los norteamericanos del siglo XIX poseían un país enorme que se suponía inagotable, sintieron la necesidad de legar a sus hijos los paisajes más bellos y salvajes. En el año 1864 el Congreso de los Estados Unidos estableció un novedoso modelo de utilización de las tierras públicas cuando cedió el valle de Yosemite y el Mariposa Big Tree Grove al Estado de

California con el fin de que los conservase perpetuamente “para uso público y lugar de descanso y vacaciones”. Tal fue la génesis del Parque Estatal de Yosemite.

Otro suceso, acontecido seis años después, señalaría el auténtico nacimiento del Sistema de Parques Nacionales norteamericano. En el año 1870 cierto grupo de excursionistas partió a caballo desde Helena, en Montana, para visitar los parajes que irrigaba el río Yellowstone en Wyoming. En sus praderas se refugiaban las últimas manadas de bisontes, una especie de la que apenas se contaban sino quinientos ejemplares: los supervivientes de una cabaña que se estimó a comienzos del siglo XVIII en setenta y cinco millones de cabezas. En torno a la hoguera de la cena, estos amantes de la naturaleza discutieron sobre el futuro inmediato de aquellos territorios aún vírgenes. A un juez de Montana, Cornelius Hedges, se le ocurrió proponer que dicho entorno “se conservase intacto como Parque Nacional para beneficio y recreo de todos los hombres para siempre”. La idea fue llevada al Congreso, donde se aprobó la ley que instituyó el primer Parque Nacional del mundo: Yellowstone. El presidente Ulysses S. Grant firmó dicho decreto en 1872. Dos años más tarde iniciaba su andadura el pionero Parque Nacional de Yellowstone.

En realidad, la idea de salvaguardar las especies animales y vegetales mediante algo similar a un parque se había asentado en la Vieja Europa desde el primer tercio del siglo XIX. Así, en el Reino del Piamonte, luego Italia, existía ya en 1821 una reserva de cabras montesas donde se estableció el último reducto de este rumiante alpino. Un inspector forestal del valle de Aosta llamado De La Pierre Zumstein logró convencer a sus compatriotas para que se impidiera de este modo la extinción de la *Capra ilex ilex*. Paradójicamente la Casa de Saboya, de gran tradición cazadora, apoyó su propuesta. Mediante este procedimiento chocante fueron salvados *in extremis* los menguantes rebaños de cabras alpinas, protegidos por un auténtico ejército de guardabosques valdostanos..., para que estuvieran solo a disposición del fusil del monarca. En 1922 esta Reserva Real de Caza daría paso al Parque Nacional de Gran Paradiso. Como colofón *picante* de este apartado, decir que el apellido Zumstein brilla hoy sobre uno de los cuatromiles alpinos sin que los cultos montañeses italianos o suizos protesten por este recordatorio toponímico de sus benefactores de antaño.

Acudamos ya al escenario pirenaico... En contra de lo que se cree, la preocupación por la defensa de la naturaleza no fue solo un afán de los extranjeros que visitaban nuestra vertiente sur. Mucho antes de que Franz Schrader o Lucien Briet mostrasen su inquietud por los abusos que detectaban, el navarro Pascual Madoz emitiría un llamamiento, desde el ecuador del siglo XIX y en las páginas destinadas a “Huesca” de su *Diccionario*, en favor de que se cuidaran las escasas masas forestales de esta provincia esquilmada:

“El reino vegetal sería admirable, particularmente en los Pirineos, si la mano del hombre no hubiera sido tan destructora. Pero, exceptuándose las faldas de los puertos que presentan interminables y espesos bosques de pino y hayas que se remontan extraordinariamente con un grosor imponderable, apenas hay en los montes bajos sino algunos pinos, abetos, hayas, robles y carrascas, en

que nunca se ha hecho una limpia, y si alguna vez se trata de ejecutarla, es solo para su destrucción”.

Por lo demás, la historia de la creación de Ordesa, decana de las reservas del Pirineo, puede parecer un calco, en lo esencial, del pionero parque italiano. Aunque en este caso fue la *Capra pyrenaica pyrenaica* la involuntaria protagonista del drama: a comienzos del siglo XX la desaparición de nuestro bucardo, la subespecie autóctona de la cabra montesa, parecía un hecho consumado. Sus últimas manadas se escondían en las agrestes Proas de Ordesa. Según todo el mundo reconocía, con los días contados.

No era este el único lugar de nuestra Península donde se desarrollaba un desastre ecológico similar: en Gredos el número de especímenes de la *Capra pyrenaica victoriae* llegó a reducirse a un macho viejo y diez hembras, lo que motivó que otro rey escopetero, Alfonso XIII, declarase con presteza a la especie como protegida. Pero regresemos definitivamente al Pirineo...

Los rebaños de cabras sobrarbesas también contaron con sus abogados defensores. Lucien Briet, un asiduo visitante del Macizo Calcáreo desde 1889, se reveló como uno de los más activos portavoces de la indignación pirineísta ante las matanzas de buardos que provocaban las batidas. En 1909 lanzó a los cuatro vientos un célebre artículo donde proclamaba que “la hora suena, es necesario proteger Ordesa, arrancarla de los leñadores y de los cazadores”. Desde 1911 Briet propondría un remedio para conjurarlo:

“Si no existe en España una sociedad para la protección de los paisajes, puede suplir ese cometido la *Diputación Provincial de Huesca* y la *Real Sociedad Geográfica*, con personalidad bastante para interesar al Gobierno de Madrid a favor del valle de Ordesa. Si éste impusiera su voluntad, el *Divino Cañón* se transformaría en la Península en un Parque Nacional, portentoso reflejo del creado por los norteamericanos en las orillas del Yellowstone, un Parque Nacional donde florecerían las siemprevivas de montaña, donde se reproducirían sosegadamente los rebecos y las truchas y donde, por último, la venerable selva de los Pirineos sería respetada como una abuela”.

En tierras hispanas se reparó pronto en los desvelos del parisino por Ordesa. Briet había destacado ante los prohombres de cierta misión oficial del Gobierno Español (Guerne, Gonzalo y Reparaz) en 1906, durante una conferencia en París, por su deseo de que se conectara Gavarnie con Broto a través de un buen camino para carros, y Pau con Zaragoza mediante una línea de ferrocarril que cruzaría por todo el eje del Alto Ara... Los intelectuales hispanos reconocieron pronto sus méritos como propagandista turístico de las regiones más remotas del Sobrarbe. Así, Victoriano Rivera lo definía en 1920 como “un alpinista infatigable, sagaz observador, naturalista y geógrafo, excelente poeta y brillante escritor, amante de España y conocedor como nadie de sus naturales bellezas en el Pirineo, que ha descrito con minuciosidad este valle [de Ordesa] y ha cantado sus bellezas maravillosamente”.

Mas la fe de Lucien Briet en este país corría pareja con su escepticismo. Sabía de los grandes intereses creados en el valle de Broto en torno al aprovechamiento de sus maderas, caza y pesca, no siempre acordes con la salvaguarda del paisaje. No extraña que muchas de sus predicciones

resultaran bastante agoreras. En algún caso, sus vaticinios fallaron por solo tres años:

“Con toda seguridad, gracias al progreso, y para gran beneficio de los pobres campesinos que lo pueblan, llegará el día en que el Alto Aragón desempeñe un papel glorioso en el Teatro de la Naturaleza. Inevitablemente será algo que sucederá, algo que no me atrevería a poner en duda ni un solo instante. Pero, por desgracia, todo hace pensar que cuando llegue ese bien amado día, ya hará mucho tiempo que habrá desaparecido aquél que descubrió las gargantas del río Vero [Briet falleció en 1921]”.

Esta defensa de los valores naturales del valle del Arazas no se limitó a los bucardos. Asimismo llamó la atención del parisino la pérdida del arbolado de los bosques y la devastadora erosión de los suelos. Unos hechos, por otro lado, muy frecuentes en la vertiente gala... Desde sus primeros viajes a esta región recóndita del Sobrarbe, Briet no dejó de constatar la gran necesidad de una protección integral que evitase los estragos:

“Restos de antiguos talleres de sierra están señalados por las calvas en el monte. Es lamentable que este valle que debería ser respetado y atendido como un parque nacional, sirva de escenario a unos actos vandálicos que entristecen el ánimo. El hacha aragonesa emplea procedimientos extraños: no corta los árboles por la parte del tronco inmediata al suelo, los decapita un metro más arriba, dejando el tronco afeado por muñones medio podridos y de aspecto desagradable”.

Igualmente habría que destacar esa carta de nuestro gallo en favor del Parque, publicada en *El Porvenir* de Huesca un 5 de diciembre de 1915, con el aval de trescientas firmas. O alguno de esos párrafos de su libro sobre las *Bellezas del Alto Aragón* (1913), que tuvieron tanto que ver con el impulso final de sus afanes proteccionistas:

“Hay que convertir al *Cañón Incomparable* en un asilo escondido guardado cuidadosamente, accesible solo a sus visitantes, donde las flores, los árboles y los animales queden al abrigo de los caprichos y de las necesidades del hombre... Los soñadores acudirían de todas partes a solazarse en plena naturaleza salvaje en un abrigo cerrado por muros olímpicos, perfectamente conservados, el cual se aparecería a generaciones futuras como una reminiscencia de la edad dorada o del venturoso Jardín del Edén”.

No fue, ni mucho menos, Lucien Briet el único defensor del medio ambiente en el flanco meridional del Monte Perdido. Desde antiguo el Macizo Calcáreo inspiró en las mentes de algunos promotores turísticos toda clase de proyectos alucinados: sirva como ejemplo el insinuado en 1892 por Jules Leclercq al anunciar que “los que aman la naturaleza virgen y los valles salvajes deben apresurarse, pues no está lejos el día en que se ascienda al Pico del Midi [de Bigorre] e incluso al Monte Perdido en ferrocarril”. El pirineísta se refería a ciertos proyectos *de progreso*, como la construcción de un ferrocarril por todo el Cañón de Ordesa con túnel hasta Gavarnie estudiado en el año 1841... Muy posiblemente tales planes suscitaron que el cartógrafo Franz Schrader exclamase en 1901: “No dejemos que toquen las altas cimas. ¡Que sean sagradas, pertenecen a la Humanidad!”.

Ya que acaba de entrar en liza, sigamos con Schrader... Este gran ideólogo del pirineísmo abogó de forma resuelta para que se amparara la belleza de los alrededores del río Arazas. Así, cuando el cartógrafo bordelés visitó por última vez Ordesa en 1913, treinta y tres años después de su primera *tournee* de reconocimiento, no dejó de cantar sus maravillas:

“Bosques, rocas, praderas, torrentes, no han cambiado nada. Pero yo los encuentro más admirables que nunca. ¡Qué elevaciones rocosas hasta la mitad del cielo, sobre el azul del cual se recortan como bastiones dorados! ¿Cómo podría el cerebro conservar de esto el recuerdo intacto con su verdadera grandeza?”.

Sin embargo, nuestro galo no tenía demasiados motivos para felicitarse en cuanto a la conservación del entorno originario durante aquella treintena de veranos transcurridos. Y aunque Schrader constató que desde 1875 había aumentado algo la región boscosa en las regiones elevadas del Cañón de Ordesa, no tuvo el menor empacho en censurar el papel negativo de los humanos sobre las praderas y forestas de la región inferior:

“¿Ha bastado que los hombres vengan un poco más numerosos a admirar la Naturaleza virgen, para que inmediatamente la destrucción, los estragos, la ruina, penetren aquí con ellos? Nadie de los que hoy llegan a Ordesa puede siquiera imaginar el esplendor que ofrecía, entonces, su belleza virginal”.

Entre otros precursores del Parque aragonés habría que incluir igualmente al historiador Henri Beraldi, por cuenta de su ingreso en la lista de quienes denunciaron las destrucciones en nuestra cordillera. En 1901 este parisino se lamentaba del “pasado de los Pirineos, que no es sino una inmensa deforestación, de ramoneo del ganado, quema y roturación”.

Bien se ve: con unos apoyos tan importantes, todo parecía indicar que serían escuchados los mensajes en pro de la salvaguarda de Ordesa. Pero, claro, las cosas de palacio van despacio. Y en Aragón diez veces más.

2.19. El Santo Cristo con dos pistolas

Alberto Martínez Embid, Blogs de Desnivel, 12 de junio de 2018

La posibilidad de establecer un parque nacional en torno a Ordesa se fue asentando poco a poco con la segunda década del siglo XX. A consecuencia de los muchos clamores que se escucharon desde el mundo montañero, el Gobierno Español estudió, entre los años 1916 y 1917, la posibilidad de impulsar una reserva en el valle del Arazas. Para entonces ya se habían creado algunos espacios protegidos en Suecia (1909) o Rusia (1912). Quizás también influyera la puesta en marcha del primer parque nacional suizo, el de la Baja Engadina, en 1914.

Mas no todos los promotores de Ordesa iban a ser de procedencia foránea: el principal defensor del proyecto, el *padre* de los parques nacionales en España, fue Pedro Pidal, marqués de Villaviciosa de Asturias. Este personaje insólito, procedente del mundo cinegético, dejó un grato recuerdo en el pueblo de Torla, donde le llegaron a dedicar una de sus calles. Pediría públicamente por la creación de un parque en el Arazas desde el Congreso de París de 1909.

Apasionado valedor de los espacios protegidos, llevó sus ruegos al Senado, materializados en una Proposición de Ley a través de lo que fue calificado por su biógrafo Joaquín Fernández como un "retórico, vibrante y vehemente discurso". Su iniciativa fue atendida por el presidente del Gobierno, el conde de Romanones.

El primer paso para llevar a buen puerto esta empresa sería la aprobación, un 7 de diciembre de 1916, de la Ley de Parques Nacionales. En ella se contemplaba la necesidad de que se dedicaran "grandes extensiones de terreno a la higienización y solaz de la raza, en que puedan tonificarse, física y moralmente, los cansados y consumidos por la ímproba tarea y por respirar de continuo el aire viciado de las poblaciones". A su vez, el 23 de febrero de 1917 se constituía la Junta encargada de cuanto iba a concernir a los incipientes espacios protegidos, la cual daría origen al primer parque nacional pirenaico. Pedro Pidal, entonces senador por designación del Rey, trató de darle un último empuje cuando afirmó en el mes de septiembre de 1917:

"Ordesa tiene el sello de la virginidad, realizada con la presencia de los bucardos y las dificultades económicas para llevar a cabo algunas obras necesarias en el futuro parque que se agravan por enclavarse en terrenos próximos a la zona de frontera de defensa militar".

El Real Decreto de su creación se firmó en el Palacio de la Magdalena de Santander, lugar de veraneo de un monarca intensamente cazador como Alfonso XIII, el 16 de agosto de 1918. El periodista Tico Medina referiría que la iniciativa fue, "según orden y mandato, firmada y rubricada y todas las de la ley, por el mismísimo Antonio Maura, que en gloria de Dios esté". El parque nacional oscense seguiría al de Covadonga con solo veinticinco días de retraso. Inicialmente se denominó como *del valle de Ordesa o del río Ara*. En su etapa inicial sus terrenos constaban de apenas 2.088 hectáreas, limitadas al municipio de Torla: el recinto entero quedaba encerrado entre las escarpas que ceñían el curso del río Arazas hasta las Gradas de Soaso, conocido por los forestales como el sector de *Ordesa* y el *Monte número ciento treinta y nueve*. Así se fijaron las demarcaciones:

"Al norte, todo lo largo de la cúspide de las murallas que asoman al valle de Ordesa, desde Mondarruego a la cascada de las Gradas de Soaso. Al este, la cascada de las Gradas de Soaso. Al sur, desde esta cascada hasta la cumbre de las murallas, siguiendo ésta por encima de la Faja de Pelay, hasta dar vista a Torla. Por el oeste, desde donde empieza la Faja de Pelay, mirando a Torla, al puente de los Navarros, Sopeliana, San Guino y Mondarruego".

El Monte Perdido y sus inmediaciones, Pineta, Escuaín y Añisclo quedaban excluidos de la protección estatal. Por el momento. En la reglamentación del Parque, aprobada de modo unánime por el Ayuntamiento de Torla y hecha pública con fecha 26 de septiembre de 1918, se reconocía de forma clara su finalidad:

"Lugar modelo de respeto a los árboles, a los animales y al paisaje, queda entregado, ante todo y por encima de todo, a la cultura del pueblo español, de los nacionales, que son los primeros interesados en que perdure la belleza de lugares tan pintorescos".

Pero este Decreto no llegaba solo, sino en compañía de una serie de servicios igualmente importantes. Desde la *Revista Ilustrada de Alpinismo Peñalara* del mes de noviembre de 1918, un anónimo redactor lo explicaba:

"Mucho nos complace la creación de estos dos espléndidos Parques [*de la Montaña de Covadonga o de Peña Santa y del Valle de Ordesa o del río Ara*, según la *Gaceta* del 18 de agosto de 1918] y esperamos con interés la aparición del reglamento que se anuncia.

"Por lo que se refiere especialmente al valle de Ordesa, tenemos también que dar otra noticia, comunicada por la Comisaría Regia de Turismo, que ejerce, con singular competencia, como es sabido, el excelentísimo marqués de Vega-Inclán.

"Cuando las Cortes aprobaron la ley de Parques Nacionales incluyeron, para que como tal fuese declarado, el valle de Ordesa, situado en el Pirineo aragonés. La Comisaría Regia del Turismo, que desde hace tiempo se había preocupado de facilitar el conocimiento de tan hermoso valle, siguió sus gestiones, encaminadas, primero, a proporcionar alojamiento a los turistas, y después, cómodo acceso hasta aquel sitio, ha recibido con satisfacción la noticia de haberse establecido un servicio de automóviles desde Boltaña a Broto, con lo cual los que deseen contemplar las bellezas que la Naturaleza ha prodigado en ese rincón del Pirineo podrán fácilmente, y sin grandes molestias, proporcionarse esa grata satisfacción.

"La Comisaría Regia del Turismo, al hacer público el establecimiento de ese servicio de automóviles desde Boltaña a Broto, responde a las muchas demandas recibidas preguntando cómo se podía visitar el *Parque Nacional del Valle de Ordesa*".

El espacio torlense fue inaugurado de forma oficial un 14 de agosto de 1920. Y de un modo muy significativo: el Comisario de Parques Nacionales, Pedro Pidal, junto con otras autoridades regionales, realizó una plantación de árboles. Además, su flamante responsable pidió ser retratado de una manera tan jocosa como peculiar: "Así como Don Quijote hacía volatines por su Dulcinea a la que tanto amaba, yo los hago por el valle de Ordesa al que tanto quiero". El marqués de Villaviciosa de Asturias se consoló por la decepción que supuso que no asistiese Alfonso XIII, admirando "un paisaje como el del Ordesa, que impresiona a todos y donde, por oscuras que sean sus aguas, siempre reflejan el cielo". O la ausencia de Lucien Briet, otro *padrino* de Ordesa que tampoco estuvo presente, se cree que por causa de alguna enfermedad. Al menos flotaban en el aire las palabras del parisino: "Muchos de los extranjeros que por aquí llegaron y traían en su pupila la propia imagen del mismo Cañón del Colorado, se quedaron extasiados ante esta maravilla".

Tal fue la génesis del Parque. Sin embargo, no todo iba a ser paz y concordia en el llamado *Edén del Pirineo*. Durante sus añadas iniciales, el marqués de Villaviciosa de Asturias tuvo que insistir lo suyo para imponer alguna medida con la que lograr sus objetivos prioritarios: la recuperación de sarríos y bucardos, junto con el cumplimiento de las promesas compensatorias del Estado al valle de Broto. Se vería obligado a intervenir en defensa del naciente espacio en muy diversas ocasiones (1921, 1926 y 1932) para impedir las obras

hidráulicas en el río Arazas. Resulta sobradamente conocido el texto de la dura misiva que Pedro Pidal envió el 7 de junio de 1921 al responsable de estos proyectos en ciernes:

“Un Santo Cristo con un par de pistolas, señor Ministro de Fomento, hace mayor maridaje que un Parque Nacional con un salto de agua aprovechado. La consagración de la virginidad de la Naturaleza, la hermosura y vida de las cascadas en un lugar determinado, es la condenación de presas, canales, casas de máquinas, etcétera, que la destruyen. O lo uno o lo otro. Si hay aprovechamiento, profanación, no hay virginidad consagrada, santuario. Y si la política en España, por debilidad o falta de carácter, no acertase a mantener la tradición española de supeditar los lucros, los aprovechamientos *sanchopancescos* a las consideraciones ideales, pues ya se cuidará la Junta Central de Parques Nacionales y el Comisario General que suscribe de recabar del señor Ministro de Fomento la desaparición del *Parque Nacional del Valle de Ordesa o de Arazas*. Todo menos ponernos en ridículo”.

Un testimonio más de las convulsiones de estos primeros años de andadura del parque fueron las lógicas reclamaciones que plantearon diversas voces en el valle como la “construcción de la carretera de Biescas a Broto, la mejora de las comunicaciones con Francia, el deslinde y amojonamiento del Parque con las debidas compensaciones a los vecinos afectados y la expropiación de los saltos hidráulicos en el río Ordesa”.

Fruto de las tensiones ante las excusas y retrasos del Estado fue la tala indiscriminada de árboles que realizaron manos misteriosas cerca de la cascada de la Cueva en el otoño de 1927. Un artículo del periodista Cacho y Viu ampliaba tan lamentable noticia:

“Al declarar Parque Nacional al valle de Ordesa, para compensar al pueblo de Torla de la pérdida de maderas y pastos, le prometieron hacer la carretera que facilitará el acceso de turistas al valle y, por tanto será una fuente de ingresos para el pueblo; la falta de cumplimiento de la promesa disgustó a Torla, y tres o cuatro de los vecinos más exaltados, para dar la *campanada*, cortaron las más hermosas hayas en sitio donde ni siquiera pueden arrastrarse, dejando que se estropeen”.

La vía de la discordia, el nuevo camino de herradura de entrada a la Pradera de Ordesa por la llamada *Senda de los Franceses*, se concluyó a comienzos de los años treinta, aunque aún tardaría algún tiempo en ser carretera... Por aquel entonces, la mejor vereda que la unía con Torla discurría por la orilla izquierda del Ara y luego la del Arazas: el sendero del Turieto Bajo. En el año 1930 los conflictos aún permanecían latentes en un Sobrarbe cada vez más despoblado y deprimido. De este modo se entiende la publicación de una lista de peticiones referidas al Parque, firmada conjuntamente por dos activas sociedades sin ánimo de lucro asentadas en Zaragoza:

“No todo lo debemos esperar de solo la acción oficial.

“El *Sindicato de Iniciativa y Propaganda de Aragón y Montañeros de Aragón* están y estarán siempre en su puesto.

“Mientras llega la acción oficial, todos debemos trabajar bien y sin cesar en lo tocante a Ordesa.

"La naturaleza no entiende de exclusivismos ni de caprichosas divisiones creadas artificialmente.

"Broto y Torla tienen obligaciones especiales, aun antes de que les den hechas las cosas que tienen derecho a esperar y aún exigir.

"Urge la carretera Biescas-Cotefablo-Broto-Puente de los Navarros.

"Es urgente el teléfono hasta Broto y Torla.

"No se debe consentir ni la industrialización ni nuevas profanaciones en Ordesa.

"Sea Ordesa el asilo escondido, guardado cuidadosamente, accesible solo a sus visitantes, donde las flores, los árboles y los animales queden al abrigo de los caprichos y de las necesidades del hombre".

Es, pues, en este marco donde debemos situar las anónimas exhortaciones realizadas desde la revista *Aragón* de junio de 1930. En ella se podían leer tempranos llamamientos en favor de la defensa del medio ambiente bajo el significativo título de "Amemos y defendamos el incomparable Pirineo". Atentos a sus ruegos:

"Cuidemos y amemos nuestro Pirineo. Esa es la obligación de todos. Sacro deber que impone a todos, a individuos y a colectividades, a entidades y municipios, normas interesantes de acción, de vigilancia, de protección, de acogida, de respeto, de buen nombre.

"No nos basta con darnos importancia alardeando de las bellezas del Pirineo. Traicionamos al Pirineo y a Aragón no solo cuando huimos de la sombra de sus montañas, sino también, cuando las herimos y maltratamos injustamente. Traicionamos al Pirineo si hablamos mucho de sus bellezas, si queremos entrecruzar la Naturaleza con normas administrativas del siglo XIX, y no acudimos a las iniciativas y actuaciones que han de valorizar y defender grandemente al Pirineo.

"Amemos todos el Pirineo. Todos podemos hacer mucho en él y por él, en definitiva para nosotros. Defendamos el Pirineo".

La naciente República trató de enmendar lo que en Ordesa se torcía. Así, el 7 de junio de 1931 disolvía la antigua Junta de Parques para crear una Comisaría de Parques Nacionales más ágil y operativa. Su misión seguía siendo la de "salvaguardar la íntegra conservación de la belleza natural de los paisajes, de su flora, etcétera, y facilitar el acceso a los lugares declarados de interés, mediante vías de comunicación". En su presidencia se colocó al prestigioso Pedro Pidal, asesorado por unos vocales de la eminencia de Ramón Menéndez Pidal, Vicente Castañeda, Eduardo Hernández-Pacheco...

Poco a poco, el turismo nacional se fue interesando por este espacio protegido: en agosto de 1933 se contabilizaba la "considerable" cifra de mil ochocientos visitantes en el *Divino Cañón*. Sin embargo, en 1935 Arnaldo de España seguía considerando como "deficientes" cualquiera de los accesos hasta el Parque. Por aquellas fechas todavía se trabajaba a ráfagas en la carretera que uniría Broto con la Pradera de Ordesa, cruzando Torla mediante un túnel bajo su iglesia parroquial. En conflicto de 1936-1939 aplazó cualquier plan de mejora para Ordesa..., salvo la ruta del Cotefablo, debido a su interés bélico.

Dejaremos aquí la epopeya del primitivo *Parque Nacional del valle de Ordesa o del río Ara*. No sin recordar cierta conferencia sobre sus pioneros que hay programada para mañana, miércoles 13 de junio, en el Museo de Ciencias Naturales del Paraninfo de la Universidad de Zaragoza...

2.20. El inventor del paisaje pirenaico

Alberto Martínez Embid, Blogs de Desnivel, 21 de junio de 2018

En el año que se festeja el centenario del Parque Nacional de Ordesa se va a hablar mucho de Louis Ramond. Un alsaciano que fue declarado *padre del pirineísmo*, el propagandista temprano del valle del Arazas. No se citará tanto a quien hubiese podido ocupar dicha plaza y que, por los avatares de su peligrosa vida política, terminó descolgándose de la *carrera* por el Monte Perdido. Me estoy refiriendo a Henri-Irénéé Reboul (1763-1839), a quien su reciente biógrafo, Jean-Paul Grao, le destinó muy justificadamente el título de "inventor del paisaje pirenaico".

Antes de entrar en materia, abriremos boca con una cita del botánico Jacques Bernardin de Saint-Pierre para ilustrar el espíritu que flotaba en los ambientes ilustrados franceses de 1773 ante el interés que comenzaban a despertar los *techos* de nuestro Continente:

"El arte de volver a la naturaleza es tan novedoso que incluso los términos que se precisan no han sido aún inventados. Tratar de realizar la descripción de una montaña es la manera de hacerla que se reconozca: cuando se haya hablado de la base, de los flancos y de su cima, se tendrá ya todo. Pero, ¡cuántas variedades habrá en esas formas abombadas, redondeadas, alargadas, aplanadas, excavadas, etcétera, de las que no se hallarán sino ambigüedades!".

Regresemos ya a la crónica pirineísta... El joven abogado Henri Reboul sintió pronto que su vocación quedaba más bien por el mundo de las Ciencias, lo que le indujo a estudiar primero Química y después Geología. Pero su formación en Letras era potente, pues había cursado oratoria y llegó a dominar cinco lenguas; entre ellas, el español. Por haber nacido en Pézenas se manejaba bien con el occitano, un idioma que le ayudaría en sus periplos en los territorios de las *fablas* aragonesas y bigordanas.

Puede decirse que la estancia de nuestro provenzal en París como alumno-becario de Antoine de Lavoisier, allá por 1785, terminó empujándole hacia las montañas del sur. En la capital francesa Henri Reboul adaptó un aparato de su invención, el eudiómetro, que medía las capas de aire en las zonas elevadas, y que utilizaría para confeccionar tablas con las que *estimar* las cotas de las cumbres sin necesidad de hollarlas. Además, en la biblioteca de su anfitrión leyó el célebre texto de los *Voyages* de Horace-Bénédict de Saussure de 1779, del que extrajo la idea de que solo el estudio de las montañas podía ayudar a comprender la *Teoría del Globo*; es decir: los grandes misterios de la formación de la Tierra. El idealista joven concluyó que a través de la Ciencia era factible combatir el oscurantismo religioso que había imperado hasta entonces. Por lo demás, en los salones de los Lavoisier logró conocer al propio

De Saussure, junto a otros eruditos interesados por las cimas pirenaicas como D'Arcet o Monge.

Muy influido por las *saussurianas* ideas del *Viaje a los Alpes*, Henri Reboul decidió acudir a los Pirineos junto a su amigo Casimir Puymaurin, quien estaba emparentado con el obispo de Oloron, en cuya casa se alojaron. Tras haber escuchado el proyecto del *padre del alpinismo* de medir Mont-Blanc, ellos deseaban tentar algo parecido en la cadena franco-española. Comenzaron sus campañas en el estío de 1786. En realidad, tal fue el año en el que arrancó la exploración de esta cordillera.

Las operaciones barométricas permitieron sacar a Reboul una ventaja de casi dos estíos a Ramond, centrados en la entonces supuesta cúspide del Pirineo: el Midi de Bigorre. En 1788 nuestro provenzal se hallaba estudiando el valle del Gave de Pau y la región de Gavarnie, el terreno que hoy nos interesa...

Un poco antes que Henri Reboul, había comparecido por el *Pays Toy Bernard Palassou*. Un geólogo reputado que nos dejó cierta descripción del circo de Gavarnie y de su cinturón amurallado donde denotaba actitudes poco dispuestas a cobrar cota para obtener esos datos que la Ciencia de la Ilustración reclamaba:

"No se puede considerar sino con esfuerzo el horrible e imponente espectáculo de las torres de Marboré [el Casco y la Torre], situadas en las fuentes del Gave, que parecen presentar a la imaginación, incluso a la más tibia, la morada sagrada del dios que vierte las aguas saludables de este río".

A partir de este punto nos ceñiremos a un texto de Henri Reboul al que acaba de dar difusión Jean-Paul Grao. Se trata de esa "Description de la vallée de Gave Béarnais dans les Pyrénées" que redactara para los *Annales de la Chimie* de 1792, que era el extracto de cierta "Memoria" de la *Académie Royale des Sciences* de 1788. Es decir: lo redactó un año antes de que Louis Ramond publicara el libro de sus *Observations*. En dicho trabajo, Reboul demostraba ser un adelantado del pirineísmo, puesto que manejaba una terminología hasta entonces desconocida, hablando de "monumentos naturales" y de "amor de las montañas". Toda una declaración de intenciones de quien hubiese tenido que erigirse como el ideólogo de nuestro deporte primigenio. Trocearemos su aproximación hacia el Monte Perdido desde el norte en varios cuadros...

Así, su descripción de las cimas del circo de Gavarnie permitiría diferenciar a alguna de ellas (posiblemente, el Monte Perdido, el Cilindro y las Torres del Marboré) del hasta entonces indeterminado conjunto rocoso:

"Se perciben desde lejos las grandes cumbres y los elevados campos de nieve y de hielo desde donde las aguas se precipitan. Enseguida se reconoce que no forman sino una montaña o, más bien, una masa enorme por su altura y volumen, compuesta de una misma materia que, emplazada sobre una base desde la que no deja de subir en el espacio de diez leguas, se alza de pronto hasta las setecientas o las ochocientas toesas [1 toesa son 1'94 metros], y que domina de lejos todas las montañas que lo rodean. Las diferentes cimas con las que está coronado [el circo] se presentan bajo mil formas extrañas: van desde pirámides irregulares y grandes cilindros, o bien conos truncados cerca de su base que se parecen bastante a torres desmoronadas. Las crestas que se

forman a través de la prolongación de esas cimas son tanto murallas inaccesibles bordeadas por un largo amontonamiento de ruinas como por un ancho foso de nieve helado a veces, interrumpidas por brechas profundas. No se pueden percibir todos esos objetos desde el fondo del valle: es preciso elevarse sobre algún resalte cercano, como la cima del Bergons o la del Pimené, para distinguir todas las porciones de este vasto decorado”.

Siguiendo las indicaciones de Reboul, nada como situarnos sobre el Pimené, cumbre que de este modo conocía al primer ascensionista foráneo del que por ahora se tiene constancia:

“A las fuentes del Gave [de Pau], que ocupan la parte central, se penetra por un corte poco profundo en una pradera en forma de óvalo bastante regular bordeado al este y al oeste por alturas con abetos y hayas, y al sur por amasijos de rocas rodadas y por las cimas que acabo de describir [...].

“Majestuoso recinto, un anfiteatro no tanto destacable por la vasta extensión de su circo como por la altura prodigiosa de sus muros, por todas partes bordeados por salientes, hendiduras profundas, erizadas de rocas cuya ruina parece cercana, coronado hacia el sur por dos cimas cilíndricas [¿el Casco y la Torre de Marboré?], recubiertas por una espesa capa de nieve endurecida, cuyas formas las hace llamar torres de mármol [...].

“Uno de los torrentes del costado este, cuyo volumen sobrepasa al de todos los demás juntos, se precipita desde lo alto del roquedo, que se abalanza en saliente y cae con un ruido horrible a más de mil doscientos pies de profundidad. Sus aguas, divididas en el aire, quedan reducidas a polvo, formando en torno a la cascada una bruma suspendida que se despliega ante los ojos del espectador con todo su volumen y velocidad de caída [...].

“Los habitantes de la región [de Gavarnie] han aprendido por ellos mismos a distinguir estos monumentos naturales [del Circo]: han visto su estructura similar a la de un vaso ensanchado y recortado en sus paredes por una o varias entalladuras profundas, y lo han designado con la palabra *oule*, que deriva del nombre latino *olla*, y que para ellos designa a una marmita. Es una comparación tan justa como poco noble, aunque bien digna de estos observadores fríos, si bien exactos, igualmente desprovistos de prevenciones o de entusiasmo”.

Sin embargo, el comentario más interesante de Henri Reboul se materializaba cuando refería en 1788 sus tanteos a, muy probablemente, el Monte Perdido. Es decir: veinticuatro años antes de que visitara su cima Louis Ramond. Por desgracia, el sabio de Pézenas no dio apenas detalles sobre lo que hubiese podido cambiar, de salir adelante, el curso de la crónica pirineísta:

“No abordaré aquí la descripción detallada de la montaña del Marboré desde donde caen las cascadas. He intentado varias veces en vano el llegar a sus cimas, y cuando abandonaba estas montañas siempre me llevaba el deseo y la esperanza de colmar algún día esta tarea tan penosa como instructiva. Aquí está verdaderamente el Mont-Blanc de los Pirineos: sus laderas se abren por todos sus flancos en inmensos barrancos y valles profundos, y sus cimas sobrepasan en altitud a todas las demás de la cadena [dato erróneo que sostuvo hasta 1817]”.

Nos despediremos de Reboul con otras observaciones desde esas alturas a las que tan aficionado era. No olvidemos que este abogado se cobró (al modo pedestre) en el siglo XVIII un par de tresmiles como el Turon de Néouvielle y el Quayrat. En 1788 estudiaba las posibilidades (iequestres!) del remate del Bergons:

“Esta cima poco visitada por los curiosos es sin embargo la más próxima de las poblaciones más frecuentadas, la más fácil de alcanzar sin descender del caballo y, osaría decir, la que su espectáculo ofrece los objetos más pintorescos, los contrastes más llamativos, las formas extraordinarias”.

No hay duda de que nuestro provenzal supo poner más corazón que nadie en sus tandas de recorridos por la alta montaña durante el *Siglo de las Luces*. Sus no muy difundidos escritos están salpicados de citas en las que proclama el “afecto que le unía al estudio de los Pirineos”. En su correspondencia reconoció que “no se podía amar a medias a los Pirineos”, y que “sentía siempre la misma avidez ante los hechos y las nociones que querían hacérmelos conocer mejor”. Nuestro explorador destacó igualmente por su interés en contactar con guías locales antes de emprender los viajes por la cordillera: en 1787 anticipó a su llegada al *Pays Toy* a cierto pastor-guía, que “fue informado de su llegada” con anticipación.

Alguno de sus colegas, como Léon Dufour, describiría a Henri Reboul como “de talla media, delgado, ágil y fuerte, amabilidad sorprendente, conversación amena e instructiva, espíritu vivo”. El referido entomólogo tampoco se privó de proclamar la importancia de este “sabio Reboul, el mismo que, antes incluso del viaje de Ramond a los Pirineos, había medido las principales alturas”. Asimismo añadiría que, junto al alsaciano, “resultó conocido y apreciado tanto en mitad de las masas colosales de los Pirineos, como en el apacible teatro de la más grave naturaleza”. Bueno, y en otros lugares, supuestamente más *civilizados*...

Porque a nuestro temprano pirineísta se le recuerda hoy por sus vehementes discursos de 1792, cuando era miembro de la Asamblea Nacional Legislativa francesa, con los que evitó que se destruyeran las obras de arte del palacio de las Tullerías. El abogado de Pézenas se jugó la vida para que los cuadros y estatuas que pertenecieron a los Borbones quedaran preservados de cualquier intento de saqueo en el palacio del Louvre. Eso es: en Francia se considera a Reboul como uno de los *padres* del futuro museo del Louvre. Algo es algo.

2.21. Las Tres Sorores de Mallada

Alberto Martínez Embid, Blogs de Desnivel, 26 de junio de 2018

El asunto daría risa si no hubiera una imposición gubernativa de por medio: tanto quejarse de que los *pérfidos gabachos* nos endosaron “sus nombres” en los tresmiles pirenaicos a los pobres, pobrecitos aragoneses, y va, llega un nativo de Huesca con su propia recolecta de 1878..., e igualmente lo relegan. Al menos, esos topónimos que no gustan para sus fines partidistas.

En efecto: cierto erudito nacido en la ciudad de Huesca se interesó por el entorno del futuro *Parque Nacional de Ordesa y Monte Perdido* durante el

último tercio del siglo XIX: Lucas Mallada y Pueyo (1841-1921). Un ingeniero que trabajó con gran empeño, desde el año 1870, en la *Comisión del Mapa Geológico de España*, para lo cual realizó varias campañas por el Pirineo en 1871, 1873, 1875 y 1877. Se supone que dedicó dos estancias al llamado Macizo Calcáreo con vistas a la tirada de su *Descripción física y geológica de la provincia de Huesca* (1878).

En este sector de la cordillera Mallada pudo observar, no sin sorpresa, la pasión existente por ascender al Monte Perdido por parte de los turistas del Norte. Absorto en sus cortes geológicos y en la recogida de fósiles, nuestro ingeniero de minas ignoró todos aquellos grupos *extravagantes* que llegaban desde Francia, para concentrarse solamente en sus tareas. De este modo pudo servir una interesante descripción física (de paso que un notable estudio toponímico) del macizo al que denominó, como se hacía en Aragón desde tiempos inmemoriales, aludiendo a Tres Sorores legendarias...

Es de suponer que, para realizar tales trabajos, este investigador autóctono tuvo que rondar alguna de las vertientes de las referidas *Hermanas*, acercándose a su remate cuanto pudo. Por desgracia, el oscense fue muy parco y no aclaró en ningún momento qué montañas ascendió, asunto este que debía de juzgar del todo banal. Al menos existen indicios de que sí ganó los 3.355 metros de la cúspide del Marboré. Con bastante probabilidad, utilizando los accesos desde el valle de Vió.

Sea como sea, los tanteos del discreto Mallada por las regiones remotas de estas montañas marmóreas permiten catalogarlo entre los grandes exploradores del macizo. Sin saber del todo si sus reseñas fueron redactadas a partir de lo que los lugareños le contaban o recogidas por él mismo sobre el terreno, hay que reconocer la enorme valía del texto que publicara en 1878. El primer hispano que se interesó por el detalle de la región del Monte Perdido debió de quedar fascinado por su sorprendente orografía kárstica. Veamos ya su magnífica descripción física del *Valle de Broto*, atentos siempre a la toponimia recolectada:

"[...] De aquí tuerce la frontera al este volviendo al corto trecho bruscamente al sur por la Pazosa hasta encontrar el puerto de Torla o de Gavarnía [Gavarnie, desde luego], sobre el que se alza casi a plomo y en colosal altura el Tallon [no habló de ninguna punta Negra], extremo occidental y amplio comienzo del alargado grupo de las Tres Sorores. Ajustándose a la dirección de estas pasa al norte de ellas la separación del valle de Broto con el de Gavarnía, más franqueable que el anterior por dicho puerto, al que afluyen otros vallejitos de acceso mucho más difícil por el lado de Bielsa.

"Tales y tan disformes cortaduras rodean el macizo de las Tres Sorores; de tal modo se rasgaron las montañas al noreste del valle de Broto y por los inmediatos; tan colosales y gigantescos circos, abismos, precipicios y hondonadas quiebran la continuidad de las sierras transversales y diagonales derivadas de aquel grupo, que para explicar la separación entre este y el de Vió, es casi imposible entenderse sin un plano detallado a la vista. Una línea de máxima pendiente que bajara de la punta central de las Tres Sorores, separaría sus aguas hasta el Morron de Arrablo [o Torre de Góriz], de aquí,

continuando al sur a la Sierra Custodia, el límite gira al oeste, por las praderas de Cuello Gordo, para tomar en seguida el mismo borde del inmenso tajo de Ordesa hasta las faldas de la Acuta, y rodeando el barranco de la Caña vuelve al sureste al Castillon de Fanlo, cuyo término municipal penetra en el valle de Broto, en el arranque del Jalle [...].

"Vidal y Reboul fijaron en 1786 la situación y la altura de las Tres Sorores (*Mont-Perdu*), hasta entonces confusamente designadas en Francia; y poco después Ramond hizo un estudio de este grupo, publicando una obra (*Voyages au Mont-Perdu et dans la partie adjacente des Hautes Pyrénées*, París, 1801) con datos y detalles botánicos, orográficos y geológicos muy interesantes, aunque envueltos en digresiones literarias más entretenidas que rigurosamente científicas. No pasa año en nuestros días sin que se realicen numerosas ascensiones, la mayor parte de las cuales se hacen por mera curiosidad, o por vanidad pueril; pero algunas son provechosas a las ciencias cuyo fundamento es la observación del gran libro de la Naturaleza: entre las personas que con afán las exploraron y exploran útilmente para el público citaremos al infatigable conde Russell Killough, autor de *Les Grandes ascensions des Pyrénées d'une mer à l'autre*, al señor C. Packe, a quien se debe *A guide to the Pyrenees*, al señor Schrader, que acaba de publicar un mapa detallado del grupo, y al señor Wallon, autor de una Carta-Guía de los Pirineos [¡alguien que respeta a los pirineístas foráneos!].

"Siempre que los hemos recorrido hemos encontrado curiosos que para recorrerlos emprenden sus correrías partiendo de Gavarnía; y para subir a la cima, ya dan la vuelta por el puerto de Torla [o de Bujaruelo, o de Gavarnie], ya cruzan por la Breca [la Brecha, la de Rolando] o acometen el formidable coloso por sus vertientes orientales sobre la Pineta [nada habló del Balle Berde], entre los valles de Estaubé y Bielsa. Por este lado emprendió Ramond sus dos ascensiones [al corredor de Tucarroya]; y en verdad, a no subir a gatas por el circo de Gavarnía, con muy probable riesgo de perder la vida, no puede aconsejarse peor camino.

"Como si fueran mojonos tallados en la roca para separar dos naciones de gigantes, siguiendo una línea de oeste-noroeste a este-sureste, se alzan desde el Tallon las recortadas cumbres con que el macizo de las Tres Sorores remata sobre el circo y puerto de Gavarnía. Elévase el Tallon casi inaccesible, ostentando un helero que a los rayos del sol se matiza con los colores del iris, y desde Bernatuara y la Pazosa, parece una masa de cristal cuajado, llena de surcos como si la hubieran moldeado sobre la montaña. Sobre el Tallon está el Puntón de la Breca, cortadura de altas paredes al este, dominada al oeste por un torreón [¿el Dedo de la Falsa Brecha?] con la apariencia de un moto puesto de intento; álzase otra cumbre, aplanada en su cima [tampoco menciona lo de Picalayuala], y en la caída opuesta se halla la Breca de Roldan. Este es un portillo abierto en la roca por la propia naturaleza, enteramente a pico en más de quinientos metros de longitud, penoso atajo para las Tres Sorores, y los valles de Vió y Puértolas desde Gavarnía; pero cercado en Francia y en España de precipicios y pedreras, manchas de nieve y heleros, no en todo tiempo accesibles y siempre de ruda y hasta peligrosa marcha. Limita a Oriente la

Breca el pico que se llama por los franceses *Le Casque de Roland* [compatibilizaba sin problemas los términos Roldán/Roland], y en el país Corral Ciego; y no sabemos cuál de esos dos nombres está mejor empleado [algún toponimista torcerá aquí el gesto], pues el pico visto por el sur tiene analogía con el sombrero calañés de copa alargada. Sigue a él una sección a modo de terrado, con grandes llanuras en lo alto, donde, según expresión de Russell, pudieran correrse caballos [el pico de Marboré; al parecer, sin nombre local]; y al este de ella se levantan la Torre [un despiste, sin duda] y el Cilindro de Marboré, que mirando por el lado de España es convexo a poniente y algo cóncavo a levante hacia su base: después de una collada en que sobresalen una punta cónica y otra que parece un segundo mojón, mil trescientos metros más al este-sureste, se alzan las Tres Sorores, cuyas aguas se reparten, al norte para Bielsa, al oeste para Broto, al suroeste para Vió y al sur y sureste para Revilla.

"Una punta alta y cónica es el primer pico; el segundo, llamado en Francia *Mont-Perdu* es del mismo alto, más redondo en su cumbre, ensanchado en su base; el tercero, designado por algunos franceses con el nombre de *Pic Ramond* [el Soum de Ramond, que no pico de Añisclo], solo alcanza la altura del Cilindro (veintitrés metros más bajo), de mayor amplitud en su base y de cumbre menos afilada que el primero y más que el segundo. El nombre de Tres Sorores está bien aplicado, pero hay falta de precisión en el lenguaje corriente, tanto más acentuada, cuanto que los montañeses de los valles inmediatos alteran el vocablo diciendo *Tres Serós*, *Tercerós* y *Treserodes* [ni rastro de las hoy oficializadas *Treserols*]; y los extranjeros acaban de confundir su recargada nomenclatura traduciendo su *Mont-Perdu* por las *Tres Sorellas*. Queriendo significar tres puntas iguales, el nombre está perfectamente aplicado, pues este grupo tiene el privilegio de ser visible desde casi todo el alto Aragón con la apariencia de tres puntas culminantes idénticas. En realidad no lo son cuando se examinan más de cerca; y desde Francia el nombre parece menos admisible, cuanto que se ven, no tres sino varias puntas de diferentes contornos, de cimas semejantes e irregularmente espaciadas, rodeando por delante otra más elevada.

"Los heleros meridionales de las Tres Sorores son mucho menos importantes que los de la vertiente septentrional. El helero del sureste, que se deja a la derecha subiendo a la cumbre por los Grados [o Escaleras del Monte Perdido], tiene una superficie de cuarenta y tres hectáreas; el del suroeste, entre las puntas central y occidental y la Breca, tocando al paso del puerto llamado el Descargador, tiene más de ciento cincuenta hectáreas y en su borde septentrional se enlaza con los de la vertiente opuesta, yendo parte de sus aguas al circo de Gavarnía.

"Una de las circunstancias que más llaman la atención en estas altas montañas es la desnudez de sus crestas rodeadas de espesos mantos de hielo y nieve, que se observa no solo en este grupo sino en el de Lardana, en los Montes Malditos y otros varios [...].

"Rodean a las Tres Sorores por el suroeste, es decir, delante de la Breca, Marboré y el Corral, otros picos menos salientes, que por violentas y profundas

roturas quedan destacados de las demás montañas y cercados al sur y al oeste por el Ordesa [que no Arazas] y el Ara. Sobre aquel forman la llamada Faja de Montearruego, que sustenta los picos de la Catuarta, Tabacor, el Descargador y Donico, entre este, el Morron de Arrablo y la sierra Custodia, hay una depresión convertida durante el verano en dilatadas praderas, que llaman Cuello Gordo, cuyas aguas en parte van a Ordesa y principalmente vierten al inmediato valle de Vió [...].

“Se recogen las aguas entre la Breca de Roldan por un lado y Tabacor y la Catuarta por el otro, en un sinuoso torrente cercado en el verano por manchas de nieve y relleno totalmente por esta en el invierno. Da origen al Ordesa [que no al Arazas], que desde su comienzo se encauza en arco de círculo, entre escarpas y tajos a pico, al entrar en tan formidable garganta y antes de llegar a la mitad de su curso se derrama en cinco cascadas en escalinata [¿las Gradas de Soaso?]. Pasa de trescientos metros de altura de las escarpas, que a modo de cuchillos y murallones le sujetan por la izquierda, y todavía son más altos los tajos verticales de la orilla opuesta en Montearruego, que se dibuja desde el Mediodía en fajas horizontales de diversos colores y es dominado por la Cárquera frente a la Breca. Ocupan el valle de Ordesa espesos bosques de hayas, pinos y pinabetes [abetos] sobre su fondo, que se aplana y ensancha hasta tener algunos centenares de metros, y llega a sitios donde justifica el apodo de *Paraíso de los Pirineos* con que algunos le designaron. Frente a Cotatuero, por muy habituado que uno se halle a contemplar grandemente la naturaleza, no puede menos de quedar absorto de tanta belleza reunida en un solo punto. El río serpentea mansamente a través de las selvas frondosas, regando praderas cuajadas de florecillas; y por cada canal ancha, entre Tobacor y Montearruego, baja a su derecha la cascada de Cotatuero, terminación de un torrente que al pie de la Breca y la Falsa Breca surca una extensa planicie, tal vez la tierra de pastos más elevada de los Pirineos”.

Pero, para un natural de la provincia de Huesca, el resto de las vertientes del Macizo Calcáreo no carecía de valor. De esta forma sirvió Lucas Mallada la descripción del entonces misterioso *Valle de Vió*:

“Difícilmente habrá valle de contornos tan sinuosos como este, agrupado con el de Puértolas y la Solana en la zona de separación de las regiones pirenaica y subpirenaica [...].

“Como un mojón común a los valles de Puértolas, Broto y Vió, repartiéndose en su base las aguas destinadas a cada uno de ellos, avanza al sur de las Tres Sorores el Morron de Arrablo, promontorio cilindroide sobre la cañada de Añisclo, profundo valle parecido al de Ordesa, frente a las Tucas de Sesa [¿las Tres Marías?], alzándose los puertos de este nombre en fuerte declive cuajados de yerbas e inclinados al noroeste frente a aquella [...].

“Variado es, según hemos expresado, el aspecto del valle de Vió [¿habla del mismo Ballibió de ciertas toponimias actuales?], de fácil acceso en la parte superior, más escabroso en su inmediación a Puértolas y muy deprimido en su remate al sureste. Las áridas cimas de las Tres Sorores, que también pudiéramos llamar los españoles Monte Perdido [¿le quitarán por esto su carnet de aragonés?], por ser de escaso provecho, están rodeadas por la

Acuta, la Cárquera, Mundicieto y Mondoto, cuyas vertientes forman a la manera de un plano inclinado hacia el barranco Guamp, frente a Fanlo y Buisán donde se ensancha el valle. Esas cuatro montañas de caliza, resquebrajadas en muchos sentidos, con hoyos y hendiduras rellenos de tierra vegetal pobremente cubierta por algunos arbustos, se ofrecen a la vista desnudas casi del todo a causa de la fatal manía de los descuajes o *articas* [...]. "Indicamos al hablar del valle anterior los itinerarios a que se sujetan los viajeros que desde Gavarnía emprenden la ascensión a las Tres Sorores, y aquí juzgamos oportuno señalar el que desde Fanlo puede hacerse; pues indudablemente es el menos fatigoso de todos y en un día de verano, sin darse momento de sosiego hasta dominar la cima, se puede realizar la excursión, libre de pasar la noche en los rústicos albergues de los pastores. Al amanecer se emprende la marcha desde Fanlo bajando al Guamp y escalando el Mundicieto hasta llegar al plano de Tripás, dos horas después de la salida: en la media hora siguiente se cruzan, caminando al noroeste, las praderas desde las cuales empieza a verse el grupo cada vez más desplegado, y gastando otra hora más en dar la vuelta a Cuello Gordo, girando suavemente al norte, se llega al extremo de la sierra Custodia, punto donde es preciso abandonar la montura, si por mayor comodidad se sacó desde Fanlo y se asciende lentamente por la collada de Arrablo, hasta dejar a sus pies el Morron [tampoco dice nada del Murrión] de ese nombre. Continuando por espacio de tres cuartos de hora hacia el noroeste se tuerce otra vez al norte para cruzar la Faja de los Ingleses, algo penosa de recorrer y de imponentes precipicios en algunos sitios; y en cuanto quedan atrás, solo faltan cinco cuartos de hora de subida muy pendiente pero nada peligrosa, ni siquiera en dos coladeros intermedios que se llaman los Grados, por donde hay que trepar casi a plano [¿a pico?] en unos quince metros de altura apoyándose en las piedras resquebrajadas de sus paredes. Como se ve, una persona robusta, aunque no esté acostumbrada a recorrer las montañas, en poco más de seis horas y con mayor comodidad que desde Gavarnía, puede alcanzar la tercera altura del Pirineo, punto desde el cual se descubre un panorama inmenso, que debe contemplar el que quiera recorrer el Alto Aragón, pues desde pocos sitios conseguiría formarse mejor idea de sus cordilleras [comentario extraído seguramente de Russell].

"Hacia este valle, que mide setenta y ocho kilómetros cuadrados de extensión, el anterior y los dos siguientes, se esparcen entre agudas crestas los heleros meridionales de las Tres Sorores, mucho menos importantes, como es natural, que los de la vertiente opuesta; comienzan a señalarse con manchas de nieve sobre la collada de Añisclo, algunas de veinte hectáreas de superficie, y más al oeste se extienden dos heleros principales, en una extensión de cuatro a cinco kilómetros cuadrados, entre las tres puntas más salientes del grupo. La Breca de Roldan y la Falsa Breca se hallan, en territorio francés [solo su vertiente norte], rodeadas de heleros y manchas de nieve permanente; pero en casi todos los veranos están libres de ellas por el lado de España, enlazándose con los primeros el helero del Tallon, que se prolonga hasta la línea fronteriza sobre el puerto de Torla. Precisamente en este extremo aparece más grandioso

el helero del Tallon, sobre todo a la caída de la tarde de un día despejado: los rayos del sol se descomponen con los vistosos colores del iris sobre la superficie convexa del helero, que adorna fantásticamente el remate del grupo montañoso con la apariencia de una enorme bomba de cristal cuajado, en que se dibujan finamente las estrías de sus hendiduras y surcos pequeños entre los inmensos tajos radiantes de sus crepazas [grietas]”.

Parece fuera de toda duda que Mallada contorneó el Marboré lo suficiente como para observarlo igualmente desde la cuenca del río Cinca. De ahí sus nuevas puntualizaciones sobre la morfología del Monte Perdido y de otros puntales sobrarbeses, realizadas ahora desde el *Valle de Bielsa*, tras analizar previamente los de Puértolas y Tella:

“Uno de los más escarpados y de más difícil acceso por cualquier sitio que a él se vaya, es el valle de Bielsa, en cuya parte central apenas existen prados ni tierras de cultivo, por lo estrecho del fondo y el fuerte declive de las apretadas montañas que le cercan [...]. Empieza en las derivaciones al norte y noreste de las Tres Sorores, por encima de Pineta, dominada por el Forcanal, Alarri y pico de Cambiel, que dejan intermedios los puertos de la Glera, el Viejo y el de la Canal de Fenás, enlazando con el grupo de Tromosa (*Troumouse*) o Rubiniera [La Robiñera, o Las Loseras], montes oscuros muy elevados [¿y ni una referencia a La Munia?], siempre con manchas de nieve, teniendo en su caída, por el lado de Francia, el famoso circo de Tromosa [...].

“Las Tres Sorores y Sesa, dibujadas por este lado con perfiles idénticos al del opuesto, tienen escarpas y cortes más pronunciados todavía, destacándose con soberbia majestad por delante de ellas antepechos y cornisas como si estuviesen destinadas a que se asomasen a un fondo dos mil metros más abajo. Este comienzo del Cinca en el circo de la Pineta [de nuevo, ni el menor vestigio del Balle Berde] es tan grandioso y fantástico que, con la reunión de otras cascadas y torrentes que lo adornan, reproducen en territorio español una cosa parecida al admirable circo de Gavarnie [otra doble designación]”.

En fin: los toponimistas serios y despolitizados que, en un futuro, tengan que abordar la compleja cuestión de los nombres del Alto Pirineo harán bien en contar con el legado de Lucas Mallada. Que algún acierto en sus recogidas de designaciones nativas sobre el terreno tuvo que tener...